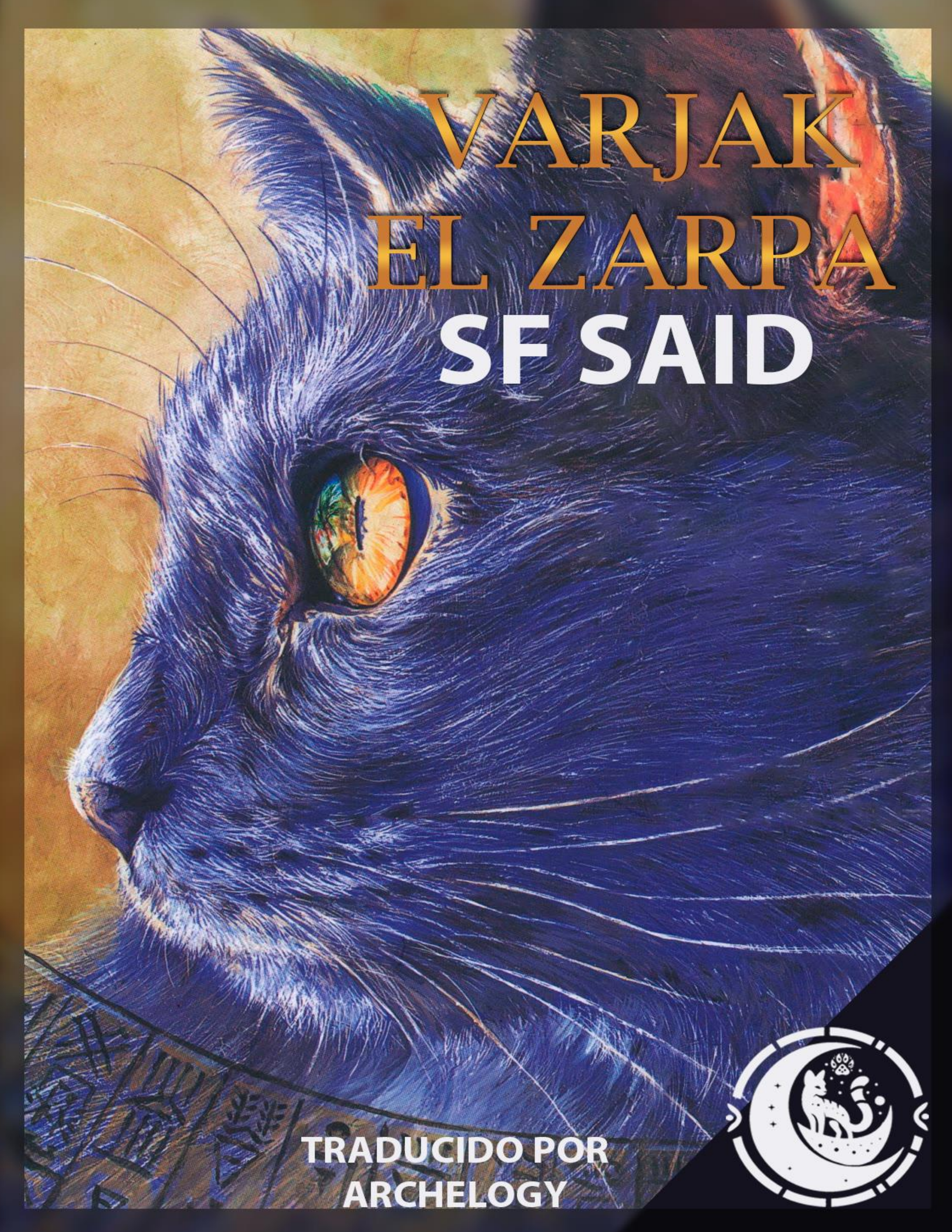

VARJAK
EL ZARPA
SF SAID
TRADUCIDO POR
ARCHELOGY

tDEDICATORIA

Libro original: “VARJAK PAW” por SF SAID.

Ilustrador: Dave McKean.

Traducción: Archelogy

Última actualización: 15/12/23

Acá puedes buscar todas mis redes sociales incluido mi wattpad donde habrá mas traducciones

https://linktr.ee/archelogy

CONTENIDO

DEDICATORIA……... 2

CAPÍTULO 1………... 7

CAPÍTULO 2………... 16

CAPÍTULO 3………... 25

CAPÍTULO 4………... 32

CAPÍTULO 5………... 41

CAPÍTULO 6………... 49

CAPÍTULO 7………... 55

CAPÍTULO 8………... 60

CAPÍTULO 9………... 71

CAPÍTULO 10………. 77

CAPÍTULO 11………. 81

CAPÍTULO 12………. 87

CAPÍTULO 13………. 97

CAPÍTULO 14………. 104

CAPÍTULO 15………. 110

CAPÍTULO 16………. 118

CAPÍTULO 17………. 126

CAPÍTULO 18………. 129

CAPÍTULO 19………. 139

CAPÍTULO 20………. 146

CAPÍTULO 21………. 152

CAPÍTULO 22………. 160

CAPÍTULO 23………. 162

CAPÍTULO 24………. 169

CAPÍTULO 25………. 175

CAPÍTULO 26………. 179

CAPÍTULO 27………. 187

CAPÍTULO 28………. 191

CAPÍTULO 29………. 199

CAPÍTULO 30………. 206

CAPÍTULO 31………. 215

CAPÍTULO 32………. 221

CAPÍTULO 33………. 232

CAPÍTULO 34………. 242

CAPÍTULO 35………. 230

CAPÍTULO 1

Garra Mayor estaba contando una historia.

Era una historia de Jalal, una de las mejores. A Varjak le encantaba escuchar las historias de su abuelo sobre su famoso antepasado: cómo Jalal luchaba contra los gatos guerreros más feroces, cómo era el cazador más poderoso, cómo salió de Mesopotamia y viajó hasta los confines de la tierra, más lejos de lo que ningún gato había llegado antes.

Pero hoy, el cuento de Garra Mayor sólo inquietaba a Varjak. ¿Y qué si Jalal tuvo aventuras tan emocionantes? Varjak nunca las tendría. Jalal había terminado sus días en la casa de la Condesa. Su familia de azules mesopotámicos había permanecido aquí desde entonces.

El viejo lugar debía de estar lleno de luz y vida en tiempos de Jalal, generaciones atrás, pero ahora estaba lleno de polvo y olores rancios. Las ventanas estaban siempre cerradas, las puertas atrancadas. Había un jardín, pero estaba rodeado por un alto muro de piedra. Jalal fue el último en cruzarlo. En todos los años transcurridos desde entonces, nadie había salido nunca de la casa de la condesa.

Ahora, nadie excepto Varjak escuchaba siquiera el relato de las aventuras de Jalal. Padre, madre y tía Juni dormitaban bajo la luz de la tarde que se colaba por las gruesas ventanas verdes. Su hermano mayor Julius flexionaba los músculos; su prima Jasmine jugueteaba con su collar. Jay, Jethro y Jerome, sus hermanos de camada, jugaban a uno de esos juegos de gatitos a los que Varjak no les encontraba sentido y en los que no podía participar.

Nadie le miraba. Era su oportunidad. Ya había estado antes en el jardín, pero a la familia no le gustaba estar ahí fuera y nunca le dejaban quedarse mucho tiempo.

Sigiloso como el propio Jalal, Varjak se levantó y se acercó a la puerta del gato. Podía ver el jardín al otro lado. Casi podía sentir el aire fresco, rozándole los bigotes. La abrió de un empujón.

—¡Varjak el Zarpa! — Era papá. — ¿A dónde crees que vas?

Varjak se dio la vuelta. El cuento había terminado; se habían despertado y le habían visto. Pero esta vez no iba a ceder.

—¿No podemos estar en el jardín?,— dijo.

—Cariño —dijo mamá, acercándose y enderezándole el collar — el jardín es un lugar asqueroso y sucio. Eres un gato de raza. Un azul mesopotámico de pura raza. ¿Qué quieres ahí fuera?

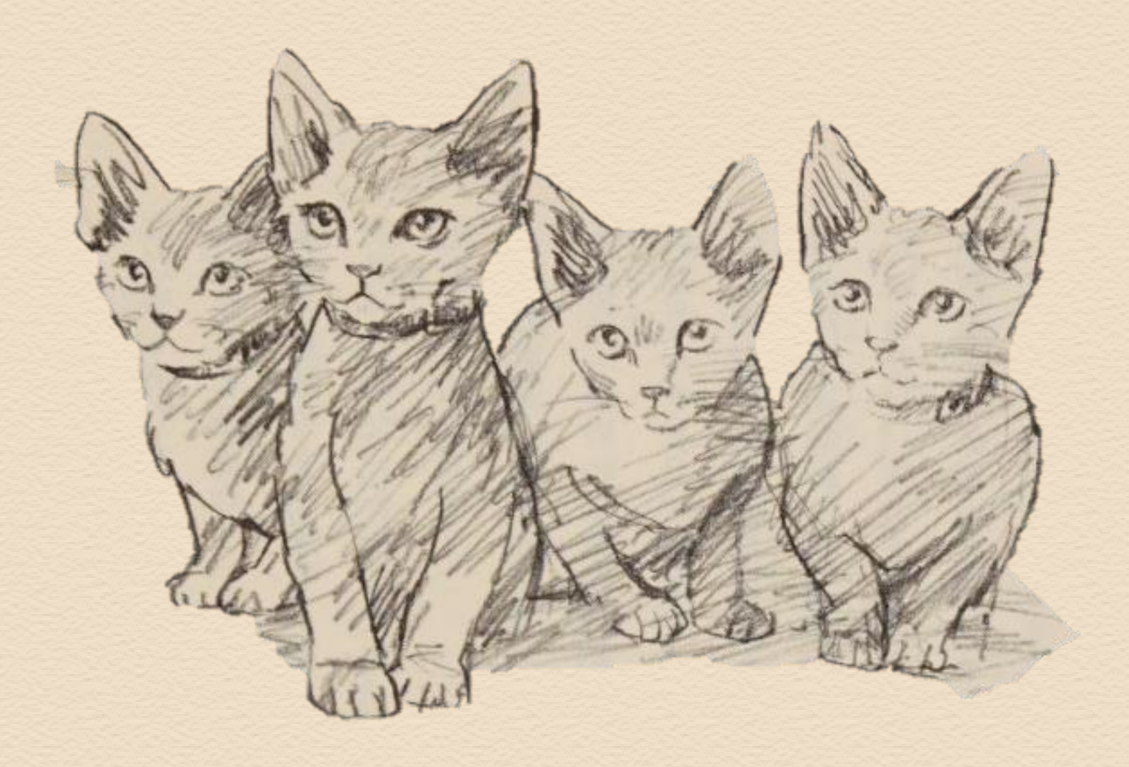
Varjak miró a su alrededor: los muebles abarrotados, los armarios cerrados, las cortinas que no podía subir. Nunca había estado en ningún otro sitio, pero éste tenía que ser el lugar más aburrido del mundo.

—Cazar, — dijo. ¿No se supone que debemos cazar? Los cuentos hablan de...

—Cuentos — resopló su hermano mayor Julius, con los ojos verdes brillantes. Se decía que su antepasado Jalal tenía los ojos verdes. Todos en la familia los tenían, todos menos Varjak el Zarpa. — Los cuentos son para los gatitos — se burló Julius. La prima Jasmine soltó una risita; Varjak se erizó.

— Jalal fue hace mucho, mucho tiempo, — dijo mamá, alisando y acicalando el pelaje azul plateado de Varjak, hasta que éste se

retorció. — De todos modos, Jalal vino a vivir a casa de la Condesa por una buena razón. Los cuentos también dicen que hay monstruos fuera, monstruos enormes llamados perros, tan feroces que hasta la gente les teme— Se estremeció. — No, tenemos suerte de que la Condesa nos quiera y nos deje vivir aquí.



—La condesa quiere a algunos de nosotros, — interrumpió Julius. Varjak sabía lo que se avecinaba y, lo que era peor, pensó que podía ser cierto. — Cuando yo era un gatito —, presumía Julius, —la condesa venía aquí todos los días. Me dejaba jugar en su regazo, me hacía carantoñas. Pero ahora sólo baja a darnos de comer, y a veces ni eso. De hecho, apenas la hemos visto desde que nació ese Varjak tan raro.

La prima Jasmine volvió a reírse. Esta vez se unieron Jay, Jethro y Jerome, los hermanos de camada de Varjak.

—Es por sus ojos,— añadió Julius. — El color del peligro. Un Azul Mesopotámico que no tenga los ojos verdes es una vergüenza.

Ya está. Julius era más grande y más viejo que él, pero Varjak no pudo evitarlo. Se enfrentó a Julius, con la piel erizada de ira.

—No te creo,— dijo. Eres un mentiroso.

—¡Varjak!, —dijo Padre.— Esa no es forma de hablarle a tu hermano.

—Pero Julius dijo...

—Llora, llora, llora, — se mofó Julius. —Escucha al pequeño insecto quejarse.

—Julius, no deberías burlarte tanto de él,— dijo papá.— La condesa está arriba porque está enferma, nada más. Pero Varjak el Zarpa... - tienes que aprender a comportarte como un auténtico Azul Mesopotámico. Somos gatos nobles, gatos especiales. No andamos por ahí llamándonos mentirosos unos a otros. No hablamos de cosas desagradables como la caza. Y no embarramos nuestras patas en el jardín. Eso no es ser un Azul. ¿Entiendes?

La cola de Varjak se enroscó. Siempre era así. Julius se salía con la suya, pero todo lo que hacía Varjak estaba mal.

—Tu padre te está hablando, — dijo la tía Juni con severidad. — ¿Lo entiendes?

Se quedó mirando el frío suelo de piedra, en silencio. No había nada que pudiera decir.

—Está bien —dijo papá. — Haz lo que quieras. Pero hasta que no aprendas a comportarte como un Azul, no habrá cena para ti. — Se relamió.— Vamos, todos. Vamos a comer.

Todos se dirigieron a la cocina, dejando a Varjak solo en el pasillo entre las escaleras y la puerta principal. El último en salir fue Garra Mayor, el cabeza de familia.

—No te preocupes, Varjak, — susurró, para que nadie más pudiera oírlo. —Esta noche te contaré otra historia de Jalal, una sobre su mayor batalla.— Guiñó un ojo y se unió al resto.

Eso mejoró un poco las cosas. Aunque los cuentos inquietaban a Varjak, le encantaban. Eran lo más cerca que estaría de la aventura en este lugar. Miró las viejas escaleras de madera, cubiertas de alfombra polvorienta. Los gatos no podían subir ahora que la condesa estaba enferma. Su puerta estaba siempre cerrada.

Toda la casa estaba así. Nadie entraba y nadie salía. Nunca ocurría nada nuevo ni emocionante. Era la vida más aburrida que podía tener un gato.

creeaak

La puerta principal se abrió de golpe. Entró una ráfaga de viento que levantó todo el polvo. El pelaje de Varjak se erizó.

click CLACK

Dos zapatos negros brillantes. Cada uno grande como un gato. Entrando por la puerta.

Con el corazón acelerado, Varjak inclinó la cabeza hacia atrás, para seguir la línea por encima de los zapatos. Por encima de un par de piernas, un poco más arriba, vio unas enormes manos blancas, tan grandes como para sostener todo su cuerpo, tan fuertes como para romperle el cuello.

Tuvo que inclinarse aún más hacia atrás, hasta que le dolió, para ver la cara. Era un hombre que Varjak no había visto nunca. Era difícil distinguir los ojos del hombre por las sombras de su frente, pero sus labios carnosos y rosados brillaban húmedos en la penumbra.

Los labios se arrugaron y se abrieron, y de ellos salió una voz que retumbó como un trueno, muy por encima de la cabeza de Varjak. El hombre salió al pasillo.

Varjak se sintió mareado. Miró hacia abajo. Junto a los brillantes zapatos negros del hombre, había dos elegantes gatos negros, acechando la casa de la Condesa. No se parecían en nada a los azules de Mesopotamia. Parecían mucho más grandes y fuertes, incluso que Padre o Julius, y había algo aterrador en su forma de moverse. Como si fueran dos partes de un solo cuerpo, trabajando juntas a la perfección. Demasiado perfectos. Varjak miró de uno a otro, y no pudo distinguirlos.

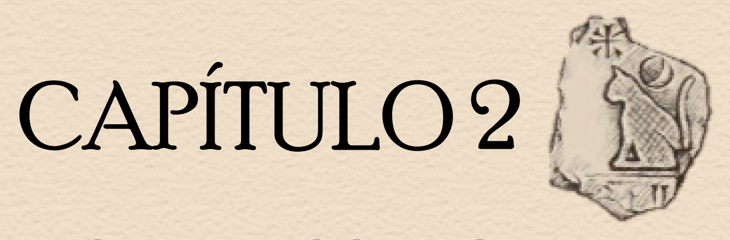
Se acercaron a él y le miraron con ojos idénticos; ojos tan suaves y negros como su pelaje. Tembló.

—¿Quiénes sois?— No hubo ningún atisbo de comprensión en sus ojos, ninguna expresión: nada. Se limitaron a apartarlo como si no estuviera allí y tomaron posiciones, flanqueando la escalera.

Otros hombres entraron en la casa. Sus brillantes zapatos negros pasaron junto a Varjak, uno a uno. Era todo lo que podía ver de ellos. Congelado en el sitio, con la mente dándole vueltas, vio a esos

gigantes pasar junto a los gatos negros, subir las escaleras y entrar en la habitación donde los azules no tenían permitido entrar.

CAPÍTULO 2



pasaban en casa de la Condesa.

Díselo a la familia. Ellos sabrían qué hacer.

Varjak corrió por el pasillo. Sintió que dos pares de ojos negros idénticos le observaban, pero los gatos no le siguieron. Se quedaron junto a las escaleras, vigilando la subida.

El miedo y la confusión ardían en las venas de Varjak al doblar la esquina. Corrió hacia la cocina, tan rápido como pudo, más rápido aún. ¿Quiénes eran esos gatos? ¿Quiénes eran los hombres? ¿Qué querían?

Se detuvo en la cocina y dudó junto a la puerta. Todo parecía tan normal. Toda la familia estaba allí. Estaban cenando, comiendo y masticando en hileras de cuencos de porcelana, ordenados y regulares: cuencos de comida, cuencos de agua, redondos platillos blancos de leche entera.

Se sentía como un extraño, observando desde la distancia. Parecían tan grandes, con su pelaje azul plateado perfectamente peinado, sus ojos verdes, sus collares ordenados alrededor del cuello.

—Así que estás listo para comportarte como un verdadero Azul,— dijo papá. —Muy bien.

—¿Te has lavado las patas?,— dijo mamá.

—¡Hay gatos!,— gritó Varjak. Hay gatos negros en la casa y...

—Varjak...,— dijo mamá.

—Vinieron con un hombre.

—Varjak, — dijo papá.

—¡Ha subido a la habitación de la condesa!.

Se hizo el silencio en la cocina. Dejaron de masticar y de crujir. Todos lo miraban: un gran ojo verde, acusador.

—No le entiendo, — murmuró papá. — ¿Por qué no puede ser como los demás?

—No te has lavado las patas, ¿verdad, cariño?, — dijo mamá. Se acercó y empezó a fregar.

Varjak se mordió la lengua. Nadie le creía. No era justo. En medio de su familia se sentía solo y sin amigos.

—Ven a comer con nosotros, Varjak,— dijo la prima Jasmine.— La comida está buenísima.— La voz de Jasmine era fresca y suave, como la leche por la mañana.

—No quiero comer,— intentó explicar. —Hay gatos negros en la casa...

—Oh, ¿a quién le importa lo que haga ese pequeño insecto?,— dijo Julius. —Comeré la comida de Varjak. Tienes que comer para desarrollar tus músculos.— Julius se hinchó y se zampó el cuenco de Varjak. Jasmine parecía impresionada.

—¿Has oído, Varjak?—, dijo el padre con orgullo. Julius es un auténtico Mesopotámico Azul.

Varjak se erizó. Julius podía ser el héroe de la familia, pero Varjak sabía algo que nadie más sabía, algo importante. ¿Cómo podría hacer que le creyeran?

—Por el nombre de Jalal, juro que es verdad, —insistió.— Los gatos están vigilando las escaleras ahora mismo. Les he mirado a los ojos. —Se estremeció al recordarlo. —Son todos negros.

—¡Basta!, gritó papá. —¡Ya basta de estos cuentos! —Escupió la palabra "cuentos" con especial disgusto.

—Ah, pero algunos cuentos son verdad,— dijo Garra Mayor en voz baja.— ¿Por qué no nos lo enseñas, Varjak? Llévanos hasta los gatos.

Padre frunció el ceño ante Garra Mayor, pero guardó silencio. El cabeza de familia siempre tenía la última palabra. El abuelo de Varjak se estaba haciendo viejo -su fino pelaje era casi todo plateado- y rara vez hablaba en estos días; pero todos escuchaban cuando lo hacía.

Con el estómago anudado por los nervios, Varjak les guió por el pasillo. Dobló la esquina del vestíbulo, justo a tiempo para ver un movimiento borroso junto a la puerta principal. El primer hombre la mantenía abierta para los demás. Se llevaban algo. Junto a sus zapatos, dos rabos negros salieron de la casa.

El hombre cerró la puerta mientras el resto de la familia de Varjak entraba en el pasillo. No habían visto a los otros, ni a los gatos negros. Todo lo que podían ver era al hombre.

—Es un caballero,— dijo mamá.

—Recuerdo que cuando éramos gatitas,— dijo la tía Juni, —había damas y caballeros aquí todos los días. La Condesa siempre tenía visitas.

Miraron hacia las escaleras. La puerta de la Condesa estaba abierta de par en par. No había nadie en su habitación. Estaba vacía.

La sorpresa se extendió por toda la familia. Sin saber qué pensar, miraron al Caballero, todos menos Garra Mayor, que parecía pensativo, como si intentara recordar algo.

El caballero señaló la habitación de la condesa y dijo algo con voz de trueno, por encima de sus cabezas. Luego se agachó, acercándose a su nivel. Sus húmedos labios rosados sonrieron a cada una de ellas por turno.

Varjak miró nervioso hacia la puerta principal. Los gatos negros no habían vuelto. Esperaba que no lo hicieran.

Con una floritura, el Caballero sacó algo de su bolsillo. Lo extendió sobre su mano blanca como la cera y murmuró a la familia. Curiosos, se acercaron un poco más para ver qué era.

Un ratón de juguete.

Pequeño, gris, peludo: era perfecto en todos los sentidos, tan detallado que casi podía estar vivo.

El caballero lo colocó en el suelo delante de ellos. Varjak olfateó el ratón. Incluso olía a verdad. Le recorrió un cosquilleo de asombro. Siempre había querido cazar un ratón.

—Déjame ver,— dijo papá. Examinó el juguete. —Increíble,— ronroneó, y se lo pasó a Julius. Julius lo lanzó con estilo por el aire

hacia Jay, Jethro y Jerome. Se rieron. Varjak se preguntó si se lo devolverían. Probablemente no.

—Qué juguete tan bonito,— dijo mamá.

—Es el mejor regalo que nos han hecho nunca, arrulló Jasmine.

El caballero sonrió y se puso en pie. Les hizo señas para que le siguieran, mientras sus relucientes zapatos negros chasqueaban hacia la cocina. Jay, Jethro y Jerome corrieron para ser los primeros a su lado.

—Vamos,— dijo papá.— Veamos qué va a hacer ahora.

En la cocina, el caballero estaba echando algo en sus cuencos. Era una pasta negra aceitosa, con un fuerte olor a pescado. Varjak arrugó la nariz.

—Ugh!—Dijo.

—Eso es caviar,— susurró mamá. —La comida más rara y cara del mundo.

—Este tipo de mimos sólo se dan a los gatos con mejor pedigrí,— ronroneó papá. —El caballero sabe lo importantes que somos.

El hombre volvió a dejar los cuencos en el suelo, repletos de comida a base de pescado, y les sonrió. Sus labios rosados brillaron cuando los gatos empezaron a olisquear el caviar. Asintió con la cabeza, se dio la vuelta y salió de la cocina, sonriendo todo el camino.

—¿Por qué tanto alboroto, Varjak?, —dijo papá en cuanto se hubo ido. —Y esa tontería del gato negro...

—Voy a convocar un Consejo de Familia,— interrumpió Garra Mayor.— Ahora. Todos deben asistir, incluso los gatitos.

—Pero, Garrra Mayor,— protestó papá, mirando los cuencos de caviar.— El Consejo de Familia es sólo para emergencias. Es...

—Ahora,— repitió Garra Mayor. —Ahora, en la habitación delantera.

El anciano se alejó. Varjak miró ansioso la cara de su padre. Estaba retorcido por una rabia muda.



CAPÍTULO 3

—El Consejo de Familia entra en sesión —declaró Garra Mayor por encima del bullicio de la sala-.

Madre, padre y tía Juni cuchicheaban entre sí, acurrucados sobre una alfombra tan vieja que había perdido su dibujo y se había desvanecido. Julius y Jasmine estaban sentados detrás de ellos, asintiendo seriamente, como si también fueran adultos. Jay, Jethro y Jerome se peleaban por el ratón de juguete, intentando empujarse el uno al otro hacia las llamas de la chimenea antigua.

Al oír las palabras del anciano, todos se calmaron. Varjak estaba sentado en silencio, solo al fondo, pero su mente ardía. Este era su primer Consejo de Familia.

Desde el sillón de terciopelo rojo de la Condesa, donde estaba de pie, Garra Mayor empezó a hablar. —Las historias familiares cuentan que cuando nuestro antepasado Jalal salió de Mesopotamia, vagó por la tierra durante muchos años antes de encontrar un hogar con la Condesa. Generaciones de Garras han vivido en esta casa desde los tiempos de Jalal. Pero esos días pueden estar llegando a su fin. Creo que la Condesa ha muerto.

Los gatos mayores se quedaron boquiabiertos. Se miraron extrañados y negaron con la cabeza. Un tronco crepitó con fuerza en la chimenea.

Garra Mayor esperó a que se hiciera el silencio para continuar.— Rara vez ha salido de su habitación últimamente, sólo para alimentarnos y atender el fuego. Nuestra camada más joven; Varjak, Jay, Jethro y Jerome apenas la han visto. Apenas saben cómo es. Ella sólo lo permitiría si estuviera enferma, muy enferma. Y ahora

este caballero. Lo que vimos hoy confirma mis temores. La Condesa se ha ido.

—Sí, se habrá ido a alguna parte,— dijo papá.— Estoy seguro de que volverá. Y mientras tanto, su amigo el caballero nos está cuidando.

—No es su amigo,— dijo Garra Mayor. —Yo lo recuerdo. Vino a esta casa hace años, antes de que nacierais. Él y la Condesa tuvieron una discusión terrible. Quería llevarnos lejos, pero ella no se lo permitió. Al final lo echó, gritando y chillando.

Se hizo el silencio por un momento. Varjak vio que los ojos de su padre brillaban en la oscuridad. No había más luz en la habitación que la del fuego crepitante y vacilante.

—Esto es absurdo,— dijo la tía Juni. Se lamió las patas con confianza.— Somos azules mesopotámicos de raza pura, los gatos más nobles. No nos puede pasar nada malo.

—Es una tontería alarmar así a los gatitos —replicó mamá—. Son demasiado jóvenes e impresionables para entender algo tan serio. Si no, tendrán pesadillas.

—Así es. —Padre arqueó la espalda y se levantó. —No entiendo el problema. El caballero nos está alimentando mejor de lo que la condesa nunca lo hizo...

—Pero, ¿por qué es tan amable con nosotros?,— dijo Garra Mayor.— Comida de lujo, regalos... es demasiado bueno para ser verdad. ¿Y qué hay de esos gatos negros que asustaron a Varjak?

—Todos conocemos a Varjak y sus cuentos,— declaró Padre. —No, no veo nada de qué preocuparse. No creo en esos gatos, no creo

que la Condesa esté muerta, y no creo que éste sea el mismo Caballero que recuerda Garra Mayor. Debe estar confundiéndose en su vejez.

Hubo un murmullo de acuerdo en la sala. Varjak no pudo contenerse. Tenía que hablar.

—Vi a los hombres llevarse algo,— dijo.— Podría haber sido el cuerpo de la Condesa...

—¡Varjak! — siseó Madre.— ¡Eso sí que es repugnante!.— Se volvió hacia Garra Mayor.— ¿Ves lo que has hecho?

—¡Pero es verdad!, —dijo Varjak. —¡Y los gatos también! Son...

—¡Cállate, insecto estúpido!,— gruñó Julius.— Somos los únicos gatos en casa de la Condesa. Y esto es un asunto de adultos, no una fantasía de gatitos.

Todos empezaron a gritar a la vez. Las llamas rugían cada vez más alto en la chimenea.

—Escúchame,— exigió Garra Mayor, luchando por recuperar el control.— Tenemos que hacer un plan. Si las cosas cambian en esta casa, tendremos que salir fuera.

—¡Garra Mayor!— gritó Madre.— ¿En qué estás pensando? Todo el mundo sabe que el mundo exterior está lleno de monstruos. Al menos aquí estamos a salvo de los perros.

—Pero si ni siquiera sabemos lo que son los perros,— dijo Garra Mayor.— Esta casa es el único mundo que conocemos.

—Esta casa es el único mundo que necesitamos,— dijo la tía Juni. —La Condesa está bien. Todo seguirá como antes.

—Escúchame,— suplicó Garra Mayor. Se bajó del sillón y se dirigió al centro de la habitación.

Padre se cuadró con él.— No. Escúchame tú a mí, para variar.— Se le erizó el vello. —Tal vez es hora de que alguien más tome las decisiones en esta familia.

La habitación estaba completamente inmóvil, excepto por el fuego. Sorprendido por lo que estaba viendo, pero incapaz de apartar la mirada, Varjak los observó atentamente. Todos lo hacían.

Padre empezó a rodear a Garra Mayor, sin decir palabra y amenazador. Mostró los dientes. Parecía el doble de grande, el doble de feroz de lo normal. A la luz del fuego, su sombra bailaba sobre el cuerpo de Garra Mayor. Siseó y avanzó.

El anciano se echó hacia atrás. De repente parecía cansado y viejo, muy viejo, como la raída alfombra sobre la que estaba. —Sólo digo que deberíamos pensar...

—¡Ya basta!,— gritó papá.— Este Consejo ha terminado.— Se volvió hacia la familia. —Vámonos.

Se oyó un rumor de apoyo en la sala. Varjak tenía la garganta seca. No podía creer lo rápido que había sucedido. En un momento, Garra Mayor estaba al mando; al siguiente, todo había terminado.

—Azules mesopotámicos de pura raza,— graznó Garra Mayor.— La familia de Jalal. ¿A esto hemos llegado?

—El Consejo, —espetó el padre, — ha terminado.

CAPÍTULO 4

En cuanto los adultos abandonaron la habitación, Julius se volvió hacia Varjak.

—Yo sé por qué la Condesa no está aquí—, dijo, clavando una garra en el ratón de juguete. Es porque no puede soportar mirar a los ojos de Varjak.

Jasmine, Jay, Jethro y Jerome estaban al lado de Julius. Nadie estaba al lado de Varjak. Estaba solo y encajonado en el sillón vacío de la Condesa.

—Pobre Varjak,— dijo la prima Jasmine, pero sonreía como si fuera una broma. —¿Por qué siempre te metes con él? Seguro que preferiría tener los ojos verdes, como todo el mundo.

—Porque son distintos,— dijo Jay.

—Es el color del peligro,— añadió Jethro.

—No es uno de los nuestros,— concluye Jerome.



—Varjak los ignoró. Ni siquiera los miró, sino que clavó los ojos en el fuego.— La Condesa no está aquí porque probablemente esté muerta. ¿No has oído a Garra Mayor?

—Ya basta, insecto,— espetó Julius. —Nadie te ha preguntado. ¿Y cómo te atreves a hablar en el Consejo de Familia? Eres una vergüenza para el nombre de Jalal.

La cola de Julius golpeó amenazadoramente la alfombra. Muy despacio, Varjak levantó la vista y se encontró con los ojos de su hermano mayor. Su propia cola empezó a temblar.

—¿Se supone que eso debe asustarme?,— se mofó Julius. Se alzaba sobre Varjak el Zarpa. Sacó las garras. También las de Varjak.

—¡Pelea! ¡Pelea! ¡Pelea! — Jay, Jethro y Jerome los rodearon. Jasmine observaba, acicalando su fino pelaje azul plateado.

Varjak se estremeció por dentro, pero no lo demostró, no se echó atrás. Nunca había tenido una pelea de verdad, y sabía que no tenía ninguna posibilidad contra Julius, pero era como si algo dentro de él se alzara, algo viejo y fuerte, enterrado en lo más profundo. ¿Quién se creía Julius que era?

—Julius, cariño, no es más que un gatito,— arrulló Jasmine con su voz de leche por la mañana.

—Ni siquiera es un mesopotámico azul,— dijo Julius. Miró fijamente a Varjak con unos ojos verdes devastadores. Sus pupilas eran finas rendijas de desprecio, burlonas, desafiantes, retando a Varjak a moverse primero.

Varjak no pudo. Ni siquiera pudo sostener la mirada: era demasiado fuerte, demasiado segura de sí misma. Fuera lo que fuese lo que había surgido en su interior, había desaparecido. Se apartó y retrocedió.

Se acabó.

Julius le había vencido con una sola mirada, como Padre había vencido a Mayor. En la chimenea, las llamas chisporroteaban y se apagaban.

—Tú eres la causa de todo este lío,— dijo Julius. —Discúlpate por lo que has hecho.

—Lo siento,— graznó Varjak. Las palabras eran como carbones calientes en su boca.

—Y no vuelvas a hacerlo o te romperé todos los huesos del cuerpo.

Varjak se alejó de la habitación delantera, con la humillación abrasándole las mejillas. Una deshonra para el nombre de Jalal. Eso era lo que más le dolía. No le importaba lo que pensara Julius, pero Varjak siempre se había sentido cercano a su antepasado, siempre le habían gustado los cuentos. No podía soportar la idea de ser una deshonra para él.

Espera, le dijo a un Julius imaginario en su cabeza. Espera. Un día te lo enseñaré.

No había nadie en el pasillo. No importaba si ahora le pillaban saliendo al jardín. Las cosas no podían ir peor. Varjak se acercó a la puerta trasera, empujó la gatera y salió en silencio.

El jardín era un lugar oscuro y sombrío, lleno de viejos árboles nudosos. Se habían doblado sobre sí mismos, habían crecido hacia dentro y se habían trabado entre sí, formando una enmarañada red de madera anudada. Era difícil ver el cielo a través de ellos.

Más allá de los árboles se alzaba el muro de piedra que cerraba la casa y el jardín de la Condesa. Era tan alto que a nadie de la familia

se le ocurría escalarloni siquiera Varjak, que a veces conseguía llegar hasta la mitad de una cortina antes de que mamá o papá le echaran.

Aspiró el aire frío de la noche, observó la enorme pared, las enmarañadas ramas... y le pareció ver un delgado bigote blanco de luna allá arriba, muy, muy por encima.

—Varjak. — Era Garra Mayor. Estaba solo, en el fondo del jardín, junto a las raíces desmoronadas de un árbol moribundo. Varjak se acercó a él.

—Lo siento, Garra Mayor,— dijo.— Es culpa mía todo lo que ha pasado, pero lo de los gatos negros es cierto, lo juro por el nombre de Jalal.

—Su abuelo sonrió con tristeza. —Lo sé—, respondió. —Y no es culpa tuya, en absoluto. Son ellos. Ya ni siquiera quieren pensar.

Se sentaron juntos en silencio, a la sombra del muro.

—¿Todavía vas a contarme la historia de la mayor batalla de Jalal?,— dijo Varjak al cabo de un rato.

—¿Contra Saliya del Norte? Esta noche no,— dijo Garra Mayor.— Me temo que hay cosas más importantes que contarte primero. Aún eres joven, pero no creo que tengamos mucho tiempo, y tú eres el único que lo entenderá.

La piel de Varjak hormigueaba bajo su pelaje. Incluso después de lo que había pasado en el Consejo, le emocionaban las palabras de su abuelo.

—Estoy listo, Garra Mayor,— dijo.

—Entonces escucha con atención. Jalal sólo sabe lo que este caballero está haciendo, pero con la Condesa fuera, es más de lo que podemos manejar. Tenemos que conseguir ayuda de fuera.

—¿No está el mundo exterior lleno de monstruos?,— dijo Varjak.

—Un monstruo es exactamente lo que necesitamos. Un monstruo llamado perro. Los cuentos dicen que son enormes y tan fuertes como para matar a un hombre. Los perros llenan el corazón de miedo, con su aliento fétido y su sonido ensordecedor. Pero los cuentos también dicen que Jalal podía hablar con ellos, así que debe haber una manera de conseguir su ayuda, para ahuyentar a este hombre.

—Mamá y papá dicen que los cuentos no son verdad. Dicen que sólo son cuentos.

—Sólo cuentos. — Garra Mayor lo miró.— ¿Y tú te lo crees?

Varjak negó con la cabeza. — No.

—Bien. Porque ahora voy a contarte un secreto familiar, uno muy antiguo. Se remonta al principio.— La mente de Varjak se aceleró. Era la primera vez que oía hablar de un secreto.

—¿Es sobre Jalal?—adivinó.

—Garra Mayor sonrió en la oscuridad. —Así es. Todo el mundo conoce las historias de Jalal, pero su Camino es un misterio que sólo unos pocos conocen.

El Camino de Jalal. Esto era algo de lo que Julius y los demás no sabían nada. Y Garra Mayor se lo estaba contando: a él y a nadie más.

—El Camino,— dijo Garra Mayor, —se ha transmitido a través de los siglos de Pata a Pata. Gran parte de ella ha sido olvidada a lo largo de los años, perdida y corrompida por el tiempo. Ahora sólo quedan fragmentos. Tal vez la Vía nos ayude a hablar con los perros; tal vez no. No lo sé todo, y me temo que no tendré tiempo suficiente para enseñaros las partes que conozco. Pero es todo lo que nos queda.

Varjak se sintió extrañamente decepcionado. Ahora que sabía que había un secreto familiar, quería saberlo todo. ¿Qué sentido tenía un secreto que se había perdido? Aun así, algo era mejor que nada.

—Cuéntame más, Garra Mayor.

—Acércate. —Varjak se inclinó hacia él.— Más cerca. —Se inclinó hacia él, de modo que su oreja estaba junto a la boca de Garra Mayor.

—Hay siete habilidades en el Camino de Jalal,— susurró Garra Mayor. Su aliento era cálido en el frío aire nocturno.— Sólo conocemos tres de ellas. Se llaman así: Tiempo Lento. Círculos en movimiento. Caminar en las sombras— Recitó las Habilidades lentamente, con ritmo, como poesía. —Aprende estas palabras y transmítelas por turnos.

—Tiempo lento,— dijo Varjak.— Círculos en movimiento. Caminar en las sombras— Pasó las palabras por la lengua como si fueran un nuevo sabor.

—Otra vez.

—Tiempo lento. Círculos en movimiento. Caminar en las sombras.— Su pelaje se erizó ante los extraños sonidos.

—Nunca olvides esto. Mantén vivo el Camino, Varjak el Zarpa.

Varjak asintió. Las palabras, las palabras de Jalal, estaban a salvo en su cabeza. Siempre las recordaría.

click

La puerta trasera se abrió de golpe. Varjak y la Pata Mayor miraron a su alrededor. El Caballero estaba allí de pie. Y junto a sus brillantes zapatos negros, había dos elegantes gatos negros.



CAPÍTULO 5

La temperatura pareció bajar. Varjak se estremeció.

—No me gusta esto,— susurró Garra Mayor.— No me gusta nada.

El Caballero les señaló a través del jardín. Se agachó para tocar los collares de los gatos negros y les susurró algo al oído. Luego se dio la vuelta y volvió a entrar, dejando a Varjak y a Garra Mayor solos con sus gatos.

El pelaje de Varjak se erizó de miedo cuando los gatos se acercaron a ellos lenta y deliberadamente por la hierba. Había algo tan extraño, tan amenazador en la forma en que se movían.

—¿Quién eres tú?,— preguntó el anciano.

No respondieron. Siguieron viniendo. Varjak y su abuelo retrocedieron, pero no había mucho camino que recorrer. En unos pocos pasos, estaban contra la pared, tan lejos de la casa como podían llegar.

A Varjak se le aceleró el pulso. Recordaba cómo los gatos del Caballero le habían apartado con tanta facilidad. Parecía que nada en el mundo podría detenerlos ahora. Se rascó el cuello. Lo sentía apretado alrededor del cuello.

—Varjak —dijo Garra Mayor con urgencia, pero sin una pizca de preocupación en la voz,— creo que alguien tan valiente como tú podría escalar este muro y salir al exterior, ¿no crees?.

Varjak miró hacia arriba. La piedra estaba oculta por el musgo, pero no se podía ocultar la altura del muro. Era enorme.

—No te preocupes —dijo Garra Mayor.— Tendrás tiempo. Yo me ocuparé de ello.

—¿Tendré tiempo?— La cabeza de Varjak daba vueltas. —¿Qué estaba diciendo Garra Mayor? ¿Que debía salir solo?—Pero... ¿no podemos los dos...?

—No, no podemos. Sólo uno de nosotros puede salir. Yo los mantendré ocupados; tú debes ir afuera a buscar un perro.

—No vas a luchar contra ellos, ¿verdad? Ellos... ellos...

Garra Mayor avanzó hacia los gatos negros. En sus ojos había un fuego que Varjak nunca había visto antes. —¡Adelante! Trae de vuelta esta cosa que incluso los hombres tienen miedo. Y mantén vivo el Camino, Varjak el Zarpa.

Los gatos se habían detenido. Miraban a Garra Mayor como si le estuvieran esperando. Garra Mayor les gruñó. A Varjak le dolía la cabeza. Se sentía desgarrado por mil sentimientos diferentes.

Garra Mayor avanzó a grandes zancadas al encuentro de los gatos del Caballero, con la cola en alto y los ojos verdes llameantes. Ve, Varjak, antes de que sea demasiado tarde. —No mires atrás. Este



es el único camino.— Parecía feroz y magnífico. El viejo gato cansado del Consejo había desaparecido. Ahora era un hijo de Jalal, enfrentándose a su enemigo, orgulloso y poderoso. Un Azul Mesopotámico.

—¡Vamos!,— gritó, y se lanzó contra los gatos negros.

Asintieron con la cabeza, como si todo fuera demasiado fácil. Garra Mayor corrió directamente hacia ellos, pero entonces pareció brillar por un momento, atravesó el hueco entre ellos y salió por el otro lado.

Los dos gatos negros abarcan todo. Garra Mayor estaba justo fuera de su alcance. Se miraron y fueron tras él.

A Varjak le latía el corazón en la garganta. Su abuelo los estaba alejando, a través de los árboles, de vuelta a la casa. Los alejaba cada vez más de Varjak, con ingenio rápido y astucia, un destello de azul plateado.

Los gatos negros eran más rápidos. Se movían juntos a la perfección. Cada uno parecía elegante y letal. ¿Cómo podía Garra Mayor contra dos juntos? Ya se estaba ralentizando; todavía orgulloso, pero viejo y sin aliento. Y los gatos negros se acercaban, uno a cada lado.

Pronto lo atraparían. Incluso si no lo hacían, ¿qué podía hacer contra un Caballero diez veces más grande que él? ¿Qué podría hacer cualquier gato, o incluso una familia entera?

Garra Mayor tenía razón. La única oportunidad era encontrar un perro. Su abuelo estaba haciendo lo que tenía que hacer; ahora todo dependía de Varjak.

Con la mente en llamas, Varjak apartó los ojos del jardín y se volvió hacia el muro. Separaba el mundo que él conocía del mundo exterior. Ningúna pata había cruzado ese muro desde que el propio Jalal llegó de Mesopotamia, pero era la única salida.

Respiró hondo y tensó el cuerpo. Una última mirada, por encima del hombro. ¡No!

Los gatos negros habían atrapado a Garra Mayor. Lo habían arrinconado contra la casa. Le atacaron por ambos lados. Se abalanzó sobre él, pero todos juntos se le echaron encima y le obligaron a tirarse al suelo.

Se oyó un aullido terrible. Los gatos negros se alejaron sacudiendo la cabeza. Y Garra Mayor

Garra Mayor parecía flácido, como un juguete roto.

Se oyó un rugido en los oídos de Varjak. Se le revolvió el estómago. Todo en su interior le gritaba que se quedara, que luchara, que ayudara al único gato que le comprendía. Pero las palabras de Garra Mayor resonaban en su mente: vete, antes de que sea demasiado tarde. Se volvió hacia la pared.

Tres

Dos

Uno

Varjak estalló en movimiento. Las patas traseras se desenrollaron. Las patas delanteras buscaron un agarre. Lo encontró. Las patas traseras empujaron, bombearon, impulsaron hacia arriba, hacia arriba, y como el viento, Varjak el Zarpa voló por la cara de la pared, hacia arriba, a través de los árboles, más alto que las cortinas, más alto que la casa, hacia arriba, empezando a cansarse, los músculos doloridos, la visión borrosa -¿cuánto más? - arriba, agarre tras agarre, pata sobre pata, resbalando. . .

Agarrado a un saliente pesada. Y llegó a la cima de la pared.

¡Fuera! Por primera vez desde Jalal, una pata se paró en el borde del mundo.

CAPÍTULO 6

Varjak podía ver kilómetros y kilómetros. Ya no había muros ni árboles que le bloquearan la vista.

Sólo espacio abierto, ondulando delante de él, debajo de él, encima de él. Estaba de pie en el espacio, y era un largo camino para caer.

Se asomó por el interior del muro. No podía ver nada a través de los árboles. Los gatos del Caballero y Garra Mayor estaban ocultos por la enmarañada red de ramas. No había vuelta atrás. Estaba realmente solo.

¿Había hecho lo correcto? ¿No debería haber ayudado a su abuelo? No podía quitarse esa imagen de la cabeza: Garra Mayor, flácido, como un juguete roto.

Los temblores surgían de lo más profundo de su ser, abriéndolo en canal. Varjak los bloqueó, los detuvo, los empujó hacia abajo. Garra Mayor sabía lo que hacía. Lo había planeado. Estaba dispuesto a dar su vida para que Varjak tuviera la oportunidad de salir al exterior y encontrar un perro.

Lo único que podía hacer ahora era seguir adelante. Pero, ¿hacia dónde?

Delante de él había un mar de luces que se extendía en la oscuridad. Varjak no sabía qué eran ni adónde conducían. Miró hacia arriba. Otro mar de luces: la luna y las estrellas, frías y distantes. Le producían vértigo en la boca del estómago, tanto que casi podía sentir que la pared se deslizaba de bajo de él.

Cerró los ojos y contó hasta diez. No funcionó. La vista era demasiado grande; él era demasiado pequeño. Un Azul

Mesopotámico de pura raza no tenía sitio en lo alto de una pared. Pero entonces, como decía su familia, él no era muy Azul. Entonces, ¿quién era?

Bajo ese cielo gigante, él no era nadie. No era nada.

El estómago de Varjak se revolvió. Iba a vomitar si se quedaba en la pared por más tiempo. Abajo. Tenía que bajar, y rápido: los gatos negros lo estarían buscando. ¿Pero cómo? No podía bajar por la pared: era escarpada. Si lo intentaba, se desequilibraría y se estrellaría.

Había un árbol fuera de la pared, sólo uno. Podría trepar por un árbol, si sólo pudiera llegar hasta allí.

Estiró una pata. Su almohadilla crepitó sobre el musgo húmedo que cubría la piedra. Se aferró con sus garras y recuperó el equilibrio. Una ráfaga de viento helado casi lo empuja al precipicio. Otra oleada de vértigo le invadió. El viento parecía burlarse de él con su canción. Demasiado alto, cantaba. ¡Demasiado alto, demasiado pronto!. Varjak intentó silenciarlo, pero la canción estaba en todas partes. Has subido demasiado alto, demasiado pronto. Nunca llegarás a ese árbol.

Lo ignoró, colocó la cola para mantener el equilibrio y dio otro paso por la piedra musgosa. Era como caminar sobre hielo: traicionero: imposible. En su mente, se vio a sí mismo resbalando, deslizándose, derrapando por la pared y haciéndose pedazos en el suelo. Se estremeció.

Piensa en otra cosa, se dijo. Piensa en el Camino. ¿En qué? Tiempo lento. Círculos en movimiento. Caminar en las sombra.

Varjak se tambaleó hacia el árbol. Demasiado alto, silbaba el viento.

—¡Tiempo lento!,— gritó. No iba a dejarse vencer por el viento.

—¡Círculos en movimiento!— No iba a dejar que el muro le venciera.

—¡Caminar en las sombras! — Porque era Varjak el Zarpa, y conocía el Camino.

Varjak caminó por la pared como si hubiera estado caminando por paredes toda su vida. Era ligero y elástico sobre sus patas. Funcionaba: ¡el Camino funcionaba de verdad! Ya no estaba mareado. No se sentía mal.

Me gustaría ver a Julius hacer esto, pensó.

Ahora sólo tenía que subir al árbol, y podría bajar fácilmente. Había hecho lo más difícil. Varjak sonrió, y se abalanzó sobre la rama más cercana.

CRACK!

Cayendo . . .

¿No lo probaste? ¡Estúpido!

El viento le azotó la cara mientras caía hacia el suelo. Cerró los ojos...

-y todo se volvió negro.

CAPÍTULO 7



Varjak soñó.

Soñó que caminaba junto a un río en el calor de la noche. Los árboles en zigzag se mecían con la brisa cálida. El aire olía a canela y sabía a dátiles maduros. Miró hacia arriba. Las estrellas eran diferentes. Centelleaban grandes y brillantes en un cielo resplandeciente.

Un viejo gato de pelaje azul plateado como la luz de las estrellas caminaba a su lado. Parecía un azul mesopotámico, pero no llevaba collar y sus ojos eran ámbar como el sol naciente.

—Bienvenido a la tierra de tus antepasados,— dijo el viejo gato.— Bienvenido a Mesopotamia.

—¿Mesopotamia? ¿De dónde vino Jalal?

—Jalal el Zarpa, sí, en efecto. Este fue su hogar en los viejos tiempos.

El pulso de Varjak se aceleró un poco.—¿Conocías a Jalal?,— dijo.

—¿Y si lo hiciera?

—'¡Entonces te haría preguntas! ¿Son ciertos los cuentos? ¿Podría realmente hablar con los perros? ¿Y qué pensaría de mí?.

El viejo gato soltó una carcajada.— ¡Qué pregunta! ¿Y a ti qué te importa?

Varjak apartó la mirada.— Mi familia dice que soy una desgracia para el nombre de Jalal. Dicen que no soy un auténtico azul mesopotámico de pura raza.

—¿Oh? ¿Y qué dices tú? ¿Eres digno de tus antepasados o no?.

—No,— dijo Varjak en voz baja. Agachó la cabeza. —No lo soy

—¿Y si conocieras el camino secreto de Jalal? ¿Serías entonces un auténtico Mesopotámico Azul de pura raza?

Varjak sonrió tristemente, recordando a Garra Mayor. —Ya sé lo del Camino. Y siento lo mismo.

—¿Conoces el Camino? Qué impresionante. Tal vez me lo demuestres. Golpéame.

El viejo gato dejó de caminar. Bloqueó el camino de Varjak. No era grande, pero algo en él parecía peligroso. Varjak retrocedió un paso.

—Golpéame,— ordenó de nuevo. Sus ojos ambarinos brillaron. —Golpéame ahora o muere donde estás.

Bueno, si eso era lo que quería... ¿por qué no?

Varjak golpeó suavemente al viejo gato loco, con la intención de darle un golpecito en el costado. Pero de alguna manera, no conectó. Su pata voló por los aires y cayó al suelo sin hacer daño. Varjak frunció el ceño. ¿Cómo había podido fallar?

El viejo gato se peinó los bigotes.— ¿Soy demasiado rápido para ti?,— le preguntó.— ¿Es este el camino de Jalal? Creo que no sabes nada, gatito. ¡Golpéame otra vez!

Esto se estaba volviendo molesto. Ahora Varjak quería pegarle, pegarle fuerte. Decidió dar lo mejor de sí: no había forma de que fallara.

Lanzó un zarpazo azul plateado, falló por completo y perdió el equilibrio. Aquellas estrellas alienígenas le miraron con una risa silenciosa mientras rodaba por la orilla del río. Se levantó de nuevo, furioso.

—Una vez más,— incitó el viejo gato. La frustración de Varjak se desbordó. Se lanzó. Su pata aleteó estúpidamente en el espacio y cayó al suelo. Pataleó con las patas traseras, pero ahora estaba luchando contra sí mismo, y lo sabía.

Fue golpeado.

Su anciano oponente le miró.— El primer ataque me pareció poco convincente,— dijo, como si estuvieran charlando amistosamente sobre el tiempo.— El tercero fue tosco y torpe, como sabes. El segundo mostró potencial, sí; pero fue lento, terriblemente lento... Aun así, tienes espíritu. Si deseas aprender el camino, el verdadero camino, sólo tienes que pedírmelo y te lo enseñaré.

Varjak no podía hablar. Las palabras se le atascaban en la garganta. Se sentía avergonzado. Era obvio que este viejo gato sabía mucho más sobre el Camino que él, pero no se atrevía a admitirlo. Su orgullo no se lo permitía.

El viejo gato se encogió de hombros.— Adiós, entonces. —Empezó a alejarse.

Algo se movió dentro de Varjak, como una puerta cerrada abriéndose. —Espera—, gritó. El viejo gato se dio la vuelta. Su cuerpo temblaba con la brisa cálida. —No te vayas,— dijo Varjak. —Quiero aprender el Camino.

El viejo gato sonrió. —Muy bien. Entonces te enseñaré. Empezamos ahora.— Se aclaró la garganta.— Hay siete habilidades en el camino de Jalal. La primera de ellas es la Mente Abierta, y acabas de encontrar su secreto. Porque sólo cuando admites que no sabes nada, puedes realmente saber algo.

Los ojos de Varjak se abrieron de par en par.— ¿Quién es usted?

—¿Todavía no me conoces, hijo mío?

—¿Jalal?

—Jalal el Zarpa, ese soy yo.— Guiñó un ojo.—No creas ninguno de los cuentos.

CAPÍTULO 8



Varjak se despertó al pie del muro. Le latía la cabeza y le dolían las patas. Aún no había amanecido, pero la noche estaba a punto de terminar. La caída del árbol debió dejarlo inconsciente. ¡Qué sueño! Se preguntó si volvería a tener otro igual.

Temblaba. Hacía frío al aire libre y la hierba estaba húmeda bajo su cuerpo. Se levantó, se sacudió la humedad del pelaje y miró a su alrededor.

La vista le despejó la cabeza al instante. El exterior no se parecía a nada que hubiera visto, ni siquiera soñado.

La casa de la condesa estaba en lo alto de una colina. Debajo había un amplio parque verde. Más allá, a lo lejos, había una ciudad.

Extendida bajo el cielo abierto, brillando como la plata a la luz del amanecer, la ciudad era un enorme y loco revoltijo de formas y tamaños. Tenía torres altas, de acero y cristal relucientes, pero también casas bajas de ladrillo, oscuras por el humo de las chimeneas. Amplios jardines abiertos se entremezclaban con estrechas callejuelas; afiladas agujas puntiagudas coronaban suaves cúpulas curvas; bloques de hormigón se alzaban sobre brillantes carteles pintados.

Estaban todos juntos, uno al lado del otro, cada uno formando parte de un todo. Había tanto que no podía asimilarlo. Lo único que oía desde aquí era el susurro del viento entre las copas de los árboles, pero abajo, en la ciudad, parecía ruidosa y bulliciosa, un lugar que nunca se iba a dormir.

Sus bigotes se crisparon con una mezcla de energía, excitación, peligro. Su corazón latía más deprisa con sólo mirarlo. Parecía una ciudad en la que podía pasar cualquier cosa, y probablemente pasaba. Un lugar donde podías hacer lo que quisieras y nadie te lo impediría. Donde podrías encontrar todo lo que quisieras, incluso un perro.

El terror de la noche anterior, la pelea con los gatos del Caballero: parecía que había pasado mucho tiempo, y estaba muy lejos. Había tristeza en su corazón por Garra Mayor, una profunda tristeza, pero su abuelo le había confiado una misión. Era su deber como Azul salvar a la familia, y Varjak tenía la intención de llevarlo a cabo.

Se aventuró colina abajo. Era más empinada de lo que parecía, y pronto se encontró corriendo, casi rodando ladera abajo. Pero era una alegría estirarse al aire libre. Un rayo de sol iluminó el horizonte. Nunca antes había visto un amanecer, y el cielo exterior estaba vivo con vetas de luz ámbar.

El cielo brilló ante sus ojos mientras aceleraba, esprintando hacia el fondo. Saltó una valla al pie de la colina y entró en el parque.

A esa hora, en casa de la condesa, la familia se despertaba y se relamía. Varjak sonrió. Odiaba lavarse, y ya había una satisfactoria acumulación de barro entre sus garras.

A continuación, la familia masticaría obedientemente su comida en cuencos de porcelana. Hoy sería el maloliente caviar del caballero. Pero ahora que estaba fuera, no tendría que comer nada que no le gustara. Podía elegir qué comer y cuándo comer.

Después de comer, la familia iría a sus bandejas de arena. ¡Ja! Varjak se agachó junto a un árbol. Hoy no tenía bandeja sanitaria. Se sentía bien, se sentía natural. Se sentía, pensó, como debería sentirse.

Así sería en el futuro. Iba a ser la mejor época de su vida. Volvería de la ciudad con un perro (fuera lo que fuera un perro) y derrotaría al Caballero y a sus extraños gatos negros. Luego sacaría a su familia de aquella vieja y estirada casa y la llevaría a este nuevo y maravilloso mundo. Todos dirían que era un auténtico Mesopotámico Azul, un verdadero hijo de Jalal. Le ofrecerían todo tipo de honores y recompensas, pero él los rechazaría.— Lo hice por la gloria de la familia—, diría humildemente, y le animarían aún más.

Varjak vagaba cada vez más lejos en su feliz aturdimiento. Apenas se dio cuenta de que los tonos ardientes del amanecer se consumían, dejando un cielo del color de las frías cenizas.

Un sonido violento se coló en sus pensamientos. Era como un chillido y un rugido al mismo tiempo, y le asustó. El sonido procedía de una carretera negra que rodeaba el parque en la distancia. Se acercó sigilosamente, con las orejas pegadas al cráneo. Y entonces los vio.

Era una columna de monstruos temibles. Rodaban por la carretera, rugiendo entre ellos y contra todo lo que les rodeaba. Eran enormes monstruos de metal con bordes afilados alrededor. Tenían ojos amarillos delante y rojos detrás. Se movían sobre ruedas negras redondas que giraban tan deprisa que Varjak se mareaba, y expulsaban tras de sí una estela de humo asfixiante en el viento.

¿Serían perros?

¿Cuáles fueron las palabras de Garra Mayor? Estos monstruos eran tan grandes como para matar a un hombre. Su aliento era fétido; su sonido, ensordecedor. Y llenaban su corazón de miedo.

Así era. Estaba seguro de que eran perros. Los había encontrado.

Una dura y apretada bola de terror se formó en el estómago de Varjak. ¿Cómo se suponía que iba a hablar con estos monstruos? No

parecía que fueran a detenerse por nadie, y mucho menos por un gatito. A medida que se acercaba a la procesión de bestias metálicas, todos sus pensamientos felices sobre el futuro se desvanecieron como un falso amanecer.

Tiempo lento. Círculos en movimiento. Caminar en la sombras.

Sacudió la cabeza. ¿De qué iban a servirle aquellas palabras? ¿Por qué Garra Mayor le había confiado una misión tan imposible? ¿Por qué no había elegido a alguien mayor y más fuerte, alguien como Julius? Puede que Julius supiera qué hacer con un perro, pero Varjak no.

La misión era demasiado difícil. Era imposible. La bola de terror en su estómago se convirtió en un pesado bulto de desesperación.

Una gota de lluvia le salpicó el hombro. Varjak hizo una mueca. Odiaba el agua en su pelaje. En casa, salía corriendo por la puerta del gato en cuanto cambiaba el tiempo. Ojalá pudiera hacerlo ahora. Miró hacia la alta colina que tenía a sus espaldas. No podía ver la casa desde allí.

Una ráfaga de viento le golpeó la cara. El cielo se oscureció. Se avecinaba una tormenta: podía sentirla.

Refugio. Eso era lo que necesitaba. Cuando estuviera a salvo de la tormenta, podría pensar en los perros. Pero no había ningún refugio en este parque abierto. Sólo había árboles, árboles solitarios sin hojas, mecidos por el viento. No le abrigarían ni le mantendrían seco.

El cielo se oscureció. El viento cortaba su abrigo. Varjak podía ver claramente cada brizna de hierba, cada hoja caída, temblando sola ante la tormenta. Refugio. Tenía que encontrar refugio, y rápido.

La lluvia caía del cielo cada vez más oscuro: una lluvia espesa y húmeda que goteaba en su pelaje, llenándolo de agua. Intentó quitársela de encima, pero una vez que empezó, la lluvia siguió cayendo. Su familia tenía razón. El exterior no era lugar para un gato. No era lugar en absoluto.

A lo lejos, tras los árboles desnudos y temblorosos, vislumbró algo que no había visto antes. Una pequeña cabaña de madera. ¡Un refugio!

Se dirigió hacia ella. La lluvia le azotaba los ojos. El viento le hacía retroceder un paso por cada dos que daba. El suelo se convertía en un mar de barro. Sus patas resbalaban y chapoteaban salvajemente.

¡SPLASH! Varjak cayó en un charco de barro rezumante. De su boca se filtró agua oscura y sucia. Estaba cubierto de baba marrón y verde. Podía sentirlo aplastándose a su alrededor, empapándole la piel. El viento aullaba como un animal herido. Demasiado lejos, aulló, has ido demasiado lejos.

Una garra de luz blanca acuchilló el vientre del cielo. Hubo un momento de horrible silencio y luego la tierra se estremeció con un trueno, temblando bajo él como si fuera a partirse en dos.

—Ayúdame, Jalal,— gritó. Pero sólo el cielo respondió, bramando de nuevo con un trueno furioso, haciéndole desear no haber hablado.

Varjak se limpió la baba de los ojos y se arrastró hasta la cabaña. Olía a madera empapada y no tenía ventanas, sólo una puerta. La puerta estaba cerrada. Empujó. Se movió, pero sólo un resquicio. Desesperado, se lanzó contra la endeble madera que se interponía entre él y el refugio contra la tormenta, y la puerta se abrió.

CAPÍTULO 9

Estaba oscuro como la medianoche en la cabaña. Se sentía estrecha y húmeda, pero al menos dentro estaba más seco que fuera. Varjak estaba a salvo por fin. Se relajó. Y entonces un gruñido bajo rasgó el aire.

La puerta se cerró de golpe tras él.

—No muevas un músculo,— dijo una voz grave. —Estás rodeado.

Las garras de Varjak se deslizaron hacia fuera, listas para luchar. —Guarda esas garras—, ordenó la voz.

Varjak abrió mucho los ojos. ¡Era otro gato! Tenía el pelaje blanco y negro en punta y los ojos color mostaza. Parecía de la misma edad que él; más joven que Jasmine o Julius, pero más dura, como si ya hubiera visto demasiado mundo.

—No busco pelea—, Ella dijo, —pero si no apartas las garras, te haré pedazos—. Algo en su voz grave no dejaba a Varjak ninguna duda de que lo decía en serio.

—Yo tampoco busco pelea—dijo, y guardó las garras. La lluvia golpeaba el techo de la cabaña como un latido nervioso.

—De acuerdo,— Ella dijo. —Esta es mi choza, mi refugio. Todo el mundo lo sabe. ¿Qué haces aquí?

Varjak miró hacia la puerta. —Está lloviendo.

—¿Y?

—Y este fue el único refugio que pude encontrar.

—¿No ves que está ocupado?, —Ella gruñó.

—¿No es lo suficientemente grande para los dos?

—Sólo hay sitio para uno.

Eso no era cierto, pero Varjak no creía que a ella le gustara que se lo dijera. Miró en silencio el suelo de madera empapada. Ya se había formado un charco a su alrededor. No podía volver a salir. Además, era la única gata que había conocido desde que salió de casa. No se parecía en nada a un Azul Mesopotámico, pero tampoco era como los gatos del Caballero. No había nada extraño o aterrador en ella, aunque no la querrías como enemiga.

Varjak intentó sonreírle a través de la oscuridad. Ella le devolvió la mirada.

—¿Cómo te llamas?,— ella dijo bruscamente. —No te había visto antes por aquí.

—Es Varjak el Zarpa.

—¿Varjak el Zarpa?,— dijo. —¿Varjak el Zarpa? ¿Qué clase de nombre es ése?

¿Qué tenía de malo su nombre? —¿Cuál es el tuyo?

—No es asunto tuyo. ¿Con qué banda estás? ¿Quién es tu jefe? ¿Estás huyendo de los Desaparecidos?

Varjak dudó. ¿Qué significaban todas esas preguntas? No lo sabía, pero tenía que decir algo.

Soltó lo primero que se le ocurrió: algo que ni él mismo se creía. —Soy un Mesopotámico Azul de pura raza.

—¿Un qué?

—Un azul mesopotámico. Somos muy raros. Gatos especiales.

—¿Especial?,— ella balbuceó.— Me da igual lo pura que seas o de dónde creas que vienes. Lo único que cuenta es lo que haces.

Un trueno sacudió la cabaña. Varjak frunció el ceño. Nunca había oído a nadie hablar así.

—¿Qué clase de gato eres?,— preguntó.

—Yo hago las preguntas, Gato Especial—, dijo. Parecía disgustada. —Ahora dime lo que realmente haces. ¿Eres de la banda de Ginger? ¿O estás con Sally Deshuesada?

Sigue hablando, eso fue lo mejor.—Te lo dije, soy un Azul Mesopotámico. Vivimos en la colina.

Ella suspiró y golpeó el suelo con las garras.— Todo el mundo sabe que allí arriba no hay comida. Ni siquiera las bandas se molestan en hacerlo. Vamos, di la verdad. Debes de estar en una banda, o un gatito como tú ya se estaría muriendo de hambre.

Sus palabras provocaron un escalofrío en Varjak. ¿Cómo podía no saber nada de la casa de la Condesa? Este mundo exterior y el mundo del que él procedía parecían completamente separados.

—Escucha,— ella dijo, —si eres tan altivo y poderoso, ¿cómo es que estás en el parque en plena tormenta?.

—Estoy fuera porque necesito hablar con un perro,— dijo. Ella le miró como si no lo entendiera. Los perros son monstruos enormes y ruidosos,— le explicó.

—Sé lo que es un perro,— espetó ella.

Entonces tal vez ella podría ayudar. —¿Sabes cómo hablar con ellos?

Frunció el ceño, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—Sé que suena extraño,— dijo Varjak. —Pero tengo que hacerlo para salvar a mi familia. Corren mucho peligro.

El gato blanco y negro soltó una carcajada. —Cree que puede hablar con un perro—. Incluso su risa sonó como el crujido de la grava. Varjak se rascó un picor bajo el cuello. Se sentía incómodo.

—¿Qué es eso que te estás rascando?. ella dijo

—¿Mi collar?

—Collar... —Una expresión extraña cruzó su rostro y luego pareció relajarse.— ¿No es eso lo que llevan los animales domésticos?

Varjak miro el cuello del otro gato. Ella no llevaba collar.

—Sí, ahora tiene sentido,— dijo.— No eres más que un gato que se ha perdido en la tormenta, ¿no? No estás en una banda. No sabes nada de los Desaparecidos. No sabes nada de esta ciudad, ¿verdad?.

Varjak estuvo a punto de negarlo. Entonces recordó su sueño. Mente abierta, la primera habilidad: sólo cuando admites que no sabes nada, puedes saber realmente algo.

—Lo único que sé es que necesito tu ayuda—, dijo en voz baja.— Necesito un lugar donde quedarme hasta que pase la tormenta, y luego tengo que encontrar un perro.

Ella le miró a los ojos durante largo rato. La lluvia caía implacable.— Está bien, gatito—, dijo al fin.— Puedes quedarte. Sólo hasta que deje de llover, y luego te vas. ¿Entendido?

Varjak sonrió. —Gracias.



—No me hables de perros, eso es todo—, murmuró.

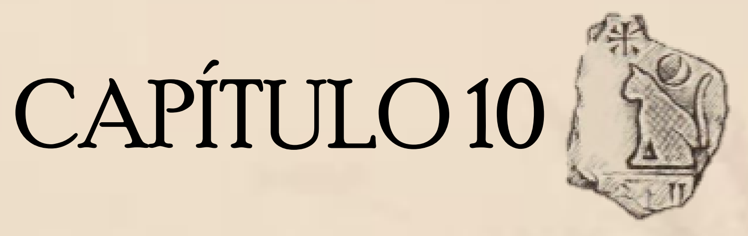
Se sentaron juntos en la oscuridad. Varjak rebosaba de preguntas. ¿Había muchos otros gatos fuera? ¿Qué eran esas bandas y esas desapariciones de las que no paraba de hablar? ¿Y cómo, exactamente, se hablaba con un perro?

Había tantas cosas nuevas que entender. Pero el gato blanco y negro estaba hecho un ovillo. Cualquier otra palabra rompería la barrera invisible que había creado entre ellos.

La lluvia continuaba. Varjak temblaba. Tenía frío y estaba cansado. Los párpados se le caían. Intentó abrirlos, pero se cerraban solos. Sería una locura dormirse en un lugar extraño con un gato extraño, pero no pudo evitarlo.

Durmió en su rincón de la cabaña, todavía temblando mientras el agua de lluvia y la baba goteaban de su pelaje embarrado.

CAPÍTULO 10



Varjak soñó.

Soñó que estaba de vuelta en Mesopotamia. Los árboles en zigzag se mecían con la cálida brisa nocturna. El cielo brillaba con las estrellas. El aire olía a canela y sabía a dátiles maduros.

Jalal caminó a su lado.

—¿Puedes enseñarme a hablar con los perros, Jalal?

—¿Qué clase de árboles son éstos?—, dijo bruscamente el viejo gato.

—¿Árboles?

—A nuestro alrededor hay árboles. ¿Te habrás dado cuenta?

Los árboles en zigzag: Varjak asintió

—¿Qué tipo de árboles son, Varjak el Zarpa?

Varjak se mordió la lengua. Jalal no hablaba de perros, y Varjak no tenía ni idea de los árboles. No quería decepcionar a su antepasado, pero ¿qué otra cosa podía hacer? —No lo sé—, admitió.

Jalal dejó de caminar y apoyó las patas en la tierra. —Conciencia—, dijo. —La segunda habilidad. Si quieres sobrevivir en el mundo, debes ser consciente de todo lo que hay en él. Si necesitas encontrar comida, luchar contra un enemigo o incluso hablar con un perro, antes de hacer nada debes saber a qué te enfrentas. No supongas nada; asegúrate de los hechos. Abre tus sentidos. Extiéndelos como una red. Observa el mundo: cómo es, cómo suena. Incluso su sabor.

—El aire sabe a dátiles,— sugirió Varjak.

—Así es. Eso es porque estos árboles son palmeras datileras. ¿Ves los dibujos en zigzag del tronco? Así se reconoce una palmera datilera.

Jalal señaló los demás árboles de la ribera. Les puso nombre y enseñó a Varjak a reconocerlos por los dibujos de sus troncos y el aroma de sus frutos. Varjak almacenó los conocimientos cuidadosamente en su mente mientras permanecían bajo las palmeras, practicando la Conciencia, durante un tiempo eterno.

—Otra vez, —decía siempre Jalal. Era un profesor severo. —Otra vez—. Y luego, por fin, —Basta.

—No sabía que hubiera tanto en el mundo—, dijo Varjak.

—Porque hasta ahora sólo has utilizado una pequeña parte de tu potencial. El resto está encerrado en ti. Pero eres capaz de todo, hijo mío, de todo. Cada sentido es como una fina red que sale al mundo. Tus bigotes pueden detectar los cambios más leves en el aire, los movimientos más pequeños. Tu nariz puede oler el miedo. Una vez desarrollado, tu sentido de la conciencia puede incluso sentir el peligro y decirte cuándo te están observando—. Jalal aguzó las orejas de repente. Se puso en cuclillas. —Escucha. ¿Lo oyes?

Varjak escuchó la apacible noche mesopotámica. No oía nada inusual.

—Presta atención—, dijo Jalal.— Cerca de la cima de la cordillera, hay un ruido de arañazos, chirridos y gorjeos. Viene del borde del agua. ¿Puedes oírlo ahora?

Varjak cerró los ojos y se concentró. Ahí estaba, tal y como dijo Jalal.

—Lo oigo. Pero, ¿qué es?

—Desayuno,— dijo Jalal.

CAPÍTULO 11

—¡Hey! —Varjak oyó la voz grave como si viniera de muy lejos. —¡Eh, tú! Pobre Jack, o como te llames. ¡Despierta!

Abrió los ojos. Una vez más, el sueño había terminado. Estaba de vuelta en la empapada cabaña de madera, en medio del parque. Tenía frío. Mojado. Y hambriento.

—¿Dijiste algo sobre el desayuno?—, gimió. Se levantó y se rascó la oreja. Un reguero de agua sucia se escurrió.

—¿Desayuno?—, dijo otra voz. Varjak miró hacia la puerta. Estaba abierta. Allí estaba sentada una gata de aspecto confortable y pelaje desgreñado de color marrón chocolate. —Hacía mucho tiempo que no oía esa palabra—, dijo. —¿Recuerdas el desayuno, Holly?

La gata blanca y negra llamada Holly sacudió la cabeza.— ¿Has encontrado algo?—, preguntó.

—No es una salchicha, pero parece que sí—. El gato nuevo le guiñó un ojo a Varjak. —¿De dónde lo has sacado?

—Métete en tus asuntos—, dijo Holly. Se volvió hacia Varjak.— La tormenta ha terminado. Es hora de irnos.

Se asomó por la puerta. Era de noche otra vez. Parecía que hacía mucho frío. Tuvo un flash de memoria: el cielo bramando con un trueno. No podía soportar quedarse solo tan pronto.

—Ten corazón, Holly—, dijo el gato marrón chocolate.—Míralo, obviamente no es peligroso.— Sonrió a Varjak. —Me llamo Tam. No te preocupes por Holly. Ahora está de mal humor, pero ladra más que muerde.

—Ya basta,— espetó Holly. Varjak la miró a los ojos. Eran de un intenso color mostaza.

—¿Vas a ayudarme a encontrar un perro?—, preguntó.

—¿Un perro?—, dijo Tam. Tenía los ojos muy abiertos y redondos, como platillos. —¿Por qué?

—Necesito hablar con uno.

—¿Hablar con un perro? —Tam susurró

—Sé que es difícil...

Su peludo abrigo se estremeció. —Es peor que eso. ¿Tienes idea de lo que estás diciendo?

—No le hagas caso, Tam,— dijo Holly. —No sabe nada.

—¡Sí, lo sé!,— dijo Varjak.

—Vamos, dile a Tam cómo te llamas.— Sonrió.

—Me llamo Varjak el Zarpa,— dijo con toda la dignidad que pudo reunir.— Es un nombre noble; soy un mesopotámico azul.

Hubo silencio por un momento y luego Tam empezó a reírse. Holly sonrió.

—¿Messsuppa qué?,— dijo Tam.

—Mesopotamia. Es de donde es mi familia.

—Suena raro—, dijo Tam.— ¿Dónde está?

Varjak se rascó la cabeza. —No lo sé exactamente—, admitió, —pero....

—¿No has estado allí?

—Sólo he soñado con ello.

Los dos se rieron esta vez. Lo extraño era que a Varjak no le importaba. No era como ser intimidado por Julius. Estos gatos eran tan diferentes de su familia. Le gustaba cómo hablaban, incluso cuando se burlaban de él. Sonrió con ellos, y sólo por un momento, sintió que la barrera invisible entre ellos caía.

—Pues entonces, —dijo Tam, —si no eres de allí, eres de aquí. Eres de los nuestros.

—No es de aquí,— le dijo Holly.— Es una mascota. Dice que vive en la colina y que se perdió en la tormenta.

—Estoy aquí para salvar a mi familia—, dijo Varjak.

—¿Lo eres?,— respiró Tam. —¿De quién?

—Un caballero. Tiene unos gatos negros que dan miedo, hasta sus ojos son negros. Y caminan de forma extraña.— Varjak hizo una pausa. Sabía que estaba sonando raro.— Así,— dijo, e intentó caminar como los gatos negros, pero se dio cuenta de que no podía hacerlo por sí solo. Tam y Holly volvieron a reírse a carcajadas.

—Me gusta—, dijo Tam. Me recuerda a Luka.

La cálida risa se apagó de repente y la cabaña quedó en silencio. Varjak miró a Holly. Había una mirada triste en sus ojos mostaza.

—Luka es amigo nuestro,— dijo Tam. —Solía serlo. Se parecía a mí, pero sonaba como tú; siempre nos hacía reír. Acabó uniéndose a una banda. Fue cuando empezó a escasear la comida: las bandas se lo llevaban todo. Pasamos mucha hambre.

—Le dije que era una mala idea,— dijo Holly en voz baja, —pero se unió a uno de todos modos. Y luego desapareció. Algún amigo.

—¿Te dejó?,— preguntó Varjak.

—No se fue,— dijo Holly.— Desaparecido. Ocurre todo el tiempo en esta ciudad—. Miró hacia la puerta. Su barrera invisible estaba definitivamente levantada de nuevo.— Pero eso es lo que hacen los amigos. No vale la pena tenerlos.

—¿Por qué no?— Varjak pensaba que daría cualquier cosa y haría cualquier cosa por un amigo. Nada podría valer más.

—Porque te defraudan. Al final te abandonan. Es mejor estar solo.

—No te preocupes, Varjak,— dijo Tam.— No lo dice en serio. Holly intenta hacerse la dura, pero es la mejor amiga que podrías tener. Y se nota que le gustas de verdad.

—¡Ya basta! —gritó Holly. Parecía dolida. —Si ahora sois tan buenos amigos, ¿por qué no os vais juntos?

Se alejó, salió de la cabaña y se adentró en el parque. Se iba. Varjak la siguió. Tenía una sensación extraña, como si algo importante se le escapara de las manos.

—Espera...,— dijo.

—No me sigas,— gruñó mientras se alejaba, con la cola erguida, puntiaguda y solitaria. Una gata inaccesible.

—Oh, no —dijo Tam, corriendo tras ella—. No debería haber mencionado a Luka. Lo he estropeado. Holly, espérame—. Se escabulló en la noche.

Y Varjak el Zarpa estaba solo una vez más.

CAPÍTULO 12

Varjak caminó en la otra dirección. Temblaba mientras caminaba. Sentía la hierba húmeda y fría bajo sus patas. El cielo estaba despejado después de la tormenta, pero parecía hueco y negro, como si la lluvia hubiera borrado incluso la luna y las estrellas.

Era mucho peor estar solo ahora que había tenido un momento con Holly y Tam. Le hizo darse cuenta de lo solo que había estado antes y de lo solo que volvía a estar ahora. Aun así, tenía que seguir adelante con su misión: encontrar un perro, llevarlo a casa, vencer al Caballero y a sus gatos.

La ciudad se alzaba ante él. Desde la colina lo había visto todo, y cómo encajaba. Pero a ras de suelo, no podía ver más allá del edificio más cercano. Incluso los más pequeños le cerraban el paso. Sus gruesos muros de ladrillo se alzaban ante él, más altos que la casa de la condesa.

Varjak cruzó una puerta en el límite del parque. Más allá había una estrecha acera y una ancha carretera negra, bordeada de farolas naranjas. Parecían árboles de hierro espinosos, con racimos de luz en sus ramas. En lugar del dulce aroma de la fruta, olían agudo y eléctrico, zumbando nerviosamente sobre él.

Se sintió expuesto a su mirada. Más allá, en la acera, oía a gente, a grupos de gente. Algunos hablaban, otros reían o se gritaban. Se le erizó la piel al recordar a los hombres que habían ido a casa de la condesa aquella noche.

No quería que lo vieran; se sentía demasiado arriesgado aquí solo. Al otro lado de la calle había un callejón tranquilo entre las casas de ladrillo. Parecía un lugar más seguro.

Varjak subió a la acera y se quedó paralizado. Ante él, alineados en el borde de la calzada, había toda una columna de brillantes monstruos metálicos. Estaban en fila india, inmóviles. No se movían ni emitían sonido alguno. Tenían los ojos apagados y sin luz, y sus ruedas redondas y negras estaban en reposo.

Pero eran perros, y esta era la oportunidad de Varjak de hablar con ellos.

—Disculpe,— dijo.

No reaccionaron; ni siquiera un parpadeo en los ojos. Tal vez estuvieran durmiendo. Respiró hondo y se acercó sigilosamente a ellos, preparado para huir si se despertaban de repente. Se deslizó por el camino, estiró una pata y tocó con cautela el flanco de metal liso de un monstruo.

Estaba frío. No dormido, sino muerto. Varjak se estremeció al pensarlo.

A lo lejos, pero acercándose, algo chilló. Algo rugió. El corazón de Varjak retumbó en su pecho cuando se giró para mirarlo. El chillido y el rugido se hicieron más fuertes. Era una jauría de perros vivos que venían hacia él por el camino.

Había olvidado lo rápidos y salvajes que eran. En movimiento, se desdibujaban bajo las luces de la calle. Tenían los ojos amarillos abiertos, tan redondos y brillantes que parecían perforarle el cráneo. No podía mirarles a los ojos.

Tuvo que apartar la mirada. No era de extrañar que la gente les tuviera miedo.

Varjak se estremeció cuando los monstruos pasaron rugiendo, uno tras otro. Eran enormes, poderosos, imparables. A su paso llegaba ese olor nauseabundo y asfixiante. Le hacía toser, toser y toser.

Se acobardó ante el viento letal; observó cómo los ojos rojos del fondo se perdían en la distancia.

¿Qué debo hacer, Jalal?

Conciencia, la segunda habilidad: antes de hacer nada, debes saber a qué te enfrentas. No supongas nada; asegúrate de los hechos.

De acuerdo. El hecho era que estos perros no lo notarían si se sentaba allí y los llamaba. Ni siquiera lo oirían. Tenía que hacer que uno de ellos se detuviera. Eso era lo primero.

Sólo había una forma de hacerlo, y a Varjak se le hizo un nudo en el estómago al darse cuenta de lo que significaba. Iba a tener que ponerse delante de ellos, en medio de la carretera, mientras aceleraban hacia él. Entonces le verían y no tendrían más remedio que detenerse.

Haría falta valor, pero podría hacerlo. Podría hacerlo. Estaba seguro de poder hacerlo.

En su interior, algo se encogió de hombros y se alejó. Por supuesto que no, dijo. No soy Jalal. Ni siquiera soy Julius. Los perros nunca se detendrán por mí. Aunque me vean, me atropellarán. Me matarán. ¡Míralos! Son enormes, monstruos sin corazón. No se detienen por nada. Es inútil siquiera intentarlo.

Pero tenía que intentarlo. Garra Mayor dio su vida para que él pudiera intentarlo: él y nadie más. Ese sacrificio no significaría nada a menos que Varjak estuviera dispuesto a arriesgar su propia vida también. ¿Y no había querido siempre la oportunidad de probarse a sí mismo como un auténtico Azul Mesopotámico?

Varjak cerró los ojos. Respiró hondo. Y salió a la carretera, al centro del camino de los perros.

Otro par de ojos amarillos en la distancia. Podía oler el fétido aliento desde aquí. Podía oír el rugido ensordecedor. Los cuentos tenían razón: esos monstruos le llenaban el corazón de miedo. Le arañaba las entrañas mientras se acercaban a él.

—¡Alto!—, gritó.



Los ojos eran grandes y deslumbrantes. Varjak los miró fijamente. Ignoró el dolor punzante que le producían en la cabeza. Ignoró a sus músculos, que le gritaban que huyera de la bestia que se acercaba. Se mantuvo firme.

Recordó a Garra Mayor, en el jardín, enfrentándose a los gatos negros del Caballero. Tan valiente. Eso era lo que necesitaba ahora.

—Por favor, para—, gritó. —¡Tengo que hablar contigo!

Los ojos se agrandaron. Y más grandes. El monstruo se acercaba más y más. Y detrás de él, podía ver a otros de su especie: una manada entera de ellos. Bien. Estaba justo delante de ellos. No podían pasar sin pasar a través de él.

Jalal podía hacerlo. Yo también puedo.



Los monstruos seguían llegando. Y aun así se mantuvo firme, aunque tuvo que clavar las garras en el asfalto para no correr.

—¡Necesito tu ayuda!—, gritó.— ¡Por favor! ¡Por favor! Por favor.

Pero los monstruos no iban más despacio. Se aceleraban. Chillaban, rugían, se abalanzaban sobre él. Enormes, mortales. Mantente firme, mantente firme...



BRAAAAAP!

piel

aleteó

pelaje

aplastado.

Monstruos rugían sobre su cabeza...

-a su izquierda-

-a su derecha

--...a su izquierda...-

y desaparecieron.

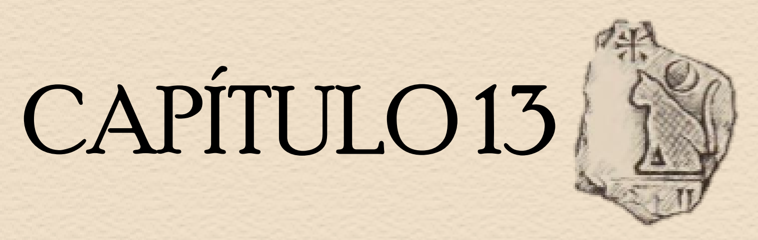
Varjak se quedó en el suelo, encogido, aplastándose contra el asfalto, a pesar de que los perros habían desaparecido, y con ellos todas sus esperanzas de salvar a la familia.

Se arrastró por la dura carretera negra hasta el otro lado, sin atreverse a ponerse de pie. Su cuerpo temblaba de asombro. Si se hubiera movido, si hubiera respirado cuando le pasaron por encima, le habrían destrozado.

Había estado a punto de morir. Lo sabía. Pero eso no era lo peor.

Lo peor era que había fallado.

CAPÍTULO 13



Varjak agachó la cabeza.

Podía oír más monstruos en la distancia, acercándose. No podía enfrentarse a ellos. ¿Qué sentido tenía? Ahora sabía que nunca se detendrían a ayudarlo, ni en un millón de años.

Había fracasado en lo único que le habían confiado. ¿De qué le servía a alguien? Julius tenía razón. No era un Mesopotámico Azul, y nunca lo sería. Era un insecto. Peor que un insecto, era una desgracia para el nombre de Jalal.

Había fracasado.

Varjak miró hacia la colina, muy lejos, al otro lado del parque. No había forma de volver allí, no sin un perro. Eso significaba que nunca volvería a ver su casa. La cocina llena de cuencos de porcelana, el sillón de terciopelo rojo de la Condesa, incluso el nuevo ratón de juguete: nunca más.

Se escabulló por un callejón que se alejaba de los monstruos, de la colina, de sus recuerdos de casa.

El callejón era estrecho y oscuro por las sombras de la noche.

Estaba vacío, salvo por un enjambre de bolsas de basura de plástico negro, tan llenas que se habían abierto. La comida en mal estado salía de las bolsas como la sangre de una herida. El suelo estaba resbaladizo por los restos: pan empapado, fruta viscosa, desechos que se descomponían en la tierra.

En algún lugar en la distancia, casi enterrado por estos olores, estaba el sabor de la carne. El estómago de Varjak gruñó. Hacía tanto

tiempo que no comía. Recordaba haber insistido a madre y padre en que quería cazar, como Jalal. Se rió amargamente al recordarlo. Era fácil hablar de cazar, pero ¿hacerlo de verdad? ¿Él, el cobarde que ni siquiera podía detener a un perro? ¿Varjak, que había deshonrado a toda su familia, un cazador como su famoso antepasado? No: un viejo trozo de carne era todo para lo que servía, todo lo que podía conseguir.

Varjak siguió el rastro. Su conocimiento le llevó a lo largo del callejón y por encima de un muro. Bajó al lugar más desolado que había visto.

Era un patio cerrado. El cielo estaba oculto: había perdido la luna y las estrellas. Sólo se veían grandes torres de hormigón a su alrededor. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas, como si la gente de dentro intentara mantener algo fuera.

Aquel lugar le ponía nervioso. Sería imposible escalar los bloques: sus paredes eran lisas y escarpadas. Si algo salía mal, si había problemas, podría quedar atrapado. La única salida era por donde había entrado. Sin embargo, al menos era sombrío. Había muchos sitios donde esconderse. Y era tranquilo; lo único que oía era el ruido sordo de la ciudad a lo lejos.

El olor a carne era potente en este lugar yermo. Con sombría precisión, Varjak lo rastreó hasta un contenedor metálico que tintineaba en un rincón, indefenso sobre su costado en un turbio charco de lluvia.

Algo le rozó el hombro.

Varjak jadeó, se agachó y se giró. ¿Qué era? No había nadie. Sólo un crujido. Una bolsa de plástico, atrapada por el viento, le rodeaba como si fuera el cazador y él la presa.

Respiró hondo, se dijo que no debía ponerse tan nervioso y se volvió hacia la papelera.

El olor a carne no era tan agradable de cerca. Estaba rancia, podrida: por eso la había cogido desde tan lejos. Arrugó la nariz. Así no era como se había imaginado la vida fuera. ¡Si tan sólo pudiera tener un plato de caviar del caballero ahora! Pero esto era todo lo que se merecía.

Varjak se acercó a la papelera y el mundo estalló en violencia. De las sombras, esos escondites perfectos, saltaron cinco gatos adultos. Ninguno de ellos llevaba collar. Varjak levantó las patas para defenderse. Eran demasiado rápidos. En una viciosa ráfaga de velocidad, lo tiraron al suelo y lo inmovilizaron.

El más grande, un enorme y musculoso Tom pelirrojo, se alzaba sobre él. Le desgarró la mejilla con garras afiladas y blancas como relámpagos. Varjak aulló de dolor.

—**¡ESOS SON NUESTROS CONTENEDORES, SONNY!**—, gritó el pelirrojo. —**¡Y NO LO OLVIDES!**

Varjak soltó una pata y devolvió el golpe. Golpeó al pelirrojo de lleno en la cara. No se movió, ni siquiera se inmutó. Simplemente abrió sus fauces y le escupió. Los otros gatos se abalanzaron sobre él, una lluvia mortal de garras y dientes. Varjak gritó. Era una agonía.

—¿Qué sabes de los Desaparecidos?—, preguntó el pelirrojo. Era tan grande como los gatos del Caballero.

—¿Qué Desaparecidos?—, jadeó Varjak.

—No finjas. —Las garras rastrillaron el costado de Varjak. Patas huesudas golpearon su cabeza. Apretó los ojos y se hizo un ovillo. A lo lejos, podía oír el ulular de una sirena.

Esto era todo. Este era el final. Iba a morir solo en este lugar de hormigón sin vida, y nadie lo sabría jamás. Una sensación de alivio lo invadió. Se alegró de que hubiera terminado. Ya no quería vivir. No merecía vivir, no después de haber decepcionado a todo el mundo.

Ya parecía muy lejano, como si le estuviera sucediendo a otra persona. Sentía el cuerpo frío e ingrávido. Como desde una gran altura, a través de una cortina de dolor, pudo oír voces que hablaban. Se preguntó vagamente de quién serían.

—Déjalo en paz, Ginger. —Una voz grave.

—Bueno, ¡mira quién es! ¿Es amigo tuyo, Holly?

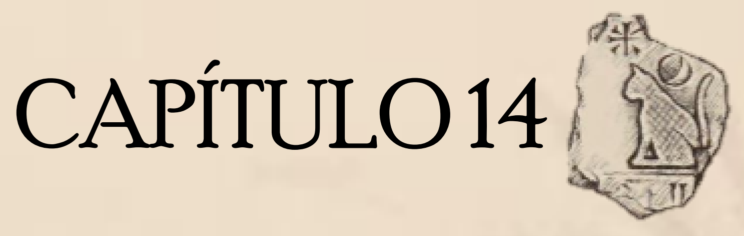
—Déjalo. No sabe nada.

—¡Ja! Ya aprenderá.

Algo crujió en las costillas de Varjak. Un dolor púrpura le atravesó el cuerpo...

....y se desvaneció en negro.

CAPÍTULO 14



En la oscuridad, Varjak soñaba.

Caminaba junto al río en Mesopotamia. Las palmeras datileras se mecían con la brisa cálida. El aire nocturno olía a canela. Jalal caminaba a su lado.

—¡Jalal! Pensé que nunca te volvería a ver...

—¿Por qué canela?—, dijo Jalal, como si no lo hubiera oído.

—¿Canela?

—¿Quizás has notado el olor a nuestro alrededor? Ahora síganme y guarden silencio.

Jalal lo condujo por la orilla del río hacia un grupo de hombres. Estaban sentados alrededor de un fuego de campamento, cocinando comida en una sartén que chisporroteaba. La sartén desprendía el olor más maravilloso del mundo. Era tostado y canela, y a Varjak le volvía loco. Sus fosas nasales se estremecieron. Se le caía la baba. Se moría de hambre.

Un par de gatos gordos y perezosos daban vueltas alrededor del fuego. Uno de los hombres les arrojó algo de la sartén. Varjak sonrió a Jalal. Obviamente, iban a unirse a ellos. Iba a comer algo de esa comida que olía tan bien.

Jalal negó con la cabeza. — Esos no son verdaderos gatos. Han olvidado cómo cazar. Son carroñeros, atrapados aquí por su propia codicia. Se han convertido en esclavos de la gente. Ya podrían estar muertos.

Varjak se sonrojó de vergüenza, recordando aquel trozo de carne rancia que tanto había deseado en la ciudad. Pero ¿y si tienes hambre y no hay nada más? — dijo.

Los ojos de Jalal brillaron en ámbar como el sol naciente. —Un gato es una idea de libertad hecha carne—, dijo con fiereza. —No puede estar atado. Para estar realmente vivo debe ser libre, y un gato libre caza. Nunca hurga en la basura ni depende de la amabilidad de la gente. Sólo depende de sí mismo.

Varjak miró al suelo. Deseó que se lo tragara. —He fallado, Jalal. Te he fallado a ti. Les he fallado a todos.

—No es un fracaso cometer un error, hijo mío. Lo que importa es si puedes aprender de él.

Varjak levantó la vista. El viejo gato le sonreía. Era como un rayo de sol en la noche.

—Quiero aprender a cazar, Jalal.

—Entonces aprenderás. Restauraré el conocimiento que se ha perdido. Te enseñaré a cazar, porque es la tercera habilidad. Ahora, muéstrame tu Conciencia: rastrea ese gorjeo que oíste la última vez que estuviste aquí.

Varjak aguzó el oído, decidido a no volver a fallar. El ruido procedía de la orilla del río. Con sus sensibles bigotes, sondeó las corrientes de aire que transportaban el sonido hasta que localizó su origen con precisión.

—Grillos,— dijo.— Cuatro. Escondidos detrás de ese grupo de juncos.

—Correcto. —Jalal se deslizó hacia los juncos. Varjak se maravilló de la forma en que se movía. Era sigiloso en persona.— Cuando acechas a tu presa,— susurró Jalal, —te conviertes en tu presa. La conviertes en parte de ti. Respira como ella respira. Piensa como ella piensa. Cuando tú y tu presa seáis uno, conocerás cada uno de sus movimientos y, entonces, tú moverás primero. Este es el secreto de la Tercera Habilidad y por qué se hace mejor en solitario. Inténtalo.

Los grillos chirriaban detrás de los largos juncos mientras Varjak y Jalal se acercaban sigilosamente. Varjak eligió su objetivo. Se quedó inmóvil, esperando, observando, dejando que toda su conciencia fluyera hacia el grillo. Cada vez que se movía, sus sentidos lo acompañaban, rastreando su velocidad, trayectoria y vectores. Lo asimiló todo, como si no hubiera nada más en el mundo, como si él mismo ya no existiera.

Los grillos se agitaron; se sentían observados. Estaban a punto de moverse, Varjak lo sabía con absoluta certeza.

Sus piernas se tensaron como muelles de acero, apretadas, tensas, hasta que llegó el momento adecuado. Se desenrolló en el aire. Las garras se deslizaron suavemente, inmovilizando a la presa, obligándola a caer al suelo. Abrió las mandíbulas, preparado para hincar el diente...

—¡BASTA! ¡BASTA! —gritaba Jalal. Varjak soltó el grillo aturdido. ¿Qué había hecho mal ahora?

Jalal respiró hondo. —Fue un ataque espléndido; tienes la Tercera Habilidad. Pero esto es sólo práctica. Ibas a matarlo.

—¡Es sólo un grillo!

—Y nosotros sólo somos gatos. Recuerda: sólo puedes causar daño cuando no hay alternativa, sólo cuando tu vida está en juego. Tomas lo suficiente, y no más. Así es como está hecho el mundo.

—Lo siento, Jalal—, dijo Varjak, con el rabo entre las piernas. —No lo sabía.

—¿Y por qué te conformaste con un grillo? No alimentaría ni a un ratón.

—Nadie podía atrapar a más de uno a la vez.—

—¿Ah, no?— sonrió Jalal. Varjak miró las patas de su antepasado. Los otros tres grillos estaban allí, retorciéndose en el suelo.

—Ahora presta atención,— dijo Jalal. —Así es como se hace.

CAPÍTULO 15

Una lengua con la textura de la grava lamió la cara de Varjak, sacándole del sueño.

Le rozó un punto sensible de la mejilla. En su cabeza estallaron colores cegadores. Abrió un poco los ojos. Un borrón blanco y negro apareció a su vista.

—Quédate quieto,— ordenó una voz grave. —Sé que duele, pero hay que hacerlo—. Varjak cerró los ojos y pensó en Mesopotamia, en Jalal, en esa deliciosa comida con canela que no había comido. Cualquier cosa, incluso el hambre, era mejor que este dolor.

—Ya está—, dijo por fin. —Nunca ganarás un concurso de gatos, pero vivirás. Será mejor que vivas.

Varjak volvió a abrir los ojos. Holly estaba encima de él, Tam detrás.

Estaban en un callejón estrecho y empedrado, un camino tranquilo a lo largo de la parte trasera de los edificios de la ciudad. Unas escaleras de incendios de hierro conducían a unas ventanas llenas de hollín. Los desagües serpenteaban hacia abajo, a través de rejillas en el suelo, hasta las alcantarillas. Varjak creyó ver algo que brillaba, moviéndose bajo las calles, pero era de noche en el callejón y no podía estar seguro.

A lo lejos, podía oír a esos temibles monstruos de metal rugiendo por las carreteras. Podía saborear su humo venenoso en el aire. También podía oír los silbidos y gruñidos de los gatos callejeros mientras

hacían sus necesidades. Pero en este callejón los tres estaban solos. No había rastro del gato pelirrojo que casi le había matado.

Se estiró. Los adoquines fríos y húmedos se clavaron en sus costillas. Su cuerpo era una pulpa de dolor. Sin embargo, extrañamente, no se sentía tan mal por dentro. Se alegraba de seguir vivo; se alegraba de que ese gato de voz grave lo hubiera rescatado.

—¿Estás bien, Varjak?— dijo Holly. —Has estado fuera mucho tiempo.

—Creía que no querías amigos,— dijo.

—No somos amigos,— espetó—. Tam sólo me hizo sentir mal por dejarte.

—¿Yo?,— rió Tam. —Como si yo pudiera obligarla a hacer algo.

—De todos modos, la banda de Ginger fue demasiado lejos—, dijo Holly.

Varjak se levantó, inestable.— Los detuviste, ¿verdad? Creo que me salvaste la vida.

—Está bien, está bien.— Holly sonaba avergonzada; no quería mirarle a los ojos. De un salto, se subió a un saliente de ladrillo en lo alto de la pared, y comenzó a alejarse, espigada como siempre...

Varjak no estaba dispuesto a perderla de nuevo. Sin pensárselo dos veces, fue tras ella. En un momento estaba sobre los adoquines y al siguiente en la cornisa. Su cuerpo parecía saber qué hacer: sólo tenía que seguir a Holly. Tam venía detrás de él.

Caminó entre ellos hasta el borde del muro, donde Holly se detuvo para mirar al cielo. Varjak siguió su mirada. Allí brillaba una cuña blanca de luna. Había crecido desde la última vez que la vio: estaba cambiando, haciéndose más grande y brillante.

Varjak miró desde el cielo.— ¿Dónde estamos exactamente?

—Estamos en el centro de la ciudad—, dijo Holly.— Nadie más conoce estos callejones. Aquí estás a salvo.

—¿A salvo de qué?

—De las bandas, estúpido. En este lado del parque, sólo el centro es terreno neutral. La banda de Ginger dirige el Este. Sally Deshuesada es la jefa del Oeste. Hagas lo que hagas, no intentes luchar contra ella como hiciste con Ginger. No creo que nadie pueda ayudarte si haces eso. Ginger es rudo, pero en el fondo sigue siendo uno de nosotros. Sally Deshuesada - ella es otra cosa.

—¡Ssh!— siseó Tam. —¡Te va a oír!

—No seas estúpida,— dijo Holly.

—Ella está en todas partes, —susurró Tam.

—Nadie está en todas partes. No tiene sentido.

—Entonces, ¿cómo lo explicas si no?—, dijo Tam. —Tú mismo lo has dicho: no es una de nosotros. Es otra cosa.

Varjak se preguntó a qué se refería. Eso era lo que solía decirle su propia familia. —¿Qué tiene eso de malo?—, se preguntó.



Los ojos de Tam se abrieron de par en par mientras hablaba. —Ella esta... toda... pelada.

Holly resopló.— Gran cosa. Tu tienes un pelaje esponjoso. ¿Y qué?

—Puede hacer cosas que ningún gato puede hacer—, dijo Tam en tono sombrío.

—¿Qué tipo de cosas?—, dijo Varjak.

Tam se estremeció. —¡Es peligroso incluso pensar en ello!

Holly puso los ojos en blanco. Varjak sonrió. Tam siempre era tan dramática.

—No se lo diré a nadie—, prometió.— Puedo guardar un secreto.

—Bueno...—Tam miró nerviosamente a su alrededor. —De acuerdo. Una cosa. Puede volverse invisible. Aparece de la nada y no la ves venir hasta que es demasiado tarde. Por eso nadie puede vencerla en una pelea.

—Eso no son más que cuentos —dijo Holly—, y no me los creo. Pero es la gata más dura de la ciudad, sin duda. Incluso Ginger teme a Sally Deshuesada...

—¡Por favor!—, suplicó Tam. —¡No digas su nombre!

—Su banda también está acaparando toda la comida—, continuó Holly.— Por eso tenemos que mantener estos lugares en secreto.— Bajó del muro de un salto. Varjak y Tam la siguieron. Pasaron por debajo de una barandilla baja de hierro y llegaron a otro callejón. Se habría quedado fuera si no hubiera visto a Holly colarse primero.

—Ahora se están moviendo en el territorio de Ginger. Por eso se puso tan brusco cuando fuiste a por sus cubos,— dijo.

—Lo que me recuerda, —dijo Tam. —¿Qué vamos a comer? Tengo hambre.

—Yo también,— dijo Varjak.

Holly se encogió de hombros.— No hay nada aquí, ya lo he comprobado. Podríamos buscar en el parque. O podríamos ir de caza.

—Cazar significa separarse y seguir solo, —dijo Tam.— Quiero hacer algo todos juntos.— Bajó la mirada.— Además, cazar es difícil,— murmuró.

—No es tan difícil,— dijo Varjak.

—¿Tú?,— dijo Holly, acercándose a él.— ¿Sabes cazar?

No estaba seguro. Sentía que sí, pero sólo había cazado en sueños. — Creo que sí.

Holly se rió.— O puedes o no puedes. Y nunca he conocido a una mascota que pudiera.— Miró fijamente a Tam.— Muchos gatos callejeros no pueden.

—El hecho de que sepas mucho—dijo Tam, —no significa que seas genial. Prefiero que todo el mundo me quiera a ser una aburrida sabelotodo.

—Pero yo te quiero, Tam,— sonrió Holly. Sus ojos mostaza brillaban con picardía.

—¿En serio?,— dijo Tam con suspicacia.

—Claro que sí. —Holly sonaba muy sincera. Tam se relajó y sonrió. —Todo el mundo lo hace—, continuó Holly. La sonrisa de Tam se hizo más amplia. ¿Y sabes quién te quiere más que nadie?

—¿Quién?,— dijo Tam.— ¿Quién, Holly? Dime, ¿quién?

—¡SALLY DESHUESADA!— gritó Holly.

Tam dio un salto hacia atrás, sobresaltada. Holly se rió al ver la expresión de sorpresa en su rostro. Varjak soltó una carcajada. Detrás de sus ojos mostaza, Holly tenía sentido del humor. Pero la pobre Tam no lo había visto venir, y su peludo abrigo marrón se puso de punta.

—No tiene mucha gracia,— dijo Tam mientras su pelaje se asentaba lentamente.

—Vamos,— sonrió Holly.— Vamos a ver qué encontramos en el parque.

CAPÍTULO 16

Salieron de los callejones secretos de Holly a una calle trasera. La ciudad era más ruidosa aquí. Varjak podía oír los gritos y rugidos de aquellos monstruos de metal. También había gente; sus largas sombras parpadeaban en las paredes y sus zapatos hacían clic en el pavimento.

—Mantén la cabeza agachada,— dijo Holly mientras nos guiaba por las calles negras y empapadas de lluvia. —Que no te vean. No se puede ser demasiado cuidadoso en esta parte de la ciudad.

—Aquí es donde ocurrieron muchas desapariciones,— añadió Tam.

Otra vez esa palabra: Desapariciones. Todo el mundo parecía hablar de ello. ¿Qué es una desaparición?,—dijo Varjak.

—Sucede en toda la ciudad, —susurró Tam, —pero especialmente aquí. Un día, hay un gato. Al siguiente, ya no están. Sin dejar rastro, nada: simplemente se han ido. Desaparecidos—. Sus ojos marrones se cerraron con temor. Algunos dicen que es ella.

Varjak sonrió y miró a Holly, esperando que hiciera una broma de ello. Pero incluso la cola de Holly se agitó ansiosamente.

—La verdad es que nadie lo sabe,— dijo con el pelaje blanco y negro erizado. —Es otra de las razones por las que Ginger y su pandilla están tan nerviosos ahora. Han perdido muchos gatos buenos. ¿Quién será el próximo? Esa es la cuestión.

La pregunta hizo que Varjak pensara en casa. ¿Quién sería el siguiente para el Caballero y sus gatos ahora que Garra Mayor se había ido? Se estremeció al pensarlo. El mundo del que procedía y

este mundo exterior eran tan diferentes. El Caballero y los Azules no significaban nada aquí; en la casa de la Condesa no había bandas ni Desapariciones. ¿Era él todo lo que conectaba los dos mundos? Entonces, ¿quién era? ¿Y a dónde pertenecía?

No podía volver a casa sin un perro, eso lo sabía. ¿Qué haría falta para hacer una nueva vida fuera?

—Quizá debería estar en una banda,— reflexionó Varjak. En una banda, no importaría que no fuera un auténtico Azul Mesopotámico o que hubiera fallado a su familia. Nadie lo sabría, a nadie le importaría. Podría ser él mismo, podría formar parte de algo, incluso podría tener amigos.

—Las bandas siempre están presionándote, diciéndote lo que tienes que hacer,— dice Holly.— No es más que "Sí, jefe" esto y "Sí, jefe" aquello.

—Mi banda sería diferente,— dijo Varjak.— Podrías hacer lo que quisieras en mi banda.

—¿Y quién va a estar en esta banda contigo?

—Bueno, estáis vosotros dos. Y a mí. Eso es un comienzo.

—Suena divertido,— dijo Tam.

—Holly se rió. —¿Eso crees? ¿Y qué hay del pequeño problema de que uno de los nuestros no tiene ni idea de lo que está haciendo?.

Varjak se detuvo y se irguió.— Eran cinco—, protestó.

—No me refiero a eso. Quiero decir... bueno, todo; todo lo que necesitas saber para sobrevivir en la ciudad. Cómo encontrar comida y refugio. Cómo no meterse en líos. Cómo...

—Puedo encontrar comida. Soy cazador.— Sabía que ella no le creía, pero no podía detenerse ahora. —¡Soy el mejor cazador del mundo!

—¿El mejor cazador del mundo?, —se burló.— ¿Y tú? ¿Varjak el gato mascota ? Ni siquiera pudiste conseguir tu propio desayuno...

Pero Varjak ya no escuchaba. Aguijoneado por las palabras de Holly, siguió sus sentidos por un desvío de la calle. Iba a enseñárselo.

—¿Por qué eres tan malo con él?, —dijo Tam. —Es obvio que no puede cazar, pero no hay necesidad...

—¡Aún no he terminado! ¡Eh, Varjak, vuelve! ¡No estás a salvo solo! ¿A dónde vas?

—a conseguir mi propio desayuno, — gruñó.

Podía oír el zumbido de las farolas, el rugido de los perros, el estruendo de la ciudad que nunca se detenía. Pero, por encima de todo, percibía algo más, algo cercano que le atraía.

Lo siguió hacia las sombras, más lejos de las luces.

—¡Vuelve aquí!— gritó Holly.

Sus ojos se adaptaron lentamente a la oscuridad. En el fondo del callejón vislumbró un montón empapado de papeles y cajas. Olía a comida: salada, a pescado, a aceite. Pero no fue eso lo que le atrajo. Empezó a sentir un cosquilleo en la conciencia. Había algo más...

Era como si lo estuvieran observando, no sólo Holly y Tam, sino una parte de la oscuridad, con ojos negros como sombras. Dejó que su conciencia fluyera. Lo que percibió era extraño y frío: algo no del

todo vivo, pero tampoco del todo muerto. Frunció el ceño. Se sentía mal.

—¡Varjak el Zarpa! ¡Es peligroso ahí abajo! ¡Vuelve ahora mismo!— Era Holly. Se dio la vuelta, la silenció y volvió, con la tensión creciendo en su interior. Pero aquella extraña sensación había desaparecido, sin dejar rastro. ¿Lo había imaginado? Todo esto de las Desapariciones le estaba afectando...

Desconcertado, volvió a tantear las sombras con los bigotes. Movimiento. Esta vez sintió movimiento en la oscuridad. ¿Qué era? Escondido detrás de la basura, algo pequeño y elegante se movía...

Un ratón. Era sólo un ratón.

Dejó escapar la tensión y sonrió. Debía de ser eso todo el tiempo. Nada más que un ratón de verdad, vivo y del tamaño de un desayuno.

Así que esto es todo, se dijo a sí mismo. Tu gran momento. Tu primera presa. Esto no es un juguete. Esto no es un sueño. Es real, y está sucediendo ahora.

No te muevas, no hasta que esté a tu alcance. Ni siquiera respires. Aquí... ...aquí viene. Cree que está a salvo.

Caza, la tercera habilidad: Cuando acechas a tu presa, te conviertes en ella.

Los sentidos de Varjak se dirigieron hacia él, rastreando sus movimientos más diminutos, fundiéndose con él en su mente. El ratón se acercó. . más cerca . . .

¡CRACK! Sus patas salieron disparadas, golpearon con fuerza la cabeza del ratón. Lo aturdió. Lo sujetó. Las mandíbulas se cerraron alrededor de su cuello. Los dientes se hundieron: el mordisco letal.

Varjak jadeó. Había matado de verdad. Y fue como matar una parte de sí mismo.

Lo siento, pensó, empezando a temblar. Lo lamento. Pero tengo que comer.

Suficiente y no más. Así está hecho el mundo.

Se agachó y recogió suavemente el cuerpo. Su primera presa. Dio las gracias en silencio y se zampó su desayuno.

Era extraño. Por fuera, parecía e incluso olía como aquel ratón de juguete de la casa de la Condesa. Pero en cuanto lo mordió, supo que era algo nuevo. Sabía tan diferente a todo lo que había comido antes. Comida de verdad, fresca y caliente. Le satisfizo por completo.

—¿Viste eso?— dijo Tam.— ¿Has visto cómo lo ha hecho, Holly? ¡Bam! Nunca tuvo una oportunidad.

—Lo vi,— dijo Holly.

—¿No fue increíble?,— sonrió Tam.— ¿Dónde aprendiste a hacer eso, Varjak? ¿Me enseñas?

—En realidad,— admitió, —fue la primera vez.

Holly asintió. —Pensé que podría ser. Aún así, he visto cosas peores. Mucho peores.— Guiñó un ojo.—Tal vez usted no es tan inútil como parece, Sr. Zarpa.

Varjak sonrió. Nunca más tendría que depender de la gente. Ahora era un cazador. Tenía la Tercera Habilidad.

Las fosas nasales de Tam se agitaron.— ¿Qué es ese olor?—, dijo—. Varjak y Holly olfatearon el aire. El callejón se curvaba hacia la oscuridad total, y ese olor salado y a pescado provenía de un lugar que no podían ver, más abajo. El olor recordó a Varjak el caviar del Caballero, otra cosa que nunca tendría que comer.

—Huele muy bien,— dijo Tam.— Voy a por él.

—Yo no lo haría,— advirtió Holly.— Estamos demasiado cerca del territorio de Ginger. No querrás arriesgarte. Espera al parque.

Tam se lamió los labios.— Al menos no es su territorio. Y huele tan bien, Holly. No hay nadie más alrededor, va a estar bien. Vamos, Varjak, ¡a comer!

—¿De verdad te gusta ese olor?,—dijo.

—Esto ya es peligroso,— dijo Holly. —No voy a ir más lejos.

—Aguafiestas,— murmuró Tam.— Holly sabe lo que hace. Holly siempre lo sabe.

—Es verdad. Es verdad.

—Bueno, apuesto a que no hay nada para comer en el parque,— dijo Tam.—Así que allí.

Tenía razón. El parque ya estaba limpio. No encontraron nada de comida. Se fueron con hambre - a excepción de Varjak el Zarpa.

CAPÍTULO 17

Esa noche, Varjak soñó que estaba de vuelta en Mesopotamia. Las palmeras datileras se mecían con la brisa cálida, y el olor a canela de la cocina llenaba el aire. Miró hacia el río, donde brillaban la luna y las estrellas, tan grandes y brillantes que casi podía morderlas.

—Este río se llama Tigris,— dijo Jalal.— Algún día te enseñaré más sobre el Tigris, porque puede enseñarte mucho. Pero esta noche, debemos practicar la Cuarta Habilidad: El tiempo lento.

El viejo gato pareció brillar por un momento.

Varjak parpadeó y el brillo cesó. — ¿Qué ha sido eso?

—Tiempo lento,— dijo Jalal. —Puedo moverme más rápido de lo que ves.

Los ojos de Varjak se abrieron de par en par. El Tiempo Lento era una habilidad de la que había hablado Garra Mayor. Tiempo Lento, Círculos en Movimiento, Caminar en las sombras.— Enséñame, Jalal.

—El Tiempo Lento comienza con la respiración,— explicó su antepasado.— Así que, en primer lugar, debes aprender a respirar. Cuenta tus respiraciones. inhala, exhala, inhala, exhala. ¿Lo ves? Respiras rápido y superficialmente, como la mayoría de los gatos. Respira más profundamente. Sí. Usa todos tus pulmones. Bien. Ahora cuenta. inhala-dos-tres, exhala-dos-tres. inhala-dos-tres, exhala-dos-tres.

Se sentaron junto al Tigris, respirando cada vez más despacio.

—Más despacio,— dijo Jalal. — inhala-dos-tres-cuatro, exhala-dos-tres-cuatro. Muy bien, muy bien. Ralentiza la corriente de tus pensamientos. Una vez que estés en el Tiempo Lento, todo parecerá ir más despacio a tu alrededor. Pero tú serás rápido. Serás más rápido que nada.

Varjak miró al cielo de Mesopotamia. Podía ver la luz de las estrellas curvándose a través de vastas distancias de espacio y tiempo. Le recorrió una extraña energía. Su cuerpo se sentía ligero, ligero como la luz misma.

—Cuanto más despacio vas, más rápido eres,— dijo Jalal.— ¿Lo notas? Vas más despacio.— La energía palpitaba en el vientre de Varjak. La voz de Jalal sonaba como si se estirara, se fundiera, irradiara en todas direcciones.— No te alarmes. Esto es Tiempo Lento. Ahora ¡practica la habilidad!.

CAPÍTULO 18

—Me muero de hambre,— refunfuñó Tam a última hora de la noche siguiente, de vuelta a sus callejones. Los tres se sentaron juntos en un alto muro de ladrillo, pensando en la comida.— Se me está encogiendo la barriga. Lo noto.

—Yo también,— dijo Varjak.— Ese ratón era bueno, pero sólo era un ratón.

—Tienes razón, — dijo Holly. — Esto se está poniendo serio. Es hora de tomar medidas drásticas, y tengo un plan—. Miró a Varjak de arriba abajo. — Pero antes de nada, tienes que parecer normal. Dígame, Sr Zarpa, ¿piensa limpiarse alguna vez?.

Varjak sacudió la cabeza. Estaba fuera; no tenía que lavarse. — En casa, mamá siempre me lavaba. Lo odiaba.

—No estás en casa ahora.

—Allá va, — suspiró Tam.

—No tengo que hacer nada que no me guste—, dijo Varjak.

—Puedes hacer lo que quieras—-convino Holly—, pero ¡mírate! La gente se dará cuenta. Pensarán que eres salvaje y te llevarán lejos.

Varjak inspeccionó su abrigo. Tenía razón: estaba sucio. El fino pelaje azul plateado estaba completamente cubierto de mugre.

—Me gusta—, dijo, bastante satisfecho de sí mismo.

—Además, — añadió, —apestas. — Él no respondió. — Lo siento, pero realmente apestas. — Varjak miró a Tam, pero incluso ella guardó silencio esta vez.

—Vale, vale, — refunfuñó, lamiéndose las patas de mala gana. — A veces suenas como mamá. — Se detuvo tras unos cuantos lametones. —¿Así está mejor?

Holly lo miró tranquilamente a los ojos. —No lo digo para molestarte. Lo digo porque es peligroso parecer tan sucio. Llamarás la atención y arruinarás mi plan. Ahora hazlo bien o me voy. — Varjak resopló, pero reanudó su limpieza. —Si eres un lo-que-sea Azul, deberías estar orgulloso de tu aspecto—, insistió ella.

—Somos los gatos más nobles, — murmuró con la boca llena de barro. Pero el viejo alarde sonó hueco en la ciudad. ¿Alguien de su familia rescataría a un extraño? Garra Mayor, tal vez; el resto, no. Entonces, ¿quién era más noble: el Azul o este gato callejero con púas que le había salvado la vida?

La pregunta le molestó. Ponía patas arriba todo lo que creía. Así que la apartó de su mente y se concentró en la limpieza.

—De acuerdo,— dijo Holly al final.— Así está bien.— El pelaje de Varjak era de un color gris apagado. Parecía muy ordinario. Ya no parecía el pelaje de un Azul de Mesopotamia, y a él le gustaba así.

—Ahora el collar—, dijo.— No puedes ser un gato callejero con collar. Ven aquí.

Esto le gustaba más. Siempre había odiado esa cosa alrededor de su cuello. Holly roía el cuello. Era vulnerable, en equilibrio sobre una pared, con sus afilados dientes a un mordisco de su garganta. Pero confiaba en Holly. Ella lo había rescatado. Era su amiga.

—Ya está. —Ella retrocedió. Varjak movió los hombros y el odiado collar se agitó hacia abajo. Cayó entre los barrotes de una reja metálica y desapareció en las alcantarillas de la ciudad. Ahora no era más que otro gato callejero sin ataduras, sin familia y sin hogar.

—Bien,— dijo Holly.— Eres de los nuestros. Si nos topamos con ellos, eso es lo que dices.

—¿Con quién?,— dijo Varjak, aunque ya sabía la respuesta. Sonrió. — No con ese grande, malo, Sal...

—¡Por favor!,— gritó Tam. —¡No sabes lo que estás diciendo!

—Esto no es una broma—, dijo Holly. Sonaba seria. Varjak dejó de sonreír. — Tenemos que pasar cerca de su territorio para llegar a donde vamos. ¿Recuerdas lo que te hizo Ginger? *Estos gatos son peores. Mucho peores*.

Se pusieron en marcha en silencio, cada uno en sus propios pensamientos. Holly los condujo por las callejuelas, siempre por los caminos más silenciosos y ocultos. Pero la luz y el ruido se hacían más fuertes cuanto más avanzaban. El estruendo de la ciudad era más fuerte, más áspero. Pronto no pudieron evitar el sucio resplandor anaranjado de las farolas. Ahora estaban en campo abierto, llegando a una encrucijada.

El pelaje de Holly se erizó rápidamente.—¡Escóndete!—, siseó.

Se metieron de nuevo en el callejón, justo a tiempo para ver una columna de gatos patrullando al otro lado del cruce. Varjak sintió un nudo en las entrañas al verlos, y le ardía la mejilla donde Ginger le había acuchillado. Holly tenía razón. Tenían mucho peor aspecto que el gato que casi lo había matado.

Eran siete. Se pavoneaban por la acera como si fueran los dueños del mundo. Otros gatos se apartaban de su camino y se escabullían a un lado cuando se acercaban. A la cabeza de la columna había un gato musculoso de pelaje rayado. Varjak le echó un vistazo a la cara. Estaba cubierto de cicatrices.

—Ese es Razor,— susurró Tam. Uno de sus lugartenientes.

Los tres se agazaparon en silencio en su escondite, observando, esperando, hasta que la patrulla hubo pasado.

—Vale,— dijo Holly al fin. —Ya está despejado. Vámonos antes de que vuelvan.

—Este cruce es el límite,— le dijo Tam a Varjak cuando abandonaron la seguridad del callejón.— No lo cruces nunca.

—No lo haré,— dijo.

No había callejones sombríos donde los llevó Holly. En su lugar, había edificios altos y blancos dispuestos en una plaza. En el centro había una fuente y una enorme columna de piedra que apuntaba al cielo.

Alrededor de la base de la columna había cuatro estatuas, una en cada esquina. Eran estatuas de leones, de bronce reluciente. Eran gigantes. Cada pata era del tamaño de un hombre. Tenían melenas desgreñadas y salvajes alrededor de la cabeza; rostros orgullosos, libres, intrépidos.

Eran tan poderosos, tan magníficos, tan seguros de sí mismos.

—Eso es lo que deberíamos ser,— susurró Tam.

—Lo que podríamos ser,— dijo Varjak.— Son geniales.

Se sentaron allí un rato, contemplando las estatuas.

—Sólo podemos venir por la noche,— dice Holly.— Durante el día hay demasiada gente, coches, perros. Pero al menos es un terreno neutral; las bandas lo dejan en paz. Lo que significa que también dejan en paz a esos pájaros.

Varjak volvió a mirar. Estaba tan entusiasmado con las estatuas que apenas se había dado cuenta de que la plaza estaba plagada de palomas. Docenas de ellas se pavoneaban bajo la luz de la luna, y cada vez llegaban más. El aire palpitaba con sus trinos y arrullos.

—Dígame, Sr. Zarpa,— dijo Holly. —¿Cómo cazaría uno exactamente?

—¿Qué quieres decir?—, dijo Varjak, repentinamente suspicaz. ¿Se estaba burlando de él otra vez? Nunca había intentado cazar un pájaro; parecía demasiado difícil.

—Quiero decir, ve y coge una de esas palomas.

Parecía un desafío. Buscó sus ojos mostaza. No parecía que se estuviera burlando de él. Lo decía en serio.



—De acuerdo,— dijo.— Lo haré.



—¡Holly!,— dijo Tam.— Eso no es justo. No le hagas caso, Varjak. Está siendo mala otra vez.

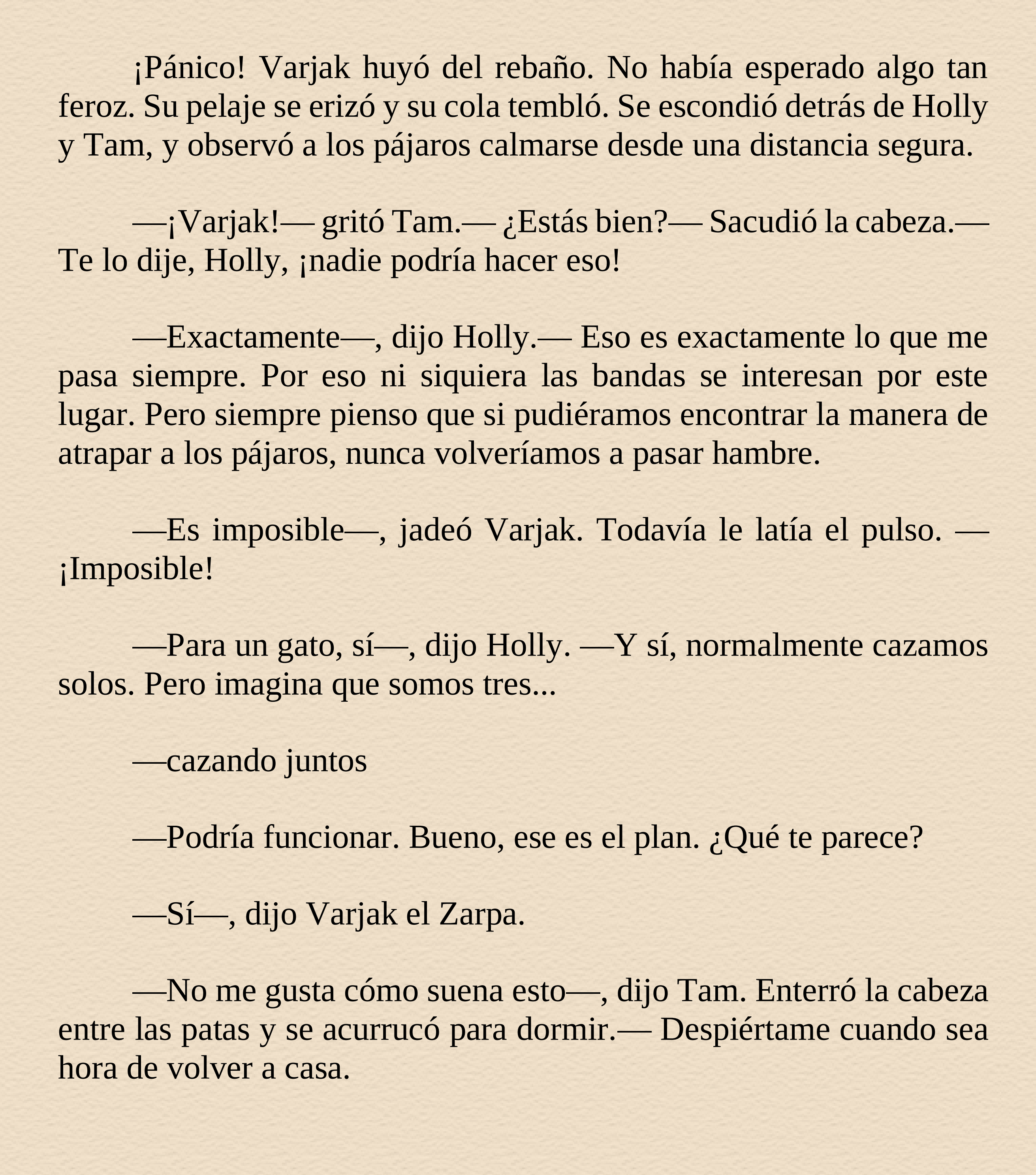
—Quiero hacerlo,— dijo sin dejar de mirar a Holly a los ojos. Ella sonrió.

Varjak se escabulló en la plaza. Seleccionó un pájaro y dirigió toda su atención hacia él. Lo observó con los ojos, las orejas y los bigotes. Ya nada de lo que hiciera podría sorprenderle: él y la paloma eran uno.

Se acercó sigilosamente a la paloma, tan sigiloso como el propio Jalal. En el mundo entero no había nada más que él y su presa. Varjak saltó... y cien alas se abalanzaron sobre él; cien garras se curvaron;



cien picos graznaron en caos.



¡Pánico! Varjak huyó del rebaño. No había esperado algo tan feroz. Su pelaje se erizó y su cola tembló. Se escondió detrás de Holly y Tam, y observó a los pájaros calmarse desde una distancia segura.

—¡Varjak!— gritó Tam.— ¿Estás bien?— Sacudió la cabeza.— Te lo dije, Holly, ¡nadie podría hacer eso!

—Exactamente—, dijo Holly.— Eso es exactamente lo que me pasa siempre. Por eso ni siquiera las bandas se interesan por este lugar. Pero siempre pienso que si pudiéramos encontrar la manera de atrapar a los pájaros, nunca volveríamos a pasar hambre.

—Es imposible—, jadeó Varjak. Todavía le latía el pulso. —¡Imposible!

—Para un gato, sí—, dijo Holly. —Y sí, normalmente cazamos solos. Pero imagina que somos tres...

—cazando juntos

—Podría funcionar. Bueno, ese es el plan. ¿Qué te parece?

—Sí—, dijo Varjak el Zarpa.

—No me gusta cómo suena esto—, dijo Tam. Enterró la cabeza entre las patas y se acurrucó para dormir.— Despiértame cuando sea hora de volver a casa.

CAPÍTULO 19

Varjak y Holly hablaron durante toda la noche junto a los gigantescos leones de bronce. No había nada que los distrajera, salvo el goteo de la fuente y el trinar de los pájaros.

Al principio fue extraño. Nunca antes nadie había querido hablar de caza. Varjak aún apenas podía creer que alguien de su edad estuviera interesado en ella, y no en juegos de gatitos sin sentido como Jay, Jethro y Jerome. Pero era cierto. Era fácil hablar con Holly porque era como él. Le gustaban las mismas cosas. Su mente funcionaba de la misma manera.

A veces era difícil seguirle el ritmo. Cada vez que él creía tener la respuesta a algo, ella hacía otra pregunta difícil: ¿por qué así y no así? Y ella tenía ideas que a él nunca se le habrían ocurrido. Pero él también tenía las suyas, y juntos elaboraron su plan.

Esa noche, Varjak sintió algo que nunca antes había sentido. O mejor dicho, no sintió nada. Ya no se sentía solo.

Despertaron a Tam justo antes del amanecer y le explicaron el plan. Sus ojos se redondearon de miedo.

—¿Yo?— dijo— ¿Quieres que lo haga yo? ¿Por qué yo?

—¿Puedes hacer mi parte del plan?— dijo Holly. —¿O la de Varjak?

—Bueno, no... pero...

—Tienes que hacerlo, Tam—, dijo Varjak.— Es imposible sin ti.

—¿Lo es?,— dijo ella.

—Claro que sí,— dijo Holly.— Y si lo haces, te prometo que no diré su nombre nunca más.

—Bueno, entonces,— dijo Tam alegremente, —¿a qué estamos esperando?

Tomaron posiciones mientras los primeros rayos de sol salpicaban los edificios blancos, llenando la plaza de luz. Todo empezó a brillar: el suelo, el cielo, incluso el agua de la fuente. Varjak se acercó sigilosamente a las palomas desde una esquina de la plaza. Holly se acercó sigilosamente desde otra. Tam se situó frente a ellos, en el extremo más alejado de la bandada.

A la señal de Holly, Tam saltó sobre las palomas. Cien pájaros batieron sus alas, feroces y peligrosos en su bandada. Tam siguió avanzando, sin aminorar la marcha, sólo apuntando hacia el otro lado en una ráfaga de velocidad que no podían detener - y Varjak y Holly salieron volando del sol de la mañana detrás de ellos.

Debería haber sido fácil. Los pájaros estaban distraídos con Tam y no los vieron venir en la bruma de luz brillante. Ese era el plan.

Pero incluso cuando Varjak se zambulló, con la emoción de la caza en sus venas, todo empezó a ir mal. Tam estaba despejado, pero todavía había demasiadas palomas en masa. Él y Holly estaban en el borde de la bandada, pero no podían acercarse lo suficiente a ningún pájaro para atacar.

Los pájaros se volvieron contra Holly, batiendo las alas salvajemente y sacando las garras. Holly no huyó. Se quedó allí valientemente, esforzándose, pero ahora la rodeaban, picoteándola con picos agudos y chillones.

Holly tenía problemas. Estaba atrapada y no podía salir. La estaban desgarrando, arañando, desgarrando. Varjak podía ver el pánico creciendo en su rostro. Tam estaba indefenso al otro lado. ¡Rápido, tenía que hacer algo rápido!

Tiempo lento, la cuarta habilidad: todo parecerá ralentizarse a tu alrededor. Pero tú serás rápido. Serás más rápido que nada.

¿Funcionaría en el mundo real? Inhalo-dos-tres-cuatro. Exhaló dos-tres-cuatro.

Y las alas... disminuyeron... la velocidad.

Varjak podía ver cada latido, cada garra, como en cámara lenta. Se zambulló detrás de Holly en la masa de pájaros, moviéndose suavemente a través del caos, haciéndolos volar aparte por un momento.

—¡Holly!,— la llamó. Ella levantó la vista. Fue suficiente para romper el terror creciente en sus ojos. Se escabulló por el hueco que él había abierto, alejándose del rebaño y dirigiéndose hacia Tam, hacia un lugar seguro.

Fuera de peligro, Varjak respiró con normalidad y cambió a Tiempo Lento. Y funcionó. La Cuarta Habilidad funcionó de verdad.

—¿Te han hecho daño?,— jadeó al alcanzarla.

—No me paso nada—, dijo Holly, aunque estaba temblando.— Gracias por sacarme —añadió en voz mucho más baja.

—No hay problema.

—¡Te salvó, Holly! — burbujeó Tam.

—Supongo que ya estamos en paz—, murmuró.

—No lo hice por eso—, dijo Varjak.

Holly no lo miró a los ojos, pero por un segundo Varjak creyó ver una sonrisa en su rostro.— Vamos —dijo, alejándose de la plaza.— Tenemos que darnos prisa. No quiero estar aquí a plena luz del día. Es demasiado peligroso.

—¿No quieres volver a intentarlo?—, dijo Varjak. Sabía que estaba agitada su pelaje seguía erizado, pero tal vez le ayudara volver a intentarlo.

—¿Por qué molestarse?—, dijo, —volviendo a través de la ciudad.— El plan no funcionó. Era una idea estúpida.

—No, no lo fue,— dijo Varjak, siguiendo su ritmo, por delante de Tam. —E hiciste todo lo que pudiste...

—¿Y yo?,— dijo Tam. —¿Lo hice bien, Varjak?

—Estuviste genial. Los dos fuisteis muy valientes.

—Estuve genial—, sonrió Tam.

—Esta vez eran demasiados,— dijo Varjak.— Pero eso no significa que sea imposible.

—Tal vez—, dijo Holly, acelerando el paso. —Tal vez si lo intentamos de otra manera...

Emprendieron un nuevo plan mientras regresaban. La ciudad volvía a bullir de vida. Calles familiares pasaban a su paso.

—Todavía tengo hambre—, dijo Tam. Su nariz se crispó.— Esperad, vosotros dos. Otra vez ese olor a pescado—. Se detuvo junto a un desvío de una calle lateral, el mismo desvío donde Varjak había atrapado al ratón. Incluso a la luz del día se curvaba hacia la oscuridad, hacia la sombra.

—Vamos, Tam,— dijo Holly, por encima del hombro.

—Pero es ese olor encantador otra vez,—dijo Tam. —Y no había comida en el parque, y la caza no funcionó, y todavía tengo hambre.

—No vamos a parar aquí,— dijo Holly. Si te vas, lo harás por tu cuenta—. Se volvió hacia Varjak y siguió hablando. Se alejaron, planeando su próxima cacería juntos. Tam se quedó en el desvío.

—Tú te lo pierdes,— dijo Tam. —Te veré de vuelta en nuestros callejones.

CAPÍTULO 20



Tam no volvió ese día.

—Al principio, Holly se lo tomó a risa: —¡Seguro que todavía está atiborrándose de comida! — pero cuando Tam no apareció al anochecer, ni tampoco a la mañana siguiente, empezó a preocuparse.

—Era la misma calle donde atrapaste al ratón, ¿no?—, dijo Holly.— Tenía un mal presentimiento sobre ese lugar.

Varjak volvió a pensar en la extraña sensación que había tenido en la curva. Tal vez había algo más ahí fuera, después de todo. —Sabes, yo también tuve un mal presentimiento.

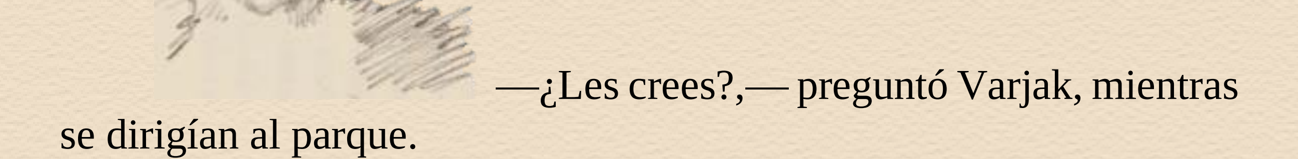
—Vamos a buscarla—, dijo Holly, mientras empezaba a llover.

Empezaron en el mismo lugar donde Tam los dejó. Siguieron el desvío por el que ella había bajado, hacia las sombras, pero éste sólo conducía a otro callejón. No había rastro de Tam. Nada: ni siquiera con la conciencia de Varjak. Era una calle cualquiera.

Se extendieron más allá, por el centro de la ciudad, donde vivían los gatos callejeros que no pertenecían a ninguna de las bandas. Ninguno de ellos había visto a Tam.

Probaron el territorio de Ginger. Cerca de los bloques de hormigón donde Holly había salvado a Varjak, encontraron a algunos gatos de la banda de Ginger, protegiéndose de la lluvia.

—Estoy buscando a Tam—, dijo Holly. —¿Alguno de vosotros la ha visto?— Dijeron que no.

 —¿Les crees?,— preguntó Varjak, mientras se dirigían al parque.

—La banda de Ginger es dura, pero honrada,— dijo Holly.— Si Tam se encontrara con ellos, si hubiera habido algún problema, nos lo dirían.

Tam tampoco estaba en el parque. Buscaron hasta el crepúsculo. Encontraron algunos restos de comida, pero ni rastro de Tam entre las hojas húmedas y muertas.

Cansados y empapados por la fuerte lluvia que cayó durante todo el día, se dirigieron de nuevo a los callejones de Holly. En su camino, se encontraron con un gran tom rayado, merodeando en un pasaje cubierto y empedrado. Varjak lo reconoció enseguida por las marcas de tajos en la cara. No parecía amistoso -el pelaje chorreante de Varjak se erizó al verlo-, pero sonrió a Holly, mostrando unos dientes blancos y afilados.

—Razor, —dijo Holly.

—Holly,— asintió el gato rayado.— Me alegro de verte. ¿Dónde está ese gato peludo con el que siempre estás?

—Tam. No sé dónde está. ¿La has visto?

Razor negó con la cabeza. —No. Pero no ha estado cerca del territorio de Sally Deshuesada, estoy seguro de eso.

—¿Cómo lo sabes?

—Es mi trabajo.— Se lamió las patas con orgullo.— ¿Quién es el que está contigo?.—Movió la cola en dirección a Varjak, pero no le miró, como si no mereciera la pena perder el tiempo con él.

—Soy Varjak el Zarpa,— dijo Varjak.

La cola del tom se movió con desprecio.— No hablaba contigo —dijo. Varjak guardó silencio.

—No hay de qué preocuparse,— dijo Holly rápidamente.— Es uno de los nuestros. Sólo es una mascota que se ha perdido.

Razor olfateó. —¿Por qué perder el tiempo con una mascota? Ven y únete a nuestra banda. Sabes que Sally Deshuesada ganará al final. Esta ciudad es suya.

Holly sonrió, pero no dijo nada.

—Estarás a salvo de los Desaparecidos,— dijo Razor. —Sally cuida de los suyos.

—Gracias, Razor —dijo Holly—, pero ya sabes que nunca he querido formar parte de una banda y ahora tengo que buscar a Tam.



—Empezó a alejarse.— Razor se puso delante de ella, con los músculos ondulados.

—Vamos, Holly—, dijo.— Siempre me has gustado.— Holly seguía sonriendo, pero Varjak pudo ver que intentaba apartarse.— Podrías ser alguien en una banda,— dijo Razor, acercándose y siguiéndola. —Podrías ser importante. Yo podría hacerte importante.

—Yo no quiero...

—Vamos,— insistió Razor.— Te llevaré a conocer al Jefe. Ahora soy uno de sus mejores hombres.— Hubo un destello de miedo en los ojos mostaza de Holly. Varjak lo vio.

—Te lo ha dicho, ella no quiere,— dijo él, sin pensar.

Razor se volvió hacia él. Las cicatrices de su rostro se retorcían como serpientes.

—Ya te lo advertí,— gruñó.

SLAM!

Una zarpa dura como una roca se estrelló contra la cara de Varjak. Varjak se tambaleó, aturdido, y cayó al suelo en un charco de lluvia. Quería levantarse, defenderse, pero sus piernas eran como papel mojado y el mundo giraba a su alrededor.

—No vuelvas a interponerte en mi camino,— gruñó Razor. Sus palabras giraron sobre la cabeza de Varjak como estrellas. Un golpe. Eso fue todo lo que necesitó. Y ni siquiera lo vio venir.

El musculoso Tom se volvió hacia Holly.— Cuando te canses de perder el tiempo con perdedores débiles y quieras ver lo que es ser un gato de verdad, ven a buscarme.

Se alejó con la cola en alto.

—¿Varjak?— dijo Holly, cuando se había ido. —¿Estás bien?

Varjak sacudió la cabeza. Le goteaba sangre de la boca. Se la limpió con el dorso de la pata. Se le pegó al pelaje.

—Fue valiente enfrentarse a él—, dijo, —pero fue estúpido. No puedes ganar una pelea con Razor.

—Algún día le ganaré—, dijo Varjak.

—Estás loco,— suspiró. —Tienes que aprender a usar el cerebro. No tiene sentido luchar así contra los gatos. Lo mejor que puedes hacer es apartarte de su camino.

—Lo venceré,— juró Varjak. Quienquiera que hubiera dejado esas cicatrices en la cara de Razor lo había conseguido. Él también podría hacerlo.

—Hoy no va a ganar a nadie, Sr Zarpa,— dijo Holly. —Vamos. Sigamos buscando a Tam.

CAPÍTULO 21



Las heridas de Varjak se curaron a medida que la luna crecía en el cielo. Dormía casi todos los días en los callejones de Holly, o cazaba y buscaba comida con ella. Por la noche, buscaban a Tam por la ciudad. Estaba preocupado por ella, pero le gustaba conocer caminos ocultos y senderos secretos que nadie más conocía.

Juntos, Holly y él recorrían las murallas de la ciudad, los alféizares de sus ventanas y sus sombrías callejuelas. Siempre se mantenían alejados de la gente, aunque a menudo podían oírla de cerca. Se mantuvieron alejados de las calles principales, y nunca se acercaron ni mencionaron a los monstruos metálicos, chillones y rugientes, que merodeaban por ellas.

Allá donde iban preguntaban por Tam. Nadie la había visto. Ni Varjak ni Holly dijeron la palabra en voz alta, pero empezaba a parecer que Tam había desaparecido.

—Ahora, dijo Holly, —hay una parte de la ciudad que aún no hemos registrado, y ya es hora de que lo hagamos.

—¿Territorio de Sally Deshuesada?

—Es peligroso, pero tenemos que intentarlo.

Varjak no dijo nada. No creía que fueran a encontrar a Tam allí -no estaban ni cerca la última vez que la vieron- y no quería volver a encontrarse con Razor tan pronto. Pero sentía curiosidad por las historias de Sally Deshuesada, la gata que era blanca y podía aparecer de la nada.

Holly les guió por las calles, saliendo de su terreno familiar y adentrándose en partes de la ciudad en las que Varjak no había estado antes, aunque las había vislumbrado desde la colina hacía mucho tiempo.

Las calles se hacían más grandes cuanto más avanzaban. Los edificios también. Uno de ellos era casi tan alto como una colina, y su contorno brillaba con luces. Tenía una fachada de cristal: ventanas en lugar de paredes. Cada una mostraba algo diferente en su interior.

Varjak se asomó a una ventana. Allí había animales, distribuidos y expuestos en estantes de cristal. Ratoncitos peludos, conejos esponjosos, pájaros de colores. Tenían los ojos abiertos, pero estaban silenciosos y quietos. Era como si estuvieran atrapados en el momento, congelados en el tiempo, siempre a punto de moverse pero sin llegar a hacerlo.

—Deje de mirar, Sr. Zarpa,— dijo Holly.— ¿Nunca habías visto una juguetería?

—¿Qué son?

—¿Los juguetes? No son nada. Los niños juegan con ellos. —Se alejó por la acera.— Vamos, no podemos merodear por el territorio de Sally Deshuesada.— Varjak apartó los ojos de la escena congelada y la siguió, pero tenía una sensación muy extraña. Era como en el callejón, antes de la caza del ratón. Una sensación de frío: ser observado por algo no del todo vivo, no del todo muerto.

Dejó que su conciencia fluyera de nuevo y encontró la fuente. Procedía de una pila de cajas junto a la puerta de la juguetería. Una caja se había caído de lado y se había abierto. La tapa colgaba suelta y sin fuerza.

—Estoy muy bien, gracias,— dijo una vocecita desde el interior de la caja. La caja crujió y salió un gato.

Lo primero que pensó Varjak fue que se parecía a Tam, o a una broma cruel sobre Tam. Tenía su pelaje desgreñado de color marrón chocolate y su aspecto cómodo, pero todo lo demás estaba horriblemente mal. Al igual que los animales de la ventana, no parecía real. Tenía los ojos muy abiertos, pero vidriosos, sin expresión. Sonreía, pero la sonrisa era extrañamente vacía. Hablaba, pero de atrás hacia delante, sin sentido.

—¿Tam?— dijo Varjak. —¿Tam?

—Feliz, feliz, feliz—, dijo el gato.

El pelo de Varjak se erizó. —¡Es Tam!—, gritó. —Mira, Holly - ¿qué le ha pasado?

—No seas estúpido,— dijo Holly. —Es un juguete—. Miró más de cerca al gato. Su cabeza se movía alegremente arriba y abajo.— Es bueno, muy realista. Fíjate en los detalles, el pelaje es perfecto.

—Pero es la piel de Tam...

—El pelaje de Tam nunca estuvo tan limpio.— Holly lo olió. —No huele a gato, ¿verdad? Y escúchalo. Así no habla ningún gato.

—Seré tu amigo para siempre,— dijo el juguete con su extraña voz hueca.

—Oh, Holly, es horrible. . . Seguro que es Tam.

Holly giró sobre sí misma y se encaró con él, con los ojos de mostaza ardiendo.— Claro que no es Tam,— gritó. —¡Métetelo en la cabeza! Tam se ha ido, ¿ves? Ha desaparecido.— Hubo un momento

de silencio. Incluso el gato de juguete parecía estar pendiente de sus palabras.— Ya está, lo he dicho. Ha desaparecido. Era una idiota codiciosa y ahora ha desaparecido, otra buena amiga que me ha abandonado. No va a volver. Nunca. ¿Entendido?

Varjak nunca la había visto tan alterada. Sabía que Holly echaba de menos a su amiga, por supuesto, pero era tan espigada y fría que nunca lo había demostrado. —¿Vamos a seguir buscándola?—, dijo en voz baja.

—Aquí tienes a tu gatito—, dijo el juguete.

Holly cerró los ojos.— No. No está aquí. No está en ninguna parte. Ha desaparecido—. Sacudió la cabeza.— Siento haberte gritado. Es que... esa no es Tam.

Varjak volvió a mirar al gato de juguete. Tenía razón. Tam había desaparecido, pero no era ella. Se parecía a ella, pero eso era todo. Ni siquiera estaba vivo. Ni siquiera estaba muerto.

Un gato que no era del todo un gato. Y detrás de él, había otros iguales, revolviéndose en la caja rota.

—Estoy muy bien gracias por favor,— dijeron.

Se estremeció. No me gustan—, dijo.— ¿Por qué alguien querría uno de esos cuando podría tener un gato de verdad?

—A la gente le gustan más los gatos de juguete que los de verdad—, dijo Holly.— No hay que cuidarlos. Hacen lo que tú quieres. Siempre son simpáticos y bonitos. No como nosotros—. Sonrió.— No como tú. No conseguirías que un gato de juguete apestara aunque lo intentaras—. Tuvo que sonreír. Vamos,— dijo ella.— Vámonos de aquí antes de que nos encontremos con Sally Deshuesada. Vámonos a casa.

La mente de Varjak daba vueltas mientras volvían a toda velocidad por la ciudad. No le gustaban nada esos gatos de juguete. Pero entonces recordó aquel ratón de juguete, en casa de la condesa: lo real que había parecido, y lo mucho que había querido jugar con él.

La casa de la condesa. No había pensado en ella a menudo, con todo lo que estaba pasando, pero la idea le trajo imágenes a la mente. Un sillón vacío. Una chimenea antigua. Una hilera de tazones de porcelana. Las imágenes eran difíciles de retener. Se transformaban en otras imágenes. Cuanto más intentaba aferrarse a ellas, más difícil le resultaba. Incluso el jardín aquella noche:

los labios del caballero, la forma en que se movían sus gatos... todo se desvanecía.

En ese momento, Varjak sintió que daría cualquier cosa por volver a estar con su familia. A lo lejos, oyó el rugido sordo de un monstruo de metal. Una gran oleada de tristeza se apoderó de su estómago.

—Detengámonos aquí, Sr Zarpa —, dijo Holly de repente, sacándolo de sus pensamientos. Señaló un callejón cubierto.—Todavía estamos en territorio de Sally, pero ahora es más peligroso pasear por sus calles que dormir aquí todo el día.— Le sonrió. Él intentó devolverle la sonrisa. No pudo. —¿Qué pasa?,— dijo ella.

—Quiero irme a casa.

—Te lo dije, es más seguro quedarse aquí.

—No ese hogar. Mi viejo hogar, en la colina.

—¿Sigues pensando en eso?— Se encogió de hombros.— ¿Qué te detiene?

—No puedo. Se suponía que debía volver con un perro, para salvar a mi familia del Caballero y sus gatos. Intenté conseguir uno, Holly. Me paré ahí, frente a esos monstruos, pero no pude hacerlo. Ni siquiera conseguí que hablaran.— Cerró los ojos, la vergüenza todavía escocía como una herida recién cortada.— Fracasé.

—No es culpa tuya,— dijo con dulzura.— Los perros dan miedo. Y estúpidos. Nunca he oído hablar de un gato que pudiera hablar con ellos.

Varjak suspiró. Jalal podía hacerlo, lo sabía. Pero él no era Jalal. Ni siquiera era un verdadero Azul Mesopotámico.— Todo lo que sé es que he defraudado a todos. Nunca, nunca podré volver. Sin un perro, ya no tengo un hogar.

—Eso no es verdad. El mundo entero es tu hogar ahora. Incluso el territorio de Sally Deshuesada.— Le guiñó un ojo mostaza.— Vamos a dormir un poco. Mañana nos parecerá mejor. Nunca se sabe lo que hay a la vuelta de la esquina.

Se acomodaron, uno al lado del otro, en las sombras del callejón. Ya no había ninguna barrera invisible entre ellos. Hacía tiempo que no la había.

CAPÍTULO 22

Varjak soñó.

Soñó que caminaba junto al Tigris. Las palmeras en zigzag se mecían con la brisa canela. El cielo estaba lleno de estrellas.

Jalal caminaba a su lado, brillando en Tiempo Lento. Varjak inhaló-dos-tres-cuatro, y se ralentizó, hasta que sintió la energía palpitando en su interior. Sólo entonces pudo ver con claridad cómo se movía Jalal.

Era diferente a todo lo que había imaginado. Todos los gatos son gráciles, pero Jalal era un río de energía, como el Tigris, que fluía y cambiaba a su antojo.

—Tu cuerpo —dijo Jalal— no es más que una parte de ti. Tú eres más que tu cuerpo. Puedes hacer que haga cualquier cosa, si sabes cómo. Puedes esquivar cualquier golpe, puedes golpear a cualquier enemigo, puedes ganar cualquier combate. Yo te enseñaré cómo, porque ésa es la Quinta Habilidad, y la llamamos Círculos en Movimiento.

Su marco azul plateado empezó a retorcerse en formas tan extrañas como las estrellas.

Primero, hizo de sí mismo un arco de terciopelo suave. Varjak le imitó. Estiró la columna vertebral hasta el límite, y un poco más.

A continuación, el arco de Jalal se curvó sobre sí mismo, se convirtió en una fluida figura de ocho. Varjak le siguió, hizo el movimiento. Fue un estiramiento gigantesco. Sintió dolor, un dolor blanco y caliente, pero también sintió algo más. La energía que latía en su vientre se estaba transformando en un nuevo tipo de poder.

Y ahora la figura de ocho de Jalal se fundía en un círculo, un interminable Círculo en Movimiento. Varjak inspiró profundamente y siguió a su antepasado. Todo su cuerpo temblaba por el esfuerzo. Pero aquel poder se acumulaba, se hacía más fuerte, un flujo cálido, libre e ilimitado; un Círculo en Movimiento, como Jalal.

Sentía como si estuviera brillando.

—Bien—, dijo Jalal.— Ahora el último movimiento. Abre el Círculo. Libera la energía, llévala hacia afuera. Usa tu impulso para dirigir la fuerza. Así.

La pata de Jalal apareció de la nada, a un suspiro de la nariz de Varjak. No lo había visto venir. Sus ojos se abrieron de par en par. Si lograba dominar esta habilidad, podría vencer a cualquiera.

—Golpéame,— dijo el viejo gato.

Varjak respiró, se movió, abrió su Círculo. Jalal se echó a un lado, demasiado tarde. Varjak le rozó el pelaje del hombro.

Una sonrisa de sorpresa apareció en el rostro de Jalal.

—Bueno—, dijo.— Has viajado mucho desde que nos conocimos, Varjak el Zarpa. Pero recuerda: toma lo suficiente, y no más. Por muy tentador que sea, sólo puedes causar daño cuando tu vida esté en peligro—. Sus ojos brillaban en ámbar, como el amanecer.— Y así es. Ahora, ¡despierta!

CAPÍTULO 23

Varjak despertó de su sueño en el callejón.

Era de noche otra vez; Holly y él habían dormido todo el día. Una farola se encendía y apagaba detrás de él. Una luna llena, redonda y blanca como un platito de leche, brillaba reconfortante en lo alto, pero enseguida fue sofocada por las nubes negras de la calle.

Tenía que ir a la bandeja sanitaria. Holly dormía profundamente y seguían en el territorio de Sally Deshuesada. Bueno, todo estaba fuera, ¿no? El mundo entero era su bandeja sanitaria. Podía ir donde quisiera.

Salió de las sombras e hizo sus necesidades junto a un montón de basura. de basura. Qué alivio.

Le hormigueaba la conciencia. Se le erizó la piel de la nuca. Se sentía observado. Giró hacia la parte superior del callejón e inmediatamente deseó no haberlo hecho.

Allí estaba sentada una gata pelada y delgada. Se lamía las garras y lo observaba con un ojo azul hielo.

Donde debería haber estado el otro ojo había una cuenca vacía. Su pelaje estaba inmaculadamente limpio, pero a su alrededor olía a oscuridad, a cosas y lugares húmedos y mortales.

A su lado merodeaban una docena de gatos callejeros, de cuello grueso y erizado, mugrientos como la propia ciudad. Eran más grandes que la gata pelada, pero a su lado parecían gatitos tiernos.

—Bien, ¿verdad, hijo?—, preguntó. Varjak no pudo responder. Se quedó mirándola, incapaz de hablar. Era todo músculo y hueso.

Podía verle las costillas. Sobresalían como si quisieran escapar de ella.

—Este no es tu territorio,— dijo, mostrando sus garras blancas como huesos.— Y nunca deberías hacer lo que acabas de hacer en el territorio de otra persona. Sobre todo si ese alguien soy yo.

Esbozó una sonrisa torcida, pero su único ojo permaneció frío y duro. No le cabía duda de a quién estaba mirando. No era de extrañar que la pobre Tam estuviera aterrorizada de Sally Deshuesada.

—Habla cuando te hable el Jefe,— gruñó un gato rayado con marcas de cuchilladas por toda la cara. Varjak lo reconoció: Razor.

Holly se puso de pie junto a Varjak.— No lo decía en serio,— dijo.— Es nuevo aquí.— Le temblaban las piernas, pero su voz era firme.

—¿Es nuevo?,— dijo el delgado gato pelado. Su cola se agitó con rabia. Señaló con la cabeza al gato rayado. Razor. —¿Por qué no se me dijo nada de esto?

El tomate empezó a temblar.— No creí que fuera importante, jefe. Es sólo una mascota...

El aire pareció brillar por un momento, y entonces Razor aulló y se agarró la cara. Tenía un nuevo tajo en un costado. Y las garras del gato blanco estaban manchadas de sangre.



—Tu trabajo no es pensar, Razor,— siseó.— Tu trabajo es contármelo todo. Y si no puedes hacer tu trabajo, encontraré a otro que sí pueda. ¿Entendido?

Razor asintió, aún apretándose la cara. En aquel momento de silencio, Varjak pudo oír el latido de su corazón en la garganta.

—Ahora sácale algo de información a este gato nuevo,— espetó Sally Deshuesada.— Tengo la sensación de que tiene algo que ver con los Desaparecidos. Luger y Wes: vosotros dos vigilad a su amiguito.

Razor y los otros dos gatos se acercaron a Varjak y Holly. Las orejas de Holly se movieron nerviosas.

—¿Por qué no esperaste a que llegáramos a casa?, —susurró. —Lo hemos tenido ahora.

—Podríamos saltar esos muros,— dijo Varjak, buscando una salida.

—Sólo nos atraparían a nosotros. Al menos Razor lo está haciendo, no ella.— Holly se estremeció. —Pero no les hables de mis callejones, ¿vale?

Razor se acercó a ellos con los ojos rasgados y las garras brillantes. El tajo de su cara estaba rojo y en carne viva.

—¿Cómo te llamas, alborotador?,— gruñó.

—Varjak el Zarpa.

—¿De dónde eres?

—Mesopotamia.

La cara llena de cicatrices de Razor se torció y frunció el ceño.— Muy gracioso. ¿De dónde eres realmente? ¿Dónde duermes?

Varjak miró a Holly. ¿Qué podía hacer? Cualquier cosa que dijera podría revelar su secreto. Sólo podía guardarlo guardando silencio.

—¿Vas a hablar?,— dijo Razor. Su boca se curvó hacia atrás, enseñando los dientes. —¿O tengo que abrirte yo?

No se oía nada en el callejón, salvo el zumbido de la farola. Varjak mantuvo la boca cerrada. Todos le miraban fijamente: Razor, Sally Deshuesada, su banda: todos le miraban fijamente. Varjak se sintió encerrado y solo. La presión aumentaba en su cabeza. Pero devolvió la mirada a Razor sin decir palabra. Estaba decidido a no apartar la mirada.

—¿Y bien?,— preguntó Razor. Los ojos del tom le quemaron, pero Varjak aguantó. No apartes la mirada. No le dejes ganar. Aguanta. Aguanta. Aguanta.

En algún lugar a lo lejos, rugió un monstruo. Razor parpadeó y miró hacia otro lado. Varjak se relajó. Y en ese instante, algo acuchilló su mejilla.

Las garras de Razor. Varjak retrocedió, aturdido. Le ardía la cabeza.

—Voy a darte una lección que nunca olvidarás,— gruñó Razor. Se acercó. Varjak arremetió. El gato callejero lo esquivó con facilidad y le asestó un puñetazo en la mandíbula. La sangre brotó de la cara de Varjak en una espesa fuente roja.

Otro golpe en la cara. A Varjak le flaqueaban las piernas. Por el rabillo del ojo, vio a Holly empezar a moverse, pero Luger y Wes se movieron más rápido, bloqueándola. Sólo quedaban él y Razor.





—No eres tan duro, ¿verdad?,— espetó Razor.— Puedo acabar contigo en cualquier momento. Te lo voy a poner fácil. Ahora habla.— Golpeó las costillas de Varjak, haciéndole perder el equilibrio. Varjak se tambaleó en el montón de basura. Se aplastó a su alrededor. Todavía estaba de pie, pero no podía soportar otro golpe.

Círculos en movimiento, la Quinta Habilidad: Puedes esquivar cualquier golpe, puedes golpear a cualquier enemigo. Era su única oportunidad.

Varjak respiró cuando Razor se acercó a matar.

En-dos-tres-cuatro. La energía latía en el vientre de Varjak. Fuera-dos-tres-cuatro. El tiempo se ralentizó.

Dentro-dos-tres-cuatro. La navaja golpeó a cámara lenta. Fuera-dos-tres-cuatro. Varjak hizo un círculo en movimiento.

Dentro-dos-tres-cuatro. Razor falló. Fuera-dos-tres-cuatro. Esto es bueno, pensó Varjak el Zarpa.

Pudo ver a los demás, mirándole fijamente. Holly se quedó con la boca abierta por la sorpresa.Razor enseñó los dientes, se acercó de nuevo, moviéndose como por el barro. Varjak abrió su Círculo, liberó la energía y golpeó a Razor con todo lo que tenía, justo entre los ojos.

CAPÍTULO 24

La cabeza de Razor se echó hacia atrás. ¡Varjak había dado en el blanco!.

Pero el gran Tom era fuerte. Sólo fue suficiente para aturdirlo. Se apartó del alcance de Varjak y sacudió la cabeza, como si no pudiera creer que le hubieran dado.

—¡Basta!— gritó Sally Deshuesada. Varjak miró hacia lo alto del callejón, pero ella no estaba allí.

—¿Dónde aprendiste eso?—, le preguntó su voz desde detrás de él. Se giró. Había un tenue resplandor blanco, pero ella había vuelto a desaparecer.

—¿Quién te ha enseñado?,— siseó desde algún lugar de su cabeza. Y antes de que Varjak se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, ella lo tenía clavado en el suelo, con los huesos blancos sobre él y un único ojo azul clavado en él. Perdió el ritmo de su respiración y todo volvió a acelerarse. Había salido del Tiempo Lento. — Respóndeme,— dijo ella. —¿Quién te ha enseñado?

No podía moverse, no podía esconderse. —¡Jalal!,— gritó, impotente.

El único ojo de Sally Deshuesada brillaba como la luna. —¿Jalal?,— dijo.— ¿Jalal el Zarpa? Hace cien años que murió. ¿Qué sabes tú de Jalal? ¿Qué sabes tú?

—Tiempo lento,— jadeó Varjak. —Círculos en movimiento...

—¿Tú? — Sally Deshuesada parpadeó. Algo que podría haber sido miedo apareció en su rostro. — ¿Eres tú?

Antes de que Varjak pudiera responder, un gruñido largo y grave llenó el aire. Todos se giraron hacia él.

En lo alto del callejón, bloqueando la salida, había un nuevo tipo de monstruo. Era negro y erizado, casi tan grande como un hombre. Tenía la boca llena de dientes amarillos y puntiagudos que goteaban baba. Ladró con fuerza y dio un paso hacia los gatos.

El terror se apoderó de la banda de Sally Deshuesada. Razor, Luger, Wes: todos salieron corriendo. Subieron por las escaleras de incendios y saltaron los muros, lejos del monstruo, lejos del callejón.

—¡Regresen!— gritó Sally Deshuesada. — ¡Cobardes, podemos vencerlo si luchamos juntos!

Pero no estaban escuchando. Su banda se puso a salvo tan rápido como pudo. La delgada gata pelada sacudió la cabeza con desprecio. Se levantó de mala gana, dejando libre a Varjak.

—Terminaremos esto en otro momento, Varjak el Zarpa,— dijo. Hubo un resplandor blanco y desapareció.

En un abrir y cerrar de ojos, Varjak y Holly se quedaron a solas con el monstruo. Parecía confundido. Ladraba a las paredes, pero no intentaba seguir a los gatos.

—Así que esas historias de Sally Deshuesada son ciertas,— respiró Holly. Sacudió la cabeza.— No sé qué estaba pasando allí, pero juraría que los tenías preocupados.

La cabeza de Varjak daba vueltas. Sally Deshuesada sabía lo de Jalal. Ella sabía sobre el Camino, mucho más que él. Ella ni siquiera tenía miedo de este monstruo.

—Gracias por guardar silencio sobre los callejones,— dijo Holly. —Vamos, salgamos de aquí, antes de que nos coja,— instó.

El monstruo empezó a avanzar hacia ellos. Sus grandes garras chocaban contra el pavimento. Era increíblemente poderoso. Incluso su cola parecía capaz de dejarlos sin sentido.

Varjak se concentró. ¿Qué haría Jalal? Segunda Habilidad: Conciencia. Lo miró a los ojos. Eran negros y turbios. Había dolor en esos ojos y miedo, casi terror, en su aroma.

Volvió a ladrar, un sonido ensordecedor. Varjak no se inmutó: siguió mirándole a los ojos. Si no hubiera estado una vez delante de un perro rugiente, habría salido corriendo. Pero comparado con esos monstruos de metal, este animal asustado y ladrador era amistoso.

—¿Qué estás haciendo? — siseó Holly. —¡Vamos!

Varjak miró hacia arriba. Probablemente podría saltar un muro o subirse al alféizar de una ventana, como la banda de Sally Deshuesada. En lugar de eso, apostó y confió en sus instintos. Esta vez no iba a huir, no iba a dejarse llevar por el pánico. Iba a mantenerse firme y hacerle frente.

—No tengas miedo,— le dijo al monstruo con la voz más tranquila que pudo. El monstruo abrió las mandíbulas. Eran lo bastante grandes como para tragárselo entero. — No tengas miedo,— susurró.

Y entonces se abalanzó sobre él. . .

¡Tiempo lento!

. ...y Holly saltó para cubrirse...

¡Círculos en movimiento!

. ...pero Varjak se mantuvo firme...

¿Caminar en la sombra?

. . . mal.

El monstruo se estrelló contra él. El mundo se volvió del revés... y todo se volvió negro de nuevo.

CAPÍTULO 25

—Hay momentos en que es útil desaparecer—, dijo Jalal.

Varjak estaba de vuelta en Mesopotamia, donde el aire olía a canela y sabía a dátiles maduros. Sonrió. Era bueno estar de vuelta. Pasara lo que pasara en el mundo real, en sus sueños siempre estaba Mesopotamia.

Jalal estaba a su lado, a la sombra de un muro. Y luego desapareció.

—¿Jalal?,— dijo Varjak. Su antepasado había desaparecido. Incluso su olor había desaparecido.

—Jalal el Zarpa, ése soy yo,— dijo la voz del viejo gato. Pero Varjak sólo pudo ver una sombra en la base de la pared.

Varjak negó con la cabeza. —Eso es imposible.

Jalal apareció de nuevo, justo al lado de Varjak. —Nada es imposible.

—Tal vez sea posible para ti, pero yo no soy tú, Jalal, no puedo hacer estas cosas, no puedo volverme invisible o hablar con los perros...

—Cree que algo es imposible,— le dijo tranquilamente su antepasado, — y seguramente fracasarás. Pero cree en ti mismo y podrás hacer cualquier cosa.

Varjak pensó en cazar palomas con Holly. Ella creía que era imposible, pero él estaba seguro de que podrían hacerlo si encontraban el camino correcto. Tal vez esto era lo mismo - y aquí estaba el propio Jalal ofreciéndose a mostrarle el Camino. ¿No valía la pena intentarlo una y otra vez?

Asintió con la cabeza. — Enséñame, Jalal.

—Caminar en las sombras es la sexta habilidad,— explicó el viejo gato.— Para Caminar en la Sombra, debes desprenderte de ti mismo. Como cuando acechas a tu presa y te conviertes en ella, pero aquí no te conviertes en nada, en nada en absoluto. Te unes a la sombra. Te conviertes en uno con el aire, y parte de la tierra. Te dejas llevar. Inténtalo.

Varjak se deslizó hacia la pared, deseando desaparecer. Soy una sombra, se dijo. Nadie puede verme. Soy invisible.

—Estás pensando demasiad,— dijo Jalal.— El Camino de las Sombras no se hace pensando. Después de todo, las sombras no pueden pensar. No pienses en nada. Vacía tu mente de pensamientos.

Varjak intentó pensar en nada, pero se encontró pensando en pensar en nada. Intentó vaciar su mente, pero su mente estaba llena de imágenes de vacío.

—Te estás esforzando demasiado,— dijo Jalal.— Tal vez sea demasiado pronto. Debes conocerte a ti mismo, estar seguro de ti mismo, antes de poder dejarte ir. ¿Sabes quién eres?

Varjak frunció el ceño.— ¿Qué quieres decir?

—Piénsalo, Varjak el Zarpa.— Jalal desapareció en la sombra. —Piénsalo bien. Porque tu vida depende de ello.

CAPÍTULO 26

Varjak se despertó. Estaba tirado en el suelo del callejón. Su hombro gritaba de dolor. Holly había desaparecido.

El monstruo erizado y ladrador se alzaba sobre él, con su fétido aliento en la cara. Su gran lengua roja brillaba hambrienta. Parecía que se estaba preparando para comérselo. Se equivocó al fiarse de sus instintos; aquella criatura era peor que un perro. Era el monstruo más aterrador del mundo.

Tenía que hacer algo. Caminar en las sombras, la sexta habilidad: *No pienses en nada. Vacía tu mente de pensamientos.*

Varjak se concentró. En nada. En nada. En nada.

Pero no fue tan fácil. El dolor en su hombro llenaba su mente. No podía hacerlo. No podía caminar en la sombra.

Varjak miró desesperado las estrechas paredes de ladrillo del callejón. Sentía como si le estuvieran acorralando. Si tan sólo pudiera llegar a la cornisa. Intentó levantarse, pero le dolía demasiado.

Ya no había escapatoria. Todo había terminado. La boca babeante del monstruo se abrió de par en par...

—Cludge,— dijo con voz muy grave. Varjak se quedó mirando, impotente. Parpadeó con sus ojos turbios. Luego se lamió una vez.—Cludge,— repitió.

Varjak se rascó las orejas, no muy seguro de lo que oía. —¿Te llamas así?—, dijo.— ¿Cludge?

Jadeaba. Una tímida sonrisa apareció en la comisura de sus labios.— Cludge,— afirmó.

Varjak le devolvió la sonrisa. Tal vez Cludge no iba a comérselo, después de todo. —Varjak,— dijo. —Soy Varjak.

—¿Var Jak? Var . . . Varjak. ¡Varjak!

—Así es, Cludge. Soy Varjak.

—¡VARJAK! ¡VARJAK! ¡VARJAK!— ladró Cludge.

—Ya lo tienes.

—¡VARJAK!

Varjak desplazó con cuidado su peso sobre las patas delanteras. Le dolía el hombro, aunque no tanto como antes, y volvió a caer al suelo.

Cludge se agachó para lamerle el hombro herido. Sus grandes ojos negros estaban nublados por la preocupación.

—Lo siento, Varjak,— suspiró.— No era mi intención. Hacer daño.

—No pasa nada. Debería haber huido, como los otros gatos.

—Cludge estaba asustado. ¿Varjak no se asustó?

—No,— sonrió. Le estaba empezando a gustar esta gran criatura. Cludge parecía feroz, pero por dentro parecía gentil.

—Cludge solo,— resopló. —Todos huyen de Cludge. Sin amigos.

Varjak volvió a mirar a Cludge a los ojos. Podía verlo todo allí; lo reconocía: su dolor, su miedo, su soledad.

—Está bien, Cludge,— dijo en voz baja.— No estás solo. Seremos amigos, tú y yo.

—¿Amigos? — jadeó Cludge.— Varjak, Cludge, ¿amigos?

Varjak sonrió.— Amigos,— dijo. Intentó levantarse de nuevo. Esta vez, su hombro soportó el peso.

—¡Amigos!,— ladró Cludge. Meneó la cola. —Varjak, Cludge, ¡amigos! ¡AMIGOS! ¡AMIGOS!

—Varjak el Zarpa,— dijo una voz grave, —es la primera vez. He visto muchas cosas en esta ciudad, incluso te he visto golpear a Razor, pero esto es algo verdaderamente diferente.— Holly saltó de la pared.— Lo hiciste. Hablaste con un perro.— Sacudió la cabeza.— Es increíble. Es increíble. Es...-



—¿Un perro?,— dijo Varjak. Cludge ladró

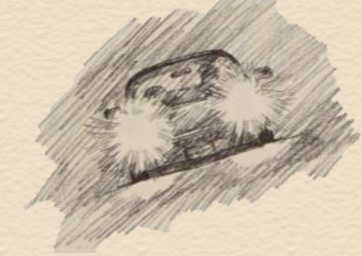
—Sí, un perro,— dijo Holly, manteniéndose a una distancia prudencial de Cludge. —¿Qué *crees* que es?

—Pero él no es como los otros perros.

—¿Qué otros perros?

—Ya sabes. Los de metal.

—Holly parecía desconcertada. Nunca había visto un perro así.



A lo lejos, un monstruo chillaba y rugía.

—¡Esos!— dijo Varjak. —¡Los perros que hacen ese ruido!

Holly negó con la cabeza.— Eso no es un perro. Es un coche.

—¿Un qué?

—¡Coche!,— ladró Cludge.— Los coches son divertidos. Cludge persigue coches.

—¿Entonces no eran perros?,— dijo Varjak.

—A ver si lo he entendido bien,— dijo Holly.— Todo el tiempo que creíste que hablabas con perros, en realidad hablabas con *coches*.

Varjak frunció el ceño. Estaba confuso. Los monstruos metálicos eran perros, ¡estaba seguro de que lo eran! Pero, ¿alguien más los había llamado perros? No. Ahora que lo pensaba, nunca había sabido con certeza lo que eran. Sólo había supuesto que eran perros, porque encajaban con la descripción de Garra Mayor en los cuentos. Le llenaban el corazón de miedo, tenían un aliento fétido y un sonido ensordecedor, y parecían tan fuertes como para matar a un hombre.

Pero, tenía que admitirlo, Cludge también.

Conciencia, la segunda habilidad: antes de hacer nada, debes saber a qué te enfrentas. No supongas nada; asegúrate de los hechos.

Eso era exactamente lo que no había hecho. Casi se mata intentando hablar con un coche. Un error de principiante. No el tipo de error que cometería un gato que conoce el Camino. No lo cometería ahora. Y estaba seguro de que Sally Deshuesada tampoco lo haría.

Holly soltó una risita.

—¿Qué es tan gracioso?— Preguntó Varjak.

Se recompuso, pero por poco. —Tú,— dijo.— Los coches ni siquiera están vivos, imbécil. No puedes hablar con un coche.

—Tampoco creías que pudiera hablar con Cludge,— razonó Varjak.

—Cludge sólo habla con los amigos, —dijo el perro grande.

—¿Ves?,— dijo Varjak.— Quizá los coches sólo hablen con sus amigos.

Holly no pudo controlarse más. Sus bigotes empezaron a crisparse, su cuerpo empezó a temblar y entonces estalló por completo. La risa brotó de ella y voló por el callejón como una bandada de pájaros. Estaba por todas partes, era contagiosa. Cludge se revolcaba por el suelo, gritando y jadeando sin poder evitarlo, y entonces Varjak también se echó a reír. No podía evitarlo; tenía que unirse a ellos. Era una sensación agradable, ligera y libre. Ahora lo veía todo, cómo se había equivocado. Claro que los coches no eran perros: ¡Cludge era un perro!

¿Cludge era un perro?

Varjak dejó de reírse. Cludge era un perro. Con un perro, aún podría salvar a su familia del Caballero y sus gatos...— si tuviera tiempo. Cludge, necesito tu ayuda. Necesito que asustes a un hombre. ¿Puedes hacerlo?

Cludge dejó de aullar y se puso muy serio. Se irguió y enseñó los dientes amarillos. La risa de Holly se esfumó al verlo.— Cludge asusta a todo el mundo,— dijo el gran perro con su profunda voz.— Excepto a Varjak.

—Entonces vamos. No hay tiempo que perder.— Varjak se volvió hacia Holly. —¿Vienes?

—¿Adónde?

—Subiendo la colina. Nosotros tres. Vamos a salvar a mi familia.

—Esto es una locura,— dijo Holly.— Pero nadie se mete con Sally Deshuesada y se sale con la suya. Ya no estamos a salvo en esta ciudad.— Se levantó. Muy bien, Sr. Zarpa, guíenos. Donde tú vayas, iré yo.

En ese momento, algo en Varjak se disparó.

—Gracias,— dijo, —amigos míos.

CAPÍTULO 27

Los tres amigos se dirigieron a la colina a toda velocidad. Varjak les explicó por el camino lo del Caballero y sus gatos negros.

Esperaba no llegar demasiado tarde. Sin Garra Mayor y con Padre al mando, ¿qué haría la familia cuando se enfrentaran a los gatos del Caballero? ¿Qué les harían los gatos del Caballero? Podría haber pasado cualquier cosa. Después de todo el tiempo que había estado fuera, la casa seguramente sería diferente.

Las imágenes que tenía en la cabeza -el sillón de terciopelo rojo, los comederos de porcelana- tal vez ya no existieran.

Sólo estaba seguro de una cosa. Tendrían que escalar el muro para entrar, y Varjak lo recordaba como la escalada más dura de su vida.

Un trueno rugió sobre la ciudad cuando llegaron al pie de la colina. El cielo estaba violáceo con la amenaza de otra tormenta.

—Está aquí arriba,— dijo Varjak, guiando el camino mientras los relámpagos brillaban en lo alto.



Subieron la colina tan rápido como pudieron. Empezó a llover. Llegaba en latigazos punzantes que azotaban la nariz, los ojos y los oídos de Varjak. Intentó respirar; el agua le llenaba la boca y le bajaba por la garganta. Se atragantó con ella, pero siguió adelante, colina arriba, un paso, dos pasos, cien, mil: lo que hiciera falta.

La luna los miraba fijamente, como un centinela tuerto y hosco en el cielo. *Ríndete*, parecía decir. *Ríndete y vete.*

Empapados, esforzándose, jadeando por respirar, llegaron a la cima de la colina mientras el cielo se rompía en una luz blanca.

Lo que Varjak vio allí le erizó la piel. Ante ellos se alzaba un pequeño muro de piedra, de la mitad de altura que cualquiera de la ciudad. Parecía viejo y desmoronado, como si hubiera estado descuidado durante mucho tiempo. Otro trueno sacudió la tierra. Varjak se estremeció. ¿Podría ser realmente el mismo muro que encerraba el mundo en el que había crecido? ¿El muro que antes parecía tan alto e imposible de escalar? ¿Era éste el lugar que había abandonado? ¿O todo había cambiado durante su ausencia?

Había una puerta en el muro. La empujó. No se movió; estaba cerrada. Rodeó la pared en busca de algo que le resultara familiar. Un relámpago reveló las grietas y fisuras de la piedra donde crecía el musgo silvestre. En lo alto del muro pudo ver las ramas nudosas de algunos árboles viejos y achaparrados, y allí estaba el árbol del que se había caído la noche que se fue de casa.

Varjak tocó su corteza húmeda y sonrió aliviado. Ahora lo reconocía. Por supuesto que era el mismo. El lugar nunca cambiaría: era él quien había cambiado.

—¡Aquí es!,— gritó feliz por encima de los truenos.— Hay árboles dentro, podemos bajar. Yo iré primero, y. . . Cludge, ¿qué pasa?

Cludge temblaba. Sus ojos volvían a estar nublados por el miedo. —N-No puedo trepar,— balbuceó. —Cludge no puede trepar.

Varjak miró incrédulo al enorme y poderoso perro.— ¿No puedes?

—Claro que no,— replicó Holly.— Todo el mundo sabe que los perros no pueden trepar; tendríamos un gran problema si pudieran. ¿No hay otra forma de entrar?

—¿Los perros no pueden trepar?

—No, no pueden,— dijo Holly. Frunció el ceño.— Esta es la única manera de entrar, ¿no? Me doy cuenta por tu cara.

Sintio como si cayera por el aire y nunca aterrizara. Estaban tan cerca. Pero aquel muro, aquel viejo muro de piedra, volvía a interponerse en su camino.

—Cludge, Lo siente,— dijo una voz pequeña y asustada a su lado. —Quiero ayudar, Varjak.

Los relámpagos estallaron en lo alto. Los truenos estallaron. La lluvia caía por la cara de Varjak como lágrimas. Pero era extraño: la tormenta no le asustaba como antes. Por el contrario, parecía entrar en él desde los bigotes hasta la cola, llenándolo de su propio poder salvaje, de modo que él y la tormenta se convirtieron en uno.

Ya no había vuelta atrás. Con o sin perro, iba a encontrar a su familia.

—Está bien, Cludge,— dijo. —Espéranos aquí. Vamos, Holly. Vamos adentro.

Dejaron a Cludge agazapado bajo el árbol. Los dos gatos se lanzaron a lo alto del muro. Treparon por el borde y bajaron por el otro lado, a través de un enmarañado laberinto de ramas retorcidas.

En silencio, entraron en el jardín. Caminaron por la hierba mojada hasta la puerta del gato.

—Aquí es,— susurró Varjak mientras se deslizaban. — Esta es la casa de la Condesa.

CAPÍTULO 28



Salieron al pasillo. Estaba vacío. La puerta de los gatos se cerró tras ellos. Holly se volvió hacia ella y la empujó con una pata. Permaneció cerrada.

—Déjame intentarlo,— dijo Varjak. Empujó, pero no se abrió. Se había cerrado desde dentro.

—Así que puedes entrar en este lugar,— dijo Holly, —pero no puedes salir.

—El caballero debe de haberlo cambiado,— dijo Varjak, con un nudo de tensión creciendo en su estómago. No era una buena señal.

Echó un vistazo al pasillo. Las gruesas ventanas verdes estaban cerradas, las cortinas de encaje echadas. Parecía normal, salvo que, al igual que el muro del jardín, todo parecía mucho más pequeño y antiguo de lo que recordaba. Las alfombras descoloridas, los muebles recargados; comparado con la ciudad, parecía más un escaparate que un lugar real. El silencio lo hacía aún más extraño: aquí no había ninguno de los sonidos de la ciudad.

Tampoco había nadie. Ni la familia, ni el caballero, ni sus gatos negros. Sin embargo, olía mucho a gatos, como si hubiera muchos muy cerca. Le hormigueaban los bigotes. Esto no estaba bien. ¿Dónde estaban todos?

Varjak y Holly se sacudieron el agua de lluvia del pelaje y avanzaron sigilosamente hacia el pasillo. Al final de la escalera, sobre la moqueta mohosa, la puerta de la Condesa estaba cerrada. Varjak aguzó el oído. Podía oír algo allí arriba, un ruido largo, bajo y maullante, pero más allá, en el pasillo, le pareció oír hablar a los gatos.

—Miraré arriba,— susurró Holly. —Tú mira aquí abajo. En caso de que los encuentre, ¿cómo es tu familia?

Varjak hizo una pausa.— Un poco como yo,— dijo, —pero diferente. Tened cuidado. Corre si ves a un hombre o a dos gatos negros. Son peligrosos.

Holly subió las escaleras. Varjak avanzaba por el pasillo. Intentó vaciar su mente de pensamientos, como había dicho Jalal, para poder Caminar en la Sombra. Pero no sirvió de nada. Los pensamientos seguían apareciendo. ¿Dónde estaba la familia? ¿Estarían bien? ¿Se alegrarían de verle o ya se habían olvidado de él?

Ahora oía claramente voces que venían de la habitación delantera. La puerta estaba entreabierta. Se arrastró hasta el borde, donde no le verían, y se asomó.

Allí estaban: los azules de Mesopotamia, ¡vivitos y coleando!

Se sintió aliviado. No había llegado tarde. No les había defraudado. No había señales de que estuvieran heridos. Ni rastro del Caballero, ni de sus gatos.

Parecía que se estaba celebrando un Consejo de Familia. Pero ahora era Julius quien estaba sentado en el sillón de terciopelo rojo de la Condesa. Los demás estaban agrupados alrededor, jugueteando con sus cuellos mientras le escuchaban hablar. ¿Qué ocurría?

—No me importa,— decía Julius.

—Pero estas cosas no pasan sin motivo,— dijo papá.— ¿No deberíamos intentar averiguar qué significa?

—Ahora soy el cabeza de familia,— dijo Julius, flexionando los músculos.— ¿Alguien tiene algún problema con eso?

Se oyeron algunos murmullos en la sala, pero nadie respondió. Varjak no podía creer lo que veían sus ojos. Las cosas habían cambiado de verdad desde su ausencia. Julius actuaba como el jefe de una banda. Parecía que le había hecho a Padre lo que Padre le había hecho a Garra Mayor.



—Si todos estamos de acuerdo,— dijo Julius, —entonces el Consejo ha terminado.

Varjak respiró hondo y entró en la habitación. Se volvieron para mirarle como si fuera un extraño.

—¿Varjak?,— dijo mamá. —¿De verdad eres tú, cariño? Mirad todos, ha vuelto.— Al instante, le hicieron un hueco, lo rodearon de pelaje azul plateado y ojos verdes.

—¡Varjak el Zarpa! Creíamos que te habías perdido para siempre.

—Ha crecido, ¿verdad?

—¡Bienvenido a casa, Varjak!

En casa. Por fin estaba en casa. Miró alrededor del círculo familiar. Madre, padre y tía Juni; Julius y Jasmine; Jay, Jethro y Jerome. Todos parecían muy contentos de verle. Era bueno estar de vuelta.

—¿Dónde has estado, hijo?,— dijo papá.

—Afuera.

—¿Y Garra Mayor?

Varjak sacudió la cabeza con tristeza.— Se ha ido

Julius se interpuso entre Varjak y sus padres.— Las cosas han cambiado desde que desapareciste,— dijo.— Ahora soy el cabeza de familia. Mi padre lo fue durante un tiempo, pero ahora soy yo.

Sacó pecho, para subrayarlo. Era más grande de lo que Varjak le recordaba. Había crecido, su cuerpo se había hecho más grueso y poderoso. Llevaba el cuello apretado. Parecía muy bien alimentado.

Varjak miró a su padre. Parecía cansado y viejo al lado de Julius. Era obvio quién ganaría en una pelea. Quizá ya había ocurrido.

—Felicidades,— dijo Varjak a su hermano mayor.

—Eso no es todo lo que ha cambiado...,— empezó papá.

—No, ahora las cosas nos van mejor que nunca,— interrumpió Julius. Presionó algo bajo su pata. Era el ratón de juguete.— El caballero ha sido muy bueno con nosotros.

—¿Él?,— dijo Varjak. —¡Sus gatos mataron a Garra Mayor!

Hubo un grito ahogado en la habitación, pero Julius se limitó a poner cara de fastidio.— Mientes—, dijo, pasando las garras por el ratón. Se había vuelto andrajoso; su pelaje se estaba desgastando.— El caballero nos quiere. Sus gatos son nuestros amigos. ¿Por qué harían algo así?.

—Querían impedirnos ir al exterior...

—Bueno, ahí tienes la respuesta,— dijo Julius.— Sólo intentaban ayudar. Si no hubieras hecho nada malo...

Varjak se erizó. Era Julius quien estaba equivocado. Varjak sabía que lo estaba, pero Julius siempre podía hacer sus mentiras tan convincentes, y Varjak no podía encontrar una respuesta lo bastante rápido.

—Ya, ya,— dijo Madre. —Julius tiene razón, Varjak. El caballero nos sigue dando una comida estupenda todos los días.— Julius la miró y ella tosió.— Bueno, ya basta—, se apresuró a decir. —Pero mírate, cariño. ¿No has crecido? Y esas cicatrices en la cara: ¡has cambiado tanto que casi no te reconozco!

—¿Qué cicatrices?,— dijo Varjak, y se acordó de Ginger, Razor y Sally Deshuesada. Sonrió. El mundo exterior le había dejado huella.— Bueno, he tenido algunas peleas.

Una voz como la leche por la mañana ronroneó en su oído. La prima Jasmine. —¡Varjak, ya no eres un gatito!— Varjak levantó las orejas. Siempre le había gustado Jasmine más que los demás.

—Siempre será nuestro gatito,— dijo mamá. Lamió el pelaje de Varjak, lo alisó. Él no se opuso. Dejó que su cálida lengua se llevara la lluvia de la tormenta y la suciedad de la ciudad, que lo despojara del olor de fuera.

—Así es —dijo Julius, mirando a Jasmine con el ceño fruncido.— Sigue siendo un gatito.

—¿Cómo es fuera?,— dijo Jay.

—¿Qué le ha pasado a tu collar?,— dijo Jethro.

—¿Y cómo te hiciste esas cicatrices?,— dijo Jerome.

—Os lo contaré,— dijo Varjak, aunque Julius los miraba ahora con el ceño fruncido.— Os lo contaré todo.

CAPÍTULO 29

Varjak no habló a su familia de sus sueños -no creía que entendieran esa parte-, pero les contó todo sobre la ciudad: las peleas, los amigos, las desapariciones. Resultaba extraño contar por fin su historia; no parecía real. Era más como un sueño o una fantasía. Los azules mesopotámicos, jóvenes y viejos, lo miraban, escuchando en silencio, cautivados por sus descripciones de la vida fuera de la casa. Cuando llegó a Cludge, incluso Julius parecía cautivado.

—Varjak ha dado gloria a la familia,— dijo papá cuando terminó. Varjak hizo todo lo posible por parecer humilde, pero no fue fácil.

—Siempre dije que saldría adelante si lo educábamos bien,— sonrió mamá. Jasmine le ronroneó. Jay, Jethro y Jerome lo miraron con nuevo respeto.

Pero Julius se limitó a resoplar.— Es un buen cuento —dijo, jugando con el ratón del caballero.— Pero no es más que un cuento, ¿no? Te conozco, Pata Varjak. Apuesto a que estabas tan asustado que no hiciste ni la mitad de esas cosas.— Las pupilas de Julius se estrecharon. Hinchó su pelaje, haciéndolo parecer aún más grande de lo que era.

A Varjak se le hizo un nudo en la garganta. Una pelea era lo último que deseaba en este momento de triunfo. Miró hacia la chimenea. Estaba fría.

—Sí, a veces tenía miedo,— admitió.— Pero todo lo que dije era verdad.

—Pequeño insecto escuálido —se mofó Julius.— ¿Quién te crees que eres para volver aquí y enseñorearte así? ¿Crees que nos importan tus estúpidas historias?

—¡Julius!—, arrulló Jasmine con su voz lechosa. —Creo que estás celoso.

Julius la ignoró. —Ni siquiera es un mesopotámico azul,— siseó.— Nunca lo ha sido y nunca lo será.

Apartó el ratón de juguete y miró a Varjak con ojos verdes llenos de desprecio.

—Eso no es cierto, Julius,— dijo papá.— Por supuesto que Varjak es un Azul Mesopotámico. Sólo un Azul podría hacer esas cosas.

—No es uno de los nuestros,— gruñó Julius.— Ojos del color del peligro. ¿No es cierto, insecto?

Algo se levantó en el corazón de Varjak. Su mente se encendía. Todas aquellas veces que Julius se había burlado de él, le había hecho sentir miserable, pequeño y débil.



—No me llames así,— dijo.

—Insecto,— espetó Julius.

—No me gusta. Nunca me ha gustado.

—Es lo que eres. ¡Ahora vamos, te aplastaré!

Algo se rompió en Varjak. —¡Muy bien!—, se oyó gritar.

—No, Varjak,— dijo Jasmine.— Te matará...

Julius le siseó. Ella retrocedió y guardó silencio como los demás.

La cara de Varjak ardía. Pero ahora no tenía elección. Tenía que hacerlo.

Varjak y Julius empezaron a rodearse, acechando el sillón vacío de la Condesa. La familia formó un círculo a su alrededor. Todos observaban, en silencio, con la respiración contenida.

Varjak inhalo-dos-tres-cuatro y entró suavemente en el Tiempo Lento. Julius lo miró con ojos verdes desdeñosos y enseñó los dientes. Varjak le devolvió la mirada y le enseñó los dientes. Julius pareció sorprendido.

—Vamos, Julius el Zarpa,— dijo Varjak.—Aplástame.

Julius se abalanzó sobre él.

Era rápido para un gato de su tamaño, pero Varjak era más veloz, más ágil, un Círculo Móvil de pura energía. Se hizo a un lado. Julius mordió con fuerza en el espacio. Sus dientes crujieron. Sonó doloroso.

—No vuelvas a llamarme insecto—, dijo Varjak.

rugió Julius. Rastrilló con una fuerte pata azul plateada. Varjak fue demasiado rápido una vez más. Julius falló y se precipitó contra el sillón.

Jay, Jethro y Jerome soltaron una risita. ¿Se reían de su Círculo Móvil? Varjak se volvió y los vio riéndose de Julius. Sonrió, pero al apartar la mirada, Julius se le echó encima y le golpeó el costado de la cara con una fuerza despiadada.

Varjak retrocedió tambaleándose. No se lo esperaba. Le dolió.

—¡Insecto!, —tronó Julius.— Ahora me has hecho enfadar.— Lanzó una ráfaga de garras. Con los sentidos agitados, Varjak se alejó justo a tiempo. Tenía que seguir respirando, mantener el círculo en movimiento, o Julius acabaría con él.

Esquivó los furiosos ataques que siguieron, convirtiéndose en un resplandor que Julius no pudo golpear. Los ataques se hicieron más salvajes, más furiosos. Varjak se mantuvo un paso por delante, justo fuera de su alcance, mientras su hermano mayor se acercaba, hasta que Julius le lanzó todo lo que tenía en un gran golpe. No había forma de evitarlo: Varjak tenía que enfrentarse a él, de frente.

Exhaló-dos-tres-cuatro. Profundizó en su Círculo. El poder creció en su interior, y cuando Julius llegó, el Círculo se mantuvo firme. Varjak rechazó el golpe, utilizando la propia fuerza de su hermano contra él. Julius cayó al suelo dando tumbos.

Varjak sonrió. Se sentía bien. Mejor que la vez que había luchado contra Razor. Era mejor que cualquier cosa, un resplandor caliente y embriagador que recorría cada fibra de su ser. Nunca se había sentido tan vivo.

Julius estaba desequilibrado, débil y expuesto.

Acaba con él, pensó Varjak. Ahora mismo. Suelta la energía. Nunca volverá a luchar.

¡Hazlo!

No.

—Basta,— dijo Varjak el Zarpa. —Suficiente, y no más.

Julius negó con la cabeza.— No he hecho más que empezar—, jadeó.— Insecto.— Julius se lanzó por los aires, fuera de control, con las garras desplegadas. Varjak se apartó en Tiempo Lento.

CRASH! Julius se estrelló de cabeza contra la chimenea. Miró a Varjak con sus pequeños ojos verdes, nublados por la ceniza negra. Intentó levantarse. No pudo.

Se acabó.

—¡Varjak el Zarpa!— gritó Jasmine.

—¡Varjak el Zarpa!— La familia aclamó su conquista.

—¡Varjak el Zarpa! ¡Varjak el Zarpa! ¡Varjak el Zarpa!

Cerró los ojos. La victoria sabía dulce, a canela. Por fin lo había conseguido. Era un Azul Mesopotámico.

—¡Varjak el Zarpa! ¿Eres tú?

¡Una voz grave! A Varjak le dio un vuelco el corazón.

—¿Holly?

—¿Varjak? ¡Aquí estoy!

CAPÍTULO 30

¡Era Holly! Su espigado pelaje blanco y negro irrumpió en el salón. Varjak salió a recibirla, sonrojado por la victoria. Pero había una mirada en sus ojos mostaza, una mirada de horror, que le borró la sonrisa de la cara en cuanto la vio.

—Varjak, es horrible,— dijo.— Tenemos que salir de aquí.— Miró hacia las gruesas ventanas verdes, buscando una salida.

—¿Qué es horrible?,— dijo Varjak, confuso.

—Son los Desaparecidos... aquí es donde han ido todos.— Se estremeció.— El hombre no está aquí, y no vi a esos gatos negros. Pero hay una habitación arriba con una gran jaula y cientos de gatos dentro, sólo que muchos de ellos no...— Cerró los ojos como si intentara bloquear el recuerdo.

—¿No son qué?,— dijo, temeroso de la respuesta.

—No están vivos.— Parecía más agitada de lo que nunca la había visto en la ciudad.

—Perdona que te interrumpa, Varjak —dijo mamá—, pero ¿quién es?—. Todos los azules mesopotámicos miraban, incluso Julius, que se lamía las heridas junto a la chimenea.

—Holly, esta es mi familia—, dijo Varjak. —Madre, padre, todos: os presento a Holly.

—No os preocupéis,— les dijo Holly.— Encontraremos una salida.

Padre frunció el ceño y se volvió hacia Varjak. —No lo entiendo,— dijo.— ¿Conoces a este gato?

—Esta es Holly - mi amiga de fuera, de la que te hablé.

Padre puso cara de asco. Le dio la espalda. Todos le dieron la espalda.

—Esto no es Fuera,— dijo Padre. —Dile a este gato que nos deje.

Fue como una bofetada. Varjak miró a Holly. Parecía tan aturdida como él.

—¿Cómo se te ha ocurrido?—, susurró mamá.— Deberías saberlo, cariño.

—¿No lo has oído?—, protestó Varjak.— Nos va a ayudar a salir.

—Pero no queremos salir,— dijo mamá. —¿Adónde iríamos? ¿Quién nos daría de comer?

—Espera un minuto,— dijo Holly.— ¿Has visto lo que está pasando arriba? Si te están dando de comer, no es por una buena razón.

Papá la ignoró; hablaba sólo con Varjak. —No hemos subido, por los gatos negros. Pero sabemos que también hay otros gatos arriba.

—¿En serio?,— dijo Varjak.

—El caballero los trae a la casa,— dijo el padre. —Les da de comer. No como a nosotros, no con caviar, sino con comida seca

barata. Hay sacos en la cocina. Los mantiene vivos hasta que... bueno, no sabemos exactamente lo que pasa después, pero todos estamos de acuerdo en que el caballero nunca haría daño a uno de nosotros.

—Te equivocas,— dijo Holly. — Si hoy son ellos, mañana serás tú.

—Somos diferentes,— le dijo el padre a Varjak.— Somos especiales. Somos azules mesopotámicos. En cuanto a esos gatos comunes,— se encogió de hombros, —¿a quién le importa lo que les haga? No son nada.

—¿Qué?,— dijo Holly, con las orejas y los bigotes erizados.

—Menos que nada,— dijo la tía Juni, como si Holly no estuviera allí.

—Vamos, Varjak, vámonos,— dijo Holly.— Estos idiotas se merecen todo lo que les espera.

Sus palabras hicieron temblar a Varjak. No sabía qué hacer ni qué decir. Miró a Madre.

—Sabemos de lo que hablamos, cariño,— dijo con voz suave y razonable.— No vamos a ir a ninguna parte.

La cabeza le daba vueltas. Quizá tenían razón y Holly estaba equivocada. El Caballero aún no les había hecho daño; quizá nunca lo hiciera.

—¿Pero qué pasa con Holly?,— dijo Varjak.

—No es de los nuestros,— insistió el padre.

Varjak miró a Holly. Miró a su familia. Sintió que se le retorcían las tripas. Miró a Holly. A la familia. Y a Holly otra vez. Sus entrañas se partían por la mitad. Era imposible.

—Te necesitamos aquí,— dijo Jasmine.

—¿Me necesitas?,— dijo Varjak.

Padre asintió, muy serio.— Por supuesto que te necesitamos, hijo. Ahora eres el cabeza de familia. No puedes abandonarnos.

—Venciste a Julius,— dijo Jay.

—Julius era terrible,— dijo Jethro.

—Pero tú eres el mejor, Varjak,— dijo Jerome.

Varjak se sentía orgulloso por dentro, orgulloso de ser un Azul.

creeeaak

Era la puerta principal, abriéndose.

click CLACK

El Caballero, entrando en la casa. Dos elegantes gatos negros junto a sus zapatos.

—Vamos,— instó Holly. —¡Ahora!

Cortó hacia el pasillo. Varjak no podía moverse. Tenía la boca entumecida, como el hielo. Quería ir con ella, pero ¿cómo iba a hacerlo? Por fin tenía lo que siempre había deseado: ¡por fin era un auténtico Azul Mesopotámico!

No podía arruinarlo. No podía irse ahora.

Holly se detuvo, en el borde de la habitación delantera. Volvió a mirarle. Apartó la mirada. La vergüenza le punzó los ojos, le cegó. No pudo encontrar su mirada de mostaza.

—Holly...

—¿Varjak? ¿Qué pasa?

—Yo... yo no puedo...

Lo sintió de inmediato: su barrera invisible, subiendo, interponiéndose entre ellos. Y supo por qué. Porque él había hecho exactamente lo que ella siempre había temido que hicieran sus amigos. La había defraudado, justo en el momento en que ella intentaba ayudarla. ¿Pero qué otra cosa podía hacer?

—Soy el peor amigo del mundo,— susurró.

—Para,— dijo. —No digas ni una palabra más.

Varjak observó, congelado en el sitio, cómo Holly salía disparada como si la hubieran quemado, se alejaba de él y se dirigía hacia la puerta principal.

Los gatos del caballero estaban preparados. En un borrón de oscuridad, moviéndose como uno solo, la bloquearon y la arrojaron al suelo.

La conciencia de Varjak se puso en movimiento, percibiendo su poder suave y elegante, su velocidad mortal. Había visto de todo en la ciudad, incluso a la temible Sally Deshuesada, pero estos gatos negros eran algo especial. La forma en que se movían a la perfección, sus ojos idénticos... parecían más máquinas que algo vivo.

Tenían a Holly atrapada en el suelo. Su corazón gritó al verlos, pero ¿cómo podría luchar contra ellos por su cuenta? Lo destruirían, como habían destruido a Garra Mayor.

Se volvió hacia la familia en busca de ayuda, pero le dieron la espalda. Nadie podía mirarle.

El Caballero cerró la puerta principal. Se agachó para tocar el collar de uno de los gatos negros y le susurró algo al oído.

Dejó a Holly con el otro gato negro y se dirigió a la habitación delantera, donde se quedó bloqueando la salida. Miró fijamente a Varjak y a la familia con sus ojos negros. Cuando su mirada se posó en él, la conciencia de Varjak se aceleró con una extraña sensación de frío.

Dio un paso hacia el gato negro. Inmediatamente, lo empujó hacia atrás. A Varjak se le pusieron los pelos de punta.

—No lo hagas, hijo,— dijo papá.— Nos pones en peligro.

—Deja que hagan lo que quieran,— dijo mamá,— y no nos harán daño.

La mente de Varjak estaba furiosa. Después de todo lo que habían pasado juntos, había decepcionado a Holly. La había traído aquí. Le había costado los pocos momentos en los que podría haber escapado. Y ahora, ni siquiera podía ayudarla, porque eso dañaría a su familia, y no había manera de que pudiera hacer eso.

Él quería ser un Azul. Él era un Azul. Pertenecía a ellos. No con ella. Con ellos.

Miró, impotente, como el otro gato negro arrastraba a Holly por las escaleras. Ella fue sin luchar. No quedaba lucha en ella. Varjak

observó, en silencio, incapaz de moverse. Lo último que vio fue la punta de su cola, desapareciendo de su vista. Fue como ver su propio corazón siendo arrancado.

Había desaparecido. El caballero subió tras ella. El gato negro que los había estado vigilando los siguió al fin, dejando a Varjak solo con la familia de nuevo.

—Ese es mi hijo,— dijo papá.

—Sabía que harías lo correcto,— dijo mamá.

—Qué gatita más fea era,— dijo la prima Jasmine. Su voz sonaba a leche. A leche agria.

CAPÍTULO 31



Esa noche, Varjak soñó.

Soñó que caminaba junto al Tigris. Las palmeras datileras se mecían con la brisa canela. Miró las estrellas de Mesopotamia, que ya no le resultaban tan extrañas. Ahora formaban parte de él, como él formaba parte de este lugar. Aquí se respiraba paz. Era su hogar. Por muy duras que fueran las enseñanzas de Jalal, no eran tan difíciles como el mundo real, con sus decisiones, peligros y fracasos.

Jalal caminaba a su lado.— El conocimiento que se había perdido está casi restaurado,— dijo.— Sólo queda una habilidad. Sin embargo, no puedo enseñártela. Sólo puedo decirte su nombre.

Mientras hablaba, Varjak se preguntaba qué pensaba realmente de él el Mesopotámico Azul original. Jalal nunca había respondido a esa pregunta. ¿Estaría orgulloso el viejo gato de que Varjak hubiera apoyado a su familia? Se había enfrentado a una terrible elección, y había elegido a los Azules Mesopotámicos. Le dolía por dentro pensar en Holly, así que intentó no hacerlo y, en su lugar, miró a su antepasado azul plateado.

—¿Cuál es la Séptima Habilidad, Jalal?

—La séptima habilidad es confiar en uno mismo. Ya está. Tu entrenamiento está completo. Mantén vivo el Camino, Varjak el Zarpa.

Jalal se deslizó hasta la orilla del agua.

—¡Espera!,— llamó Varjak.— No lo entiendo. Muéstrame lo que significa.

—Confiar en ti mismo es una habilidad, como abrir la mente,— dijo Jalal.— Pero mientras la primera mira hacia fuera, la séptima mira hacia dentro. Es la habilidad más difícil de todas. Para alguien que piensa que no es digno ni siquiera de ser él mismo, podría ser imposible.

Varjak agachó la cabeza, intentó apartar la mirada ámbar de Jalal. Pero no pudo evitar las palabras de su antepasado. Parecían llegarle al corazón.

—¿Qué te he enseñado, hijo mío? Un gato debe ser libre, debe ser fiel: fiel a sí mismo. Cuando dijiste que no eras digno de ser un Azul Mesopotámico, no supe si reír o llorar. Verás, quién eres y de dónde vienes no cuentan nada para mí. Lo único que cuenta es lo que haces.

Varjak jadeó ante su antepasado. No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿No somos los gatos más nobles?,— dijo.

—Somos lo que decidimos ser,— dijo Jalal.— Si ser un Azul significa algo, significa seguir mi Camino. Cualquier gato que lo haga es uno de los míos. Todo lo que tienes que hacer es confiar en ti mismo, y yo te diré que eres digno de ser un Azul.— Sonrió.—¿Qué dices ahora, Varjak el Zarpa?

—Pero mis ojos...

—¿De qué color son sus ojos?

—Son del color equivocado. El color del peligro.

—¿Cuál es?

Varjak dudó.— No lo sé,— admitió.— Nunca los he visto.

—Ven conmigo, hijo mío.

Varjak se deslizó hasta la orilla.

—Mírame,— dijo Jalal.— ¿Soy digno de ser un Mesopotámico Azul?

—¡Por supuesto que sí!

—Ahora mira dentro del río,— dijo Jalal.— ¿Qué ves?

Varjak miró la superficie inmóvil del Tigris. Vio las estrellas brillar en lo profundo. Vio salir la luna por el este.

Y vio a dos gatos azul plateado de ojos ámbar, que le devolvían la mirada con calma.

CAPÍTULO 32

Varjak despertó de su sueño en la habitación delantera. Aún estaba oscuro en el exterior cuando miró a su alrededor. La familia estaba reunida a su alrededor en círculo, junto al sillón vacío de la Condesa.

Su mente era como el cielo después de una tormenta. Todo era claro y nítido. Sabía lo que tenía que hacer.

De un salto, se subió al sillón de terciopelo rojo. Nadie trató de detenerlo; ni papá, ni Julius. Era suyo. El poder era suyo, y sólo él podía decidir qué hacer con él.



—Ahora,— dijo,— necesito la verdad. ¿Alguien ha visto a la Condesa desde que el caballero llegó a la casa? Negaron con la cabeza. Así que a menos que hagamos algo nosotros mismos, estamos a su merced. ¿Con qué frecuencia está aquí?

—Sale mucho,— dijo papá.

—¿Y los gatos negros? ¿Van con él?

—Varjak, eres el cabeza de familia,— dijo Julius.— No lo discuto. Pero ¿por qué haces estas preguntas? Sólo va a causar problemas. ¿Por qué no puedes aceptar las cosas como son?

—Porque algo está pasando ahí arriba, algo malo. Voy a averiguar qué es. Voy a recuperar a mi amiga. Y si tengo que hacerlo, voy a luchar contra esos gatos negros para hacerlo.

—Sea lo que sea lo que esté pasando ahí arriba —dijo mamá,— a nosotros no nos afecta, cariño. Somos diferentes.

Varjak negó con la cabeza.— No somos diferentes. No somos especiales. Somos gatos, igual que los demás.— Le miraron como si se hubiera vuelto loco. —¿No habéis oído lo que ha dicho Holly? Tiene razón. Tal vez no hoy, tal vez no mañana, pero un día no muy lejano, el Caballero vendrá por nosotros también. Sus gatos mataron a Garra Mayor para evitar que nos fuéramos. Tiene algo planeado para nosotros. Sé que lo tiene.

Se oyó un murmullo. Se lo estaban pensando. Pero aún no estaban convencidos.

—Aunque tuvieras razón —dijo papá—, ¿cómo vamos a luchar contra esos gatos negros? Son demasiado fuertes.

—Garra Mayor luchó contra ellos,— dijo Varjak.— Le vencieron, pero antes les dio pelea, una buena pelea. Si trabajamos juntos, podemos hacerlo. Eso es lo que yo creo. ¿Quién viene conmigo?

Miró alrededor del círculo familiar.

Madre, padre y tía Juni miraron hacia otro lado. Julius y Jasmine miraron hacia otro lado. Jay, Jethro y Jerome miraron hacia otro lado.

Varjak el Zarpa volvía a estar solo.

—De acuerdo,— dijo.— Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

Bajó de la silla y marchó fuera del círculo, de la habitación, hacia el pasillo. Nadie le acompañó. No esperaba que lo hicieran. No pasaba nada. Como si estuviera de nuevo en la ciudad, sólo podía confiar en sí mismo y en las habilidades que Jalal le había enseñado. Nada más.

Se escabulló al pie de la escalera. Holly estaba arriba, en alguna parte. Y también los gatos del Caballero. ¿Cómo iba a pasarlos? Tendría que ser invisible. Tendría que caminar entre las sombras: la única habilidad que no dominaba.

Respiró hondo. Esta vez tenía que funcionar. No había otra forma.Recordó sus sueños. Debes conocerte a ti mismo, estar seguro de ti mismo, antes de poder soltarte. ¿Sabes quién eres?

Sí, lo sé, pensó. Soy Varjak el Zarpa. Nada menos y nada más.

Se relajó, se dejó llevar y se fundió con las sombras al pie de la escalera. El mundo parpadeó débilmente a su alrededor.

Uno de los gatos del Caballero salió de la habitación de la Condesa. Se detuvo en lo alto de la escalera, observando la escena con sus ojos negros. ¿Lo vería? Por un momento se volvió hacia él, pero lo atravesó con la mirada.

Varjak puso una pata en el primer escalón. El gato negro no reaccionó. Era como si no existiera.

Sigilosamente, lentamente, deslizándose bajo, Varjak caminó por las escaleras. El gato del caballero se quedó sentado, sin darse cuenta. No podía verlo. Nadie podía. Era invisible, podía ir a cualquier parte. Pero, ¿a dónde iba? ¿Qué iba a ver? Recordó la cara de Holly cuando entró en el salón. Fuera lo que fuese lo que le esperaba, no era nada bueno.

Al final de las escaleras, oyó un maullido. Le erizó la piel: era el sonido del miedo. Pero tenía que afrontarlo. Por horrible que fuera, tenía que saber la verdad sobre el Caballero, las Desapariciones y la habitación de la Condesa. Sólo así podría salvar a Holly.

Con el cosquilleo del peligro en la conciencia, Varjak pasó sigilosamente junto al gato del Caballero y subió a la habitación. Se pegó a las sombras para no ser visto y miró dentro.

Era tal como Holly había dicho. Había una jaula. Tenía una sólida puerta de metal y una afilada malla metálica. Estaba llena de gatos, gatos callejeros sin collar. Pero no eran duros ni amenazadores. El aire estaba impregnado del olor de su miedo. Varjak podía saborearlo, amargo en la lengua. Se acobardaban ante el Caballero cuando éste metía la mano en la jaula; se acobardaban ante el gato negro que merodeaba junto a sus zapatos.

Varjak echó la cabeza hacia atrás y vio cómo el Caballero sacaba de la jaula a una gata carey. Maullaba lastimosamente, al igual que los gatos que la rodeaban.

El caballero cerró la puerta de la jaula y echó el cerrojo con una palanca. Varjak tuvo que contenerse mientras los brillantes zapatos negros pasaban a un suspiro de distancia. El Caballero sacó a la tortuga de la habitación, colgándola del cuello. El gato negro se quedó atrás, vigilando a los demás.

Varjak necesitó todo su control para permanecer en las sombras. Las ganas de huir le arañaban el pecho. La jaula, los gatos, el olor: era como una pesadilla. Pero tenía que confiar en sí mismo, ser fiel a sí mismo. Abajo había sabido que lo correcto era subir aquí. Y seguía siendo lo correcto. No podía haber nada peor para un gato libre que estar encerrado en una jaula como ésta. Aunque nunca afectara a los azules, esto era más importante que la familia, más importante que nada. Tenía que encontrar una manera de liberar a Holly y a los demás.

Pero, ¿dónde estaba? Volvió a mirar dentro de la jaula y por fin la vio en un rincón. Holly estaba bien. Varjak pudo ver que estaba hablando con alguien. Un gato marrón chocolate, delgado y asustado. ¿Era posible? Varjak miró más de cerca. El corazón le dio un vuelco.

¡Era Tam! Allí estaba: asustada, ¡pero aún viva después de todo este tiempo!

Así que Holly tenía razón sobre los Desaparecidos. Aquí fue donde terminaron. Pero, ¿por qué?

—¿A dónde se lleva ese carey?— Holly le preguntaba a Tam. —¿Qué va a hacer con ella?

Tam negó con la cabeza. No lo sabemos. Pero es su fin. Una vez que te elija, se acabó'. Se estremeció.

—No se tarda mucho,— dijo otro gato.

En las sombras, el cuero cabelludo de Varjak se erizó. ¿Qué no tardó mucho? ¿Qué estaba pasando aquí? ¿Y por qué tenía la boca tan seca?

—¿No podemos salir de esta jaula?,— oyó preguntar a Holly.

—¿Crees que no lo hemos intentado?— dijo Tam.— Sólo se abre desde fuera. Y aunque pudieras abrirla, ¿cómo vas a pasar por encima de ellos? Esos gatos negros son los que nos atraparon en primer lugar.

Varjak sintió frío. Era otra vez esa extraña sensación: ser observado por algo que no estaba ni vivo ni muerto. La había sentido abajo, cuando se encontró con los ojos de un gato negro. ¿Qué significaba? Esta vez no podía venir del gato negro, porque no le estaba mirando.

Con la garganta apretada, apenas conteniendo el miedo, Varjak siguió a su Conciencia. Y ahora vio de dónde procedía la sensación. No era una mirada lo que sentía, sino muchas.

Había otros gatos en la habitación, amontonados en una caja. No se movían, no hablaban, no respiraban. Les miró a los ojos. Estaban muy abiertos, pero no parpadeaban. No eran ojos. Eran brillantes, de cristal coloreado, con un corte negro en el centro.

La cabeza de Varjak empezó a dar vueltas. ¿Qué había dicho Holly?— No están vivos.— No. Eran como los juguetes de la ciudad, pero apagados.

El caballero volvió a entrar en la habitación. Llevaba el gato carey. Pero ya no era el mismo. Se había quedado totalmente inmóvil. No se movía. No respiraba. No parpadeaba con sus ojos vidriosos.

Llevaba un collar nuevo, ceñido al cuello. El Caballero tocó el collar. Y cuando abrió la boca para hablar, Varjak supo con horrible y enfermiza certeza qué palabras diría.

—Estoy muy bien, gracias —dijo el carey con una vocecita hueca.

Su cabeza sonriente se movió arriba y abajo, arriba y abajo, hasta que el Caballero volvió a tocarle el collar y se quedó quieto de nuevo.

Ahora era un gato de juguete, como los demás: un juguete perfecto, conservado y peludo que parecía casi vivo, porque una vez lo estuvo. Como el resto de ellos, hasta el último. No del todo vivos. No del todo muertos. Ya no eran gatos, sino juguetes.Varjak quería gritar. Esto estaba mal. Nunca había visto nada tan malo.

El Caballero colocó el carey con cuidado en la caja y rebuscó en ella, contando sus juguetes. Varjak apartó la vista de aquel espectáculo. Y los gatos de la jaula empezaron a aullar.

CAPÍTULO 33

Los zapatos del caballero pasaron junto a Varjak mientras éste apagaba la luz y bajaba las escaleras. El gato negro le acompañó.

Furia. Una furia pura y candente recorrió el cuerpo de Varjak, recorrió sus músculos, abrasó su miedo. En su mente no había nada más que lo que el Caballero había hecho a esos gatos. Tenía que detenerlo, ahora, mientras aún tenía la ventaja de la sorpresa. No había un segundo que perder.

Salió de las sombras y entró en la habitación de la Condesa. Los aullidos cesaron de inmediato. Todos en la jaula le miraron. Los ojos de cien gatos brillaban en la oscuridad. ¿Cómo liberarlos?

Había visto al Caballero tirar de una palanca para cerrar la jaula. Allí estaba, a medio camino. Una subida más para Varjak el Zarpa.

La malla de alambre le cortó las almohadillas mientras trepaba, pero al menos tenía agarres, más que la pared del jardín. Varjak enganchó ambas patas alrededor de la palanca. Tiró hacia abajo con todo su peso y la palanca hizo clic.

La puerta metálica se abrió de golpe. Los gatos empezaron a salir en tropel. Se empujaban unos a otros, luchando por salir los primeros.

—¡Espera!,— gritó Varjak.— ¡Todos! Tenemos que trabajar juntos-

Nadie escuchaba. Salían corriendo despavoridos de la oscuridad de la habitación de la Condesa. Varjak saltó de la jaula. En el suelo reinaba el caos. Patas, garras y colas como serpientes se retorcían mientras un centenar de gatos luchaban por su libertad.

Esto no iba según lo planeado. ¿Dónde estaban Tam y Holly? Podrían ayudarle, si Holly le perdonaba.

Un aullido de dolor llegó desde algún lugar fuera de la habitación. Varjak trepó por encima de las zarpas y las garras, salió por la puerta, llegó al rellano y salió a la luz.

Los gatos negros estaban al final de la escalera. Los dos.

Juntos, eran aterradores. Nadie podía esquivarlos. Junto a ellos estaban esparcidos los cuerpos de los primeros en salir de la jaula. Los habían golpeado sin piedad y estaban muertos o inconscientes; Varjak no lo sabía. Los demás intentaban desesperadamente volver a la habitación de la Condesa, donde pensaban que estarían a salvo.

Era una carnicería. Pero en medio de todo, Varjak se sentía extrañamente tranquilo. No había vuelta atrás para él. Esto no iba a ser como luchar contra Julius, o incluso contra Razor. Esto era otra cosa. Era la vida o la muerte. Así de simple.

Como un bailarín, se abrió paso a través del caos de gatos. Le hicieron sitio. Un profundo silencio se instaló en lo alto de la escalera.

Varjak miró a los dos gatos negros y empezó a respirar hondo, llenando sus pulmones. Cada vez era más fuerte y mejor. El poder crecía dentro de él, como un ser vivo, y podía sentirlo de nuevo, elevándose ahora. Había nacido para esto. Así era. Este era el momento que había estado esperando toda su vida.

Cuarta Habilidad: Tiempo lento. Aspiraba el aire y se ralentizaba.

Quinta habilidad: Círculos en movimiento. Varjak se acercó a los gatos del Caballero, poderoso como un aliento pulsante.

Sexta habilidad: Caminar en las sombras. Varjak desapareció de la vista. Los bigotes de los gatos negros se crisparon, como si supieran que algo estaba a punto de ocurrir, pero no sabían qué.

El Círculo Móvil de Varjak lo elevó, volando, un arco de venganza dirigido al enemigo. Para Garra Mayor. Por Holly y Tam. Para todos los gatos que habían desaparecido de las calles.

El poder aumentó en las patas de Varjak. Las garras se deslizaron, cuchillos blancos de furia, y acuchillaron, acuchillaron, acuchillaron a los gatos del Caballero.

Varjak estaba ahora fuera de las sombras. Toda la energía, toda la oscuridad y la luz fluían a través de él, saliendo golpe tras golpe tras golpe. Todos los que alguna vez lo habían derribado, cada vez que se había alejado: toda su ira y su dolor fueron a parar a ese ataque.

Se sentía abrumador, un torrente masivo de poder, casi más de lo que podía controlar. Podía ganar este combate. Podía vencer a cualquiera, porque conocía las Habilidades; mantenía vivo el Camino. En su interior, todo lo que Jalal le había transmitido se estaba uniendo. Y a su alrededor, podía oír a los gatos callejeros, que ya no maullaban de miedo, sino que le aclamaban cuando arremetía contra su enemigo. No tardarían en unirse a él, y entonces la batalla sería suya.

Tenía a uno de los gatos negros contra la pared. Varjak lo miró a los ojos. Incluso ahora, no mostraban ninguna expresión.



Lanzó otro Círculo, que le atravesó la cara. No parpadeó. No salió sangre de la herida. Varjak lo estaba destrozando, pero no sangraba. ¿Cómo podía ser? Lo golpeó con sus mejores tiros, tiros que sabía que deberían derribar a cualquier gato normal, pero se quedó de pie. No cayó. Y ahora había perdido el elemento sorpresa.

El gato negro devolvió el golpe. Era increíblemente rápido, incluso con Varjak en tiempo lento. Se arqueó a un lado, y apenas lo esquivó.

Los dos gatos negros se miraron. Y entonces fueron a por él, como habían ido a por Garra Mayor en el jardín, hacía mucho tiempo.



Dos cuerpos moviéndose perfectamente, uno a cada lado. Varjak giró un Círculo tan amplio como podía imaginar. Moviéndose rápido como el pensamiento, desvió un golpe, luego otro, luego otro, apartándolos.

El Círculo resistió. Podía sentir la energía crepitando en su interior. Pero los gatos negros seguían llegando, implacables, incansables, perfectos. Eran dos. No le dieron ni un momento para pensar. Ni un resquicio, ni una oportunidad. Necesitó toda su fuerza, toda su concentración, para rechazarlos. Y lentamente, le obligaron a retroceder, retroceder, retroceder hacia la habitación de la Condesa.

SMASH!

Uno de los gatos negros atravesó su Círculo. Sus defensas habían caído. Se tambaleó y perdió el equilibrio. Saltó sobre él y lo tiró al suelo.

Varjak se retorció, pero no sirvió de nada. Su enemigo lo tenía ahora. Le estaba golpeando contra el suelo.

Le costaba respirar. ¿Dónde estaban los demás? ¿Por qué no estaban ayudando? Debe liberarse. Varjak arremetió.

El peso lo presionó, inmovilizando sus patas, aplastando sus pulmones. Varjak tenía arcadas. No tenía aire. Ojos negros llenaron su vista.

Había usado todas las habilidades, y no eran suficientes. El Camino no era suficiente.

Pero tenía que haber una manera de ganar. Tenía que haberla.

En el borde de su visión, vio un destello de pelaje blanco y negro. Una voz grave. — ¡Los collares!

¿Los collares? Varjak miró el cuello del gato negro. Llevaba un collar como los gatos de juguete. Lo miró a los ojos. Qué extraño. No como los ojos de los gatos. Vidriosos.

De cristal. Eran de cristal. Como los juguetes.

No del todo vivos; no del todo muertos. Si el Caballero podía hacer un gato de juguete, ¿por qué no un gato luchador? Una máquina perfecta: no se podía matar, no sangraba, nunca se rendía. Se podía encender o apagar... desde el collar.

Última oportunidad.

Aspiró el aire, lo aspiró todo, y lo soltó en una última ráfaga, una embestida desesperada hacia la garganta. Sus dientes se cerraron alrededor del collar. Tiró hacia atrás. Y lo desgarró.

El collar se desprendió del cuello del gato negro. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos. Empezó a levantar una pata, pero iba despacio, despacio. Y lentamente, casi con gracia, se detuvo.

CAPÍTULO 34

Se hizo el silencio al final de la escalera. El gato del caballero estaba acabado. Su cuerpo yacía rígido y arrugado en el suelo. Ya no era aterrador. Parecía lo que era: un juguete roto.

Varjak se levantó, tembloroso, exhausto. No podía creer lo que había hecho. Con todas sus habilidades, no era rival para los gatos negros. Había librado la pelea de su vida, pero la verdad era que eran mejores que los gatos de verdad en casi todos los sentidos. Pero nunca podrían estar vivos como un gato de verdad. Esa era su fuerza; también era su debilidad. De algún modo, lo había hecho valer.El otro gato negro miraba el juguete roto, como si tampoco pudiera creer lo que había pasado. Le dio un codazo al cuerpo arrugado. No hubo respuesta. Ningún movimiento. No había vida.

Se levantó muy despacio y se acercó a Varjak. Él sabía lo que venía. Este nunca lo dejaría acercarse a su collar. Iba a vengar a su gemelo. Iba a destruirlo. Y por todo el mundo, no podía pensar en cómo hacer frente a el.

Pero se detuvo justo antes de alcanzarle, y le miró a los ojos. Por primera vez, Varjak creyó ver un destello de expresión. Parecía triste, terriblemente, terriblemente triste.

Ya no luchaba. No, se sujetaba el cuello. Podía ganarle, podía ganarle a cualquiera, pero mantenía el cuello estirado, como si quisiera que él también le cortara el cuello.

Varjak dudó. Después de todo este tiempo, temiendo y odiando a los gatos negros, nunca había pensado que pudieran tener sentimientos propios. Pero los dos siempre habían sido como uno solo; y ahora, sin su otra mitad, incluso la máquina de combate perfecta era inútil.

Varjak creyó comprender. Se inclinó hacia el gato negro. No se apartó, no se resistió. Con mucho cuidado, le cortó el collar. Sus ojos se abrieron por un instante.

- y entonces, también, se detuvo.

Se había terminado.

—¡Lo ha conseguido!

—¡Les ha vencido!

Todo el mundo estaba gritando ahora.

—*¡Somos libres!*

¿Dónde estaba Holly? En ese momento, ella era lo único en lo que podía pensar. ¿Dónde estaba ella? Ella había descubierto cómo detener a los gatos. Ella era la que lo había hecho.

—Esos gatos negros son un poco tristes,— dijo una voz grave detrás de él.— Uno no podría trabajar sin el otro.

Varjak se volvió hacia ella, con el corazón encogido. ¿Le perdonaría?

—Holly, lo siento. Debería haber ido contigo...

Sus ojos mostaza sonreían.— Lo sé. Pero lo compensaste. Porque usted no es el peor amigo del mundo, Sr. Zarpa. Ni mucho menos.

Se sonrieron el uno al otro.

—Varjak, lo has conseguido,— dijo Tam. Estaba sin aliento y le brillaban los ojos.— Le dije que lo harías. ¿No te lo dije, Holly?

—Tam,— dijo, —¡es bueno verte de nuevo!

Se oían vítores. Algunos de los gatos de la jaula empezaban a bajar.

—Esperad, —gritó Holly. Su voz grave los calmó al instante—. Aún no ha terminado, —advirtió—. Tenemos que encontrar una salida. La casa está cerrada, todas las ventanas, todas las puertas. Así que tenemos que encontrar otra manera. Vamos a bajar, pero en silencio. Nadie hace nada a menos que se lo digamos. No te estamos mandoneando; sólo sabemos lo que está pasando aquí. ¿Entendido?

Hubo un murmullo de acuerdo. Varjak se maravilló de la forma en que ella tomó el control. Sonrió para sí mientras conducían a los gatos escaleras abajo, en una columna sigilosa y silenciosa. Había recuperado a sus amigos, a los dos. Habían vencido a los gatos negros. Habían hecho lo imposible.

Después de todo lo que había pasado, tal vez, sólo tal vez, todo iba a salir bien por fin.

—¡Varjak! ¡Varjak! ¡Socorro!

Miró hacia abajo. Era Julius, aullando.

Julius, en las garras del Caballero.

El Caballero, esperándoles al pie de la escalera .

La columna de gatos se congeló de miedo. Varjak pudo ver a su familia en el borde del salón, temblando, impotentes. Todos estaban

indefensos ante el Caballero. Los gatos negros habían desaparecido, pero no eran nada comparados con el hombre que los había creado.

click CLACK

El Caballero soltó a Julius y se dirigió hacia las escaleras, gritando con voz de trueno. La columna de gatos crujió y empezó a romperse.

—¡Esperad!,— gritó Holly, pero ahora nadie la escuchaba. Los gatos callejeros entraron en pánico, se volvieron locos y huyeron escaleras arriba. Julius volvió corriendo con su familia. En un abrir y cerrar de ojos, Varjak, Holly y Tam se quedaron solos mientras el Caballero iba a por ellos.

Su sombra se extendía ante él. Cubrió las escaleras, cubriéndolas de oscuridad incluso antes de que llegara a ellas. Sus zapatos brillaban como el hielo negro. A medida que se acercaban, peldaño a peldaño, Varjak podía ver su propio reflejo, que se agrandaba en la negrura.

¿Cómo pudo creer que todo saldría bien? Debería haberlo sabido. Se odiaba por haber tenido ese momento de esperanza, porque ahora la esperanza había desaparecido, no quedaba nada.

—No hay salida, ¿verdad, Varjak?,— dijo Tam.

—No

—Parece el adiós,— dijo Holly. — ¿Bajamos luchando?

—Caemos luchando,— dijo Varjak el Zarpa.

La mano blanca y cerosa del caballero se extendió hacia él. Tan grande como para sostener todo su cuerpo. Tan fuerte como para romperle el cuello.

Varjak enseñó los dientes. Listo para morder. Para luchar hasta la muerte. Y sería la muerte. ¿De qué otra manera podría terminar?

La mano se cerró alrededor de su cuello, y -

CRASH! El estruendo de cristales rompiéndose. Un rugido como si el cielo se desgarrara: "¡Dejad en paz a mis amigos!".

- y la mano se soltó. Varjak levantó la vista y vio al monstruo más grande y negro del mundo.

¡Cludge, era Cludge! ¡El gran perro había pasado! ¡Había destrozado las ventanas de la casa de la Condesa!

Cludge era feroz. Incluso Varjak se estremeció al verlo.

Cludge rugió. El caballero se acobardó. Se alejó de las escaleras, con las manos en alto, temblando de terror.

Era algo que Varjak nunca esperó ver. Este hombre todopoderoso, tan vasto, tan poderoso; él había creado los gatos de juguete, los gatos negros. Era el responsable de las Desapariciones. Podía hacer cualquier cosa. Y sin embargo, incluso él, con todo su poder, tenía algo que le asustaba, algo que no podía enfrentar. Y enfrentado a Cludge, el Caballero se volvió como un niño pequeño, perdido y asustado y completamente solo.

Cludge lo rodeó, gruñendo, gruñendo y chasqueando los dientes. Obligó al caballero a acercarse a la ventana verde rota y luego se abalanzó sobre él con sus grandes garras romas.

El caballero gritó. Se dio la vuelta y echó a correr, por la ventana, fuera de la casa. Con un guiño a los gatos, Cludge saltó tras él y lo persiguió gritando en la noche.

CAPÍTULO 35

El caballero se había ido. Los gatos de la jaula bajaron corriendo.

Varjak el Zarpa se desplomó en el suelo. Debería haber tenido ganas de aplaudir también, pero no lo hizo. Todo lo que quería era un lugar tranquilo para descansar.

Una oportunidad.

—¡Varjak el Zarpa! Lo has conseguido,— dijo Julius.

—¡Varjak y sus amigos!— Les inundaron unos ojos verdes de admiración. Los azules mesopotámicos los barrieron y se los llevaron a hombros. A su alrededor, los gatos callejeros se apoderaban de la casa de la Condesa. Estaban por todas partes, celebrando su liberación, disfrutando de su libertad.

—Gracias, Jalal, se acabó,— dijo mamá por encima del ruido.— Ahora, ¿cómo vamos a volver a la normalidad?

—Menos mal que hay comida seca,— dijo papá.— No es caviar, pero servirá.

Varjak se los quedó mirando, sorprendido. — ¿No quieres quedarte aquí, después de todo lo que ha pasado?

—No podemos ir fuera,— dijo papá.

—Esta es nuestra casa,— dijo Jasmine, —la casa de la Condesa.

—Pero ya no hay Condesa,— dijo Varjak.— Ya no hay Caballero. Sólo estamos nosotros. Estamos solos en el mundo.— Oyó

un ruido de resoplidos. Eran Jay, Jethro y Jerome. —No tengas miedo,— dijo.— Empezaremos de nuevo. Encontraremos un nuevo hogar en alguna parte. Como Jalal, cuando dejó Mesopotamia. Excepto que esta vez será nuestro, porque lo haremos nosotros mismos.

—Var! Jak! el Zarpa!

—¡Cludge!— La familia se apartó corriendo cuando el colosal perro volvió a saltar por la ventana. Tam se volvió hacia Holly, con los ojos muy abiertos por el asombro.

—No me lo creo,— susurró.— ¿Realmente habló con un perro? ¿Con un perro de verdad?

—Se llama Cludge,— dijo Holly.— Es un amigo.

La cola de Cludge se movió alegremente. Su mirada turbia había desaparecido por completo de sus ojos. Ahora eran del negro más claro y brillaban con una nueva vida. —El hombre se ha ido,— jadeó.— No volverá.

Varjak sonrió.— Nos salvaste a todos, Cludge. Pero, ¿cómo escalaste el muro?

Cludge se puso en pie.— La pared asusta a Cludge. Pero los amigos necesitan a Cludge.— Se encogió de hombros.— Así que Cludge trepa por la pared.

Se oían más vítores. Algunos de los gatos de la jaula habían encontrado el caviar del caballero. Estaban festejando como nunca antes lo habían hecho. Otros se colaban por la ventana verde destrozada, volviendo a sus vidas en el exterior, mientras el sol empezaba a salir tras la larga y oscura noche.

Varjak se volvió hacia su familia. —Allí es donde voy,— dijo.— Allí es donde pertenezco.

—Pero tú y tus amigos nos salvasteis, —dijo Julius.— Eres el cabeza de familia. No puedes irte ahora.

Varjak sonrió a su hermano.— Creo que ya es hora de que no haya un cabeza de familia,— dijo.— Tiene que haber una forma mejor de hacer las cosas.

—Enséñanoslo, Varjak,— dijo Jasmine.

—Te enseñaré a cazar, a luchar, a vivir Fuera - si vienes conmigo

Miró alrededor del círculo familiar. Uno a uno, todos bajaron la mirada. Pero no se sintió solo. Se sentía libre.

—Varjak, gracias por salvarnos,— dijo Padre—. Tenías razón sobre el Caballero; nos equivocamos sobre tus amigos. Nos equivocamos en muchas cosas. Pero no podemos salir con vosotros. Al menos, todavía no.

—Si alguna vez nos necesitas,— dijo mamá,—aquí estaremos.

—Lo entiendo,— dijo Varjak. Y en ese momento, quizá por primera vez en su vida, lo entendió de verdad.

Cludge se los llevó. A medida que avanzaban, los amigos hablaban y reían juntos sobre las cosas que habían hecho y las que harían. Muchos de los gatos que habían liberado de la jaula les seguían, como si fueran los líderes de una banda.

Tenían mucho por delante. Ahora todo era posible.

Era una mañana preciosa. La tierra estaba engalanada con gotas de rocío. El aire libre era fresco y limpio. Y arriba, en el cielo azul y despejado, el sol se alzaba con la promesa de un nuevo día, amaneciendo en el ancho mundo, brillante y ambarino, como los ojos de Varjak el Zarpa.